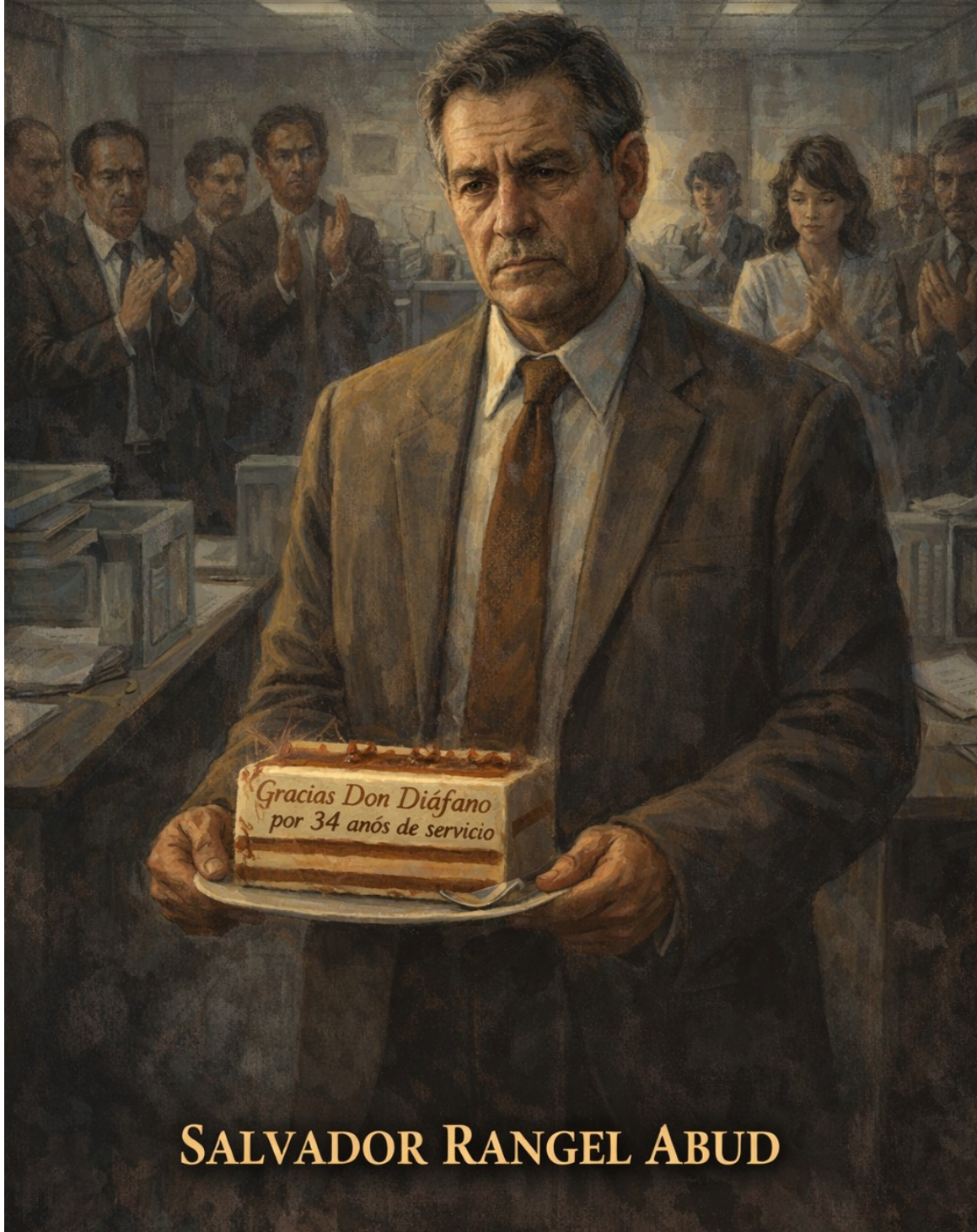


DON DIÁFANO VIBORILLA Y PIERNAVIEJA



SALVADOR RANGEL ABUD

DON DIÁFANO VIBORILLA Y PIERNAVIEJA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

La silla de la oficina quedó ligeramente torcida. Nadie lo notaría. Nadie sabría por qué. Era el único acto de pequeña rebeldía que Diáfano Viborilla y Piernavieja se había permitido en treinta y cuatro años de servicio público en la Secretaría de Finanzas y Administración del gobierno de Guanajuato.

Don Diáfano Viborilla y Piernavieja es una novela satírico-filosófica de ironía voltaireana mexicanizada que cuenta la historia de un hombre que nació íntegro, creció íntegro, vivió íntegro y se jubiló íntegro en un país que premia exactamente lo contrario. No es una novela sobre la virtud como triunfo. Es una novela sobre la virtud como condición irreversible: sobre lo que cuesta ser quien uno es cuando el mundo preferiría que uno fuera otro, sobre las víctimas colaterales de la honradez absoluta, y sobre la pregunta más difícil que puede hacerse un hombre al final de una vida bien vivida según sus propios principios: ¿valió la pena?

La respuesta no es sí. No es no. Es algo más honesto, más humano y más incómodo que cualquiera de los dos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene integridad en dosis que pueden resultar irritantes para quienes estén acostumbrados a la flexibilidad moral como estilo de vida. Contiene también burocracia mexicana descrita con precisión clínica, ascensos inmerecidos, denuncias que no producen los resultados esperados, un cubículo sin ventana en el sótano de una secretaría de gobierno, y una familia que pagó costos que nunca solicitó pagar. No contiene héroes. Contiene un hombre. Que es más difícil y más valioso que un héroe.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Don Diáfano Viborilla y Piernavieja

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela satírico-filosófica / Ironía voltaireana / Sátira social

Extensión: ~28,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Guanajuato capital y área de influencia, México, 1958-2027

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que muchos mexicanos hemos tenido en algún momento de nuestras vidas: ¿qué le pasa al hombre que hace las cosas bien en un sistema que no está diseñado para recibirlo? No como pregunta retórica. Como pregunta real, con consecuencias reales, pagadas por personas reales que no eligieron pagar ese precio pero que lo pagaron de todas formas porque así funciona la integridad: no consulta antes de cobrar.

Don Diáfano no es un modelo a seguir. Es un caso clínico de honestidad irreversible. Y su historia es, al mismo tiempo, un homenaje a todos los Diáfanos anónimos que existen en las secretarías, los archivos y los cubículos sin ventana de este país, haciendo bien su trabajo aunque nadie los vea, aunque nadie los ascienda, aunque el sistema los neutralice con elegancia.

A ellos va dedicada esta novela. Aunque probablemente nunca la lean, porque están demasiado ocupados revisando expedientes.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

integridad · burocracia mexicana · Guanajuato · servicio público · sátira · ironía · corrupción · honestidad · novela filosófica · Voltaire · tragicomedia · familia · virtud · costo moral · novela en español · México contemporáneo · funcionario público · meritocracia · ética

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre la corrupción sino sobre su antídoto más incómodo: la integridad absoluta. A lo largo de sus doce capítulos, *Don Diáfano Viborilla y Piernavieja* explora la integridad como condición biológica más que como elección heroica —la incapacidad constitucional de ser otro—, el costo familiar de la virtud paterna sobre personas que no la pidieron pero la heredaron, la burocracia mexicana como ecosistema con sus propias leyes de selección natural donde el mérito es una variable decorativa, la soledad específica del hombre recto en tierra fértil para lo contrario, y la pregunta filosófica central que ninguna novela de virtud se atreve a hacer con honestidad completa: ¿es más íntegro quien nunca fue tentado, o quien fue tentado y resistió? ¿Es la integridad una virtud o simplemente una limitación bien vestida?

CITAS DESTACADAS

"La institución no te va a premiar por hacer las cosas bien. Te va a premiar por hacer las cosas. Que no siempre es lo mismo."

"Tú no eres un hombre íntegro. Eres un hombre que no sabe cómo ser otra cosa. Que no es lo mismo, pero a estas alturas da igual."

"Las virtudes absolutas también tienen víctimas colaterales."

"No sé si valió la pena. Sé que no podía ser de otra manera. Y sé que eso no te devuelve nada de lo que no tuviste."

"Pequeña. Invisible para la mayoría. Pero real. Y suficiente. Siempre suficiente."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Don Diáfano Viborilla y Piernavieja* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y filosófico que le es propio.

Voltaire (*Cándido*): el protagonista que recorre el mundo con su virtud intacta y descubre que la virtud no garantiza nada excepto la posibilidad de mirarse al espejo, aunque aquí sin el optimismo cándido: Diáfano sabe desde joven que el mundo no mejorará, y elige la integridad de todas formas.

Miguel de Cervantes (*El Quijote*): el hombre inadaptado a su tiempo que persiste en su manera de ser con una terquedad que oscila entre lo admirable y lo patético, según quién observe y desde dónde.

Juan Rulfo (*El llano en llamas*): la aridez moral del México profundo narrada con economía y precisión, donde las instituciones son paisaje y el individuo es quien carga el peso de existir dentro de ellas.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Diáfano es descrito como un hombre que "no sabe cómo ser otro" más que como alguien que "elige ser íntegro". ¿Cambia eso el valor moral de su trayectoria? ¿Es la virtud involuntaria todavía virtud?

Su hijo Benigno le dice que "las virtudes absolutas también tienen víctimas colaterales". ¿Tiene derecho un padre a imponer su código moral sobre la vida material de sus hijos sin que ellos lo hayan elegido?

El licenciado Escobedo —el primer jefe de Diáfano— es inteligente, competente y ha pasado décadas en el sistema sin quebrarse del todo. ¿Es él un antagonista o simplemente un hombre que tomó decisiones distintas con las mismas presiones?

La denuncia de 2005 resulta en una amonestación menor y dos promociones para los implicados. ¿Debería Diáfano haberla presentado de todas formas? ¿Qué cambia si el resultado previsible es la impunidad?

Refugio le dice a Diáfano: "Estuvo bien. No perfectamente bien. Pero bien." ¿Es esa la absolución que necesitaba, o es una forma de que la persona que más sabe lo que costó le diga que el costo fue aceptable?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Don Diáfano Viborilla y Piernavieja*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Don Diáfano Viborilla y Piernavieja*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Don Diáfano Viborilla y Piernavieja*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la sátira política, la ficción especulativa, la novela didáctica, la tragicomedia filosófica, el drama familiar, la novela genealógica, la crónica costumbrista, la fábula ética, el thriller médico de denuncia, la novela coral de historia contemporánea, el drama psicológico histórico y —como demuestra esta entrega— la novela satírico-filosófica de ironía voltaireana con raíces profundas en el México que se vive desde adentro y sin anestesia.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene funcionarios como Don Diáfano. No muchos, pero los tiene. Personas que llevan décadas en cubículos sin ventana firmando únicamente lo que pueden firmar, devolviendo lo que no les pertenece, señalando lo que debe señalarse aunque nadie lo agradezca. Personas cuyo expediente es impecable y cuya trayectoria es invisible. Personas que el sistema no sabe exactamente qué hacer con ellas y que por eso hace lo más cómodo: dejarlas donde están, decorativas y exactas, hasta que el proceso normal les diga que es el momento de irse.

A esas personas esta novela no les ofrece redención ni reconocimiento tardío ni justicia poética. Les ofrece algo más honesto: la constatación de que fueron reales, de que lo que hicieron importó aunque no se midiera, y de que la diferencia entre hacer las cosas bien y hacer las cosas —que no siempre es la misma— es la diferencia que define una vida aunque nadie más la vea.

Suficiente. Siempre suficiente.

ÍNDICE

PRÓLOGO:	El hombre más incómodo de la oficina
CAPÍTULO 1:	De dónde viene un hombre así
CAPÍTULO 2:	La universidad.
CAPÍTULO 3:	Entra al servicio público con fe y sale con experiencia
CAPÍTULO 4:	El amor también tiene sus formularios
CAPÍTULO 5:	El ascenso que nunca llegó
CAPÍTULO 6:	La tentación
CAPÍTULO 7:	Los hijos y el precio de la honradez ajena
CAPÍTULO 8:	La denuncia
CAPÍTULO 9:	La soledad del hombre recto en tierra fértil para lo contrario
CAPÍTULO 10:	La jubilación
CAPÍTULO 11:	El jardín

CAPÍTULO 12: La pregunta final

EPÍLOGO: Lo que queda

DON DIÁFANO VIBORILLA Y PIERNAVIEJA

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El hombre más incómodo de la oficina

Secretaría de Finanzas y Administración, Guanajuato capital, enero de 2026

El pastel de cajeta tenía tres pisos y una inscripción en betún color guinda que decía: *Gracias Don Diáfano por 34 años de servicio. Con mucho afecto: Su equipo.* El resultado era una pieza de repostería que resumía con involuntaria precisión toda la trayectoria del homenajeado: correcta en la forma, ambigua en el afecto, y ligeramente excesiva para la ocasión.

Don Diáfano Viborilla y Piernavieja observó el pastel desde el otro extremo de la sala de juntas y pensó que era hermoso. No el pastel en sí —aunque la cajeta de Celaya que habían usado era, objetivamente, de primera calidad—, sino el esfuerzo colectivo que representaba. Veintitrés personas habían contribuido con cincuenta pesos cada una para comprarlo. Él lo sabía porque Lourdes, la secretaria de la subdirección, había pasado la lista con una transparencia que en cualquier otro contexto de esa oficina habría resultado escandalosa.

Lourdes también había organizado el evento. Lo había hecho con la eficiencia discreta que aplicaba a todo, incluidas las tareas que

oficialmente no le correspondían y que realizaba desde hacía once años sin que nadie se lo reconociera formalmente, lo cual era una injusticia menor pero continua que Don Diáfano había documentado en tres memorandos internos que dormían en algún cajón de la subdirección sin haber generado respuesta alguna.

—Don Diáfano, ¿nos dice unas palabras? —preguntó el licenciado Ruperto Ángeles Campeán, subdirector de Egresos desde hacía ocho meses, quien había llegado a ese puesto a los treinta y dos años sin haber trabajado jamás en finanzas públicas pero con un cuñado en la Secretaría de Gobierno que compensaba con creces cualquier deficiencia curricular.

Don Diáfano se acercó al pastel. Sus compañeros formaron un semicírculo respetuoso. Había en sus rostros una expresión que él tardó un momento en identificar, porque la había visto pocas veces dirigida hacia sí mismo: alivio. No el alivio grosero de quien se deshace de un estorbo, sino el más sofisticado y menos confesable de quien, al fin, puede dejar de sentirse observado.

Porque eso era, en el fondo, lo que Don Diáfano había representado durante treinta y cuatro años en esa dependencia: un espejo. No uno que juzgara —jamás lo hizo con palabras—, sino uno que existía. Y la existencia de un espejo, cuando uno prefiere no mirarse, resulta extraordinariamente incómoda.

—Gracias —dijo Don Diáfano.

Hizo una pausa. Sus compañeros esperaban más. Él consideró cuánto más era necesario y decidió que la honestidad, como siempre, era el mejor criterio.

—Treinta y cuatro años es mucho tiempo —continuó—. He aprendido cosas. He cometido errores. He intentado hacer bien mi trabajo. —Otra pausa, más breve. —Creo que lo logré razonablemente.

El licenciado Ángeles Campeán asintió con el entusiasmo de quien no sabe exactamente qué celebrar pero tiene instrucciones implícitas de celebrar algo. Magdalena Fuentes, analista de Ingresos con diecisiete años en la institución, aplaudió primero y los demás la siguieron con esa solidaridad refleja que convierte cualquier aplauso solitario en ovación. Alguien gritó ¡Que lo corten! refiriéndose al pastel, y Don Diáfano agradeció el cambio de atención.

Mientras Lourdes cortaba las porciones con la precisión geométrica que aplicaba a todo, Don Diáfano miró por la ventana la calle de Cantarranas. Enero en Guanajuato tiene una luz particular: fría, clara, sin las concesiones doradas del otoño. Una luz que no embellece, sino que define. Él siempre la había preferido a las otras.

Pensó que habría sido razonable sentir algo más intenso en ese momento. Nostalgia, quizá. O satisfacción. O la melancolía digna con

que los hombres de bien suelen despedirse de una etapa larga. Pero lo que sentía era algo más modesto y más honesto: curiosidad. La misma curiosidad serena con que un naturalista observa el comportamiento de una especie que ha estudiado durante décadas y que, en el momento de alejarse, le revela un detalle que no había advertido antes.

El detalle era este: ninguno de sus compañeros lo miraba directamente a los ojos más de dos segundos seguidos.

No era hostilidad. Era algo más interesante. Era la incomodidad específica de quienes saben, sin habérselo dicho nunca, que han vivido de una manera que no resiste el escrutinio del hombre que tienen enfrente, y que ese hombre —sin proponérselo, sin reclamarlo, con una neutralidad que resulta más acusatoria que cualquier reproche— simplemente ha sido, durante treinta y cuatro años, de otra manera.

Don Diáfano no se enorgulleció de este pensamiento. Lo registró con la misma objetividad con que registraba cualquier dato. Y enseguida se preguntó, como había comenzado a preguntarse con una frecuencia que lo sorprendía, si esa otra manera había valido la pena.

No obtuvo respuesta. Lourdes le extendió un plato con su porción de pastel.

—El de en medio —dijo ella—, que tiene más cajeta.

Don Diáfano la miró. Ella sostuvo la mirada sin pestañear. Era la única persona en esa sala que lo miraba directamente, y Don Diáfano pensó que no era casualidad: Lourdes era también la única persona en esa sala que no tenía nada que esconder ante él, porque en once años nunca le había pedido que firmara nada que no correspondiera, nunca le había solicitado que viera hacia otro lado, nunca había utilizado su presencia como coartada ni su ausencia como oportunidad.

—Gracias, Lourdes —dijo Don Diáfano.

—A usted, don Diáfano —respondió ella, y en ese «a usted» había más contenido que en todos los discursos de la tarde.

El pastel estaba extraordinariamente bueno. La cajeta de Celaya tiene esa virtud: es difícil fingir que sabe bien cuando no sabe bien, y es difícil fingir que no sabe bien cuando sí sabe bien. Una honestidad del paladar que Don Diáfano siempre había apreciado en los dulces del Bajío.

A las seis de la tarde recogió sus cosas. Cuatro cajas de cartón con treinta y cuatro años de vida burocrática: manuales de procedimientos, memorandos, fotografías de eventos institucionales donde aparecía siempre en los márgenes, un diccionario jurídico con el lomo roto que le había regalado su padre al ingresar al servicio público, y un cactus pequeño llamado Procedimiento que había sobrevivido en su escritorio con una tenacidad que él consideraba admirable y, en algunos momentos difíciles, ejemplar.

El licenciado Ángeles Campeán se ofreció a ayudarlo a bajar las cajas. Don Diáfano declinó con cortesía. Hizo tres viajes. En el último, se detuvo un momento en el pasillo del tercer piso y miró hacia el fondo, donde su cubículo —el del rincón, el que no tenía ventana, el que le habían asignado después de la denuncia de 2005 y del que nunca lo habían movido— permanecía ya vacío, con la silla giratoria ligeramente torcida, como si alguien se hubiera levantado con prisa.

Nadie se había levantado con prisa. Él siempre se había levantado despacio, con orden, empujando la silla de vuelta a su lugar.

La había dejado torcida adrede. Era la primera vez en treinta y cuatro años que dejaba algo en esa oficina que no estaba en su lugar correcto. Le pareció, por razones que no habría sabido explicar del todo, que era el gesto más honesto de su trayectoria.

Bajó las escaleras con su última caja. Cruzó el patio de la secretaría, donde el busto de Benito Juárez lo observaba con esa expresión que tienen los bustos de Juárez en Guanajuato: entre la solemne reivindicación histórica y la levísima incomodidad de estar en territorio que en 1858 era profundamente hostil a todo lo que él representaba.

Don Diáfano se detuvo frente al busto. No era hombre de gestos teatrales. Pero lo miró un momento, con la seriedad con que miraba las cosas que le importaban, y pensó que Juárez y él tenían en común algo que no era heroísmo ni trascendencia: tenían en común la terquedad. La incapacidad fisiológica de ser de otro modo, aunque el mundo entero demostrara, con paciencia y con datos, que ser de ese modo era inconveniente.

La diferencia, reconoció Don Diáfano con la imparcialidad que siempre lo caracterizó, era que Juárez había cambiado la historia de México, y él había llenado correctamente treinta y cuatro años de formularios presupuestales.

Salió a la calle. La luz de enero en Guanajuato lo recibió sin ceremonia. Fría, clara, honesta.

Puso la última caja en el asiento trasero de su Tsuru modelo 2003 —que arrancaba a la primera siempre que la temperatura no bajara de ocho grados, condición que en enero representaba una negociación permanente con el clima— y se sentó al volante.

Esta es la historia de Don Diáfano Viborilla y Piernavieja. Un hombre que nació de cierta manera, creció de cierta manera, vivió de cierta manera, y que a los sesenta y siete años, con cuatro cajas de cartón en el asiento trasero y un cactus llamado Procedimiento en el regazo, se preguntaba por primera vez con verdadera urgencia si esa cierta manera había sido una virtud, una condición, o simplemente la forma más cara de ser feliz en un país que cobra muy bien ese tipo de lujos.

No lo sabía aún.

Esta historia es el intento de averiguarlo.

CAPÍTULO 1

De dónde viene un hombre así

Guanajuato capital / Silao, 1958-1975

Hay hombres que llegan al mundo con el carácter ya formado, como si el útero materno hubiera funcionado no solo como incubadora biológica sino también como taller de ebanistería moral, y el producto saliera terminado, barnizado y listo para resistir décadas de uso intenso.

Don Diáfano Viborilla y Piernavieja fue, desde todos los indicios disponibles, uno de esos hombres. Lo cual no significa que fuera un niño fácil, ni un adolescente ejemplar en el sentido en que los colegios católicos del Bajío utilizan ese adjetivo. Significa, más precisamente, que desde muy temprano manifestó una relación con la verdad que sus contemporáneos encontraban, según el momento y la circunstancia, admirable, incómoda, o francamente exasperante.

Nació el 14 de marzo de 1958 en Guanajuato capital, tercero de cuatro hijos de don Gregorio Viborilla Moralillo y doña Agripina Piernavieja y Talamantes, en una casa de la callejuela de Potrero que tenía las paredes gruesas de la arquitectura colonial, un patio interior donde crecían dos buganvillas de colores distintos —una naranja, otra magenta— y una cocina donde el aroma del chile guajillo tostado constituía, de manera involuntaria pero eficaz, el primer argumento sensorial a favor de la permanencia en este mundo.

Don Gregorio era contador. No el tipo de contador que en el México de los años sesenta proliferaba en las empresas medianas como una especie perfectamente adaptada a su ecosistema —capaz de producir estados financieros que satisfacían simultáneamente al fisco, al patrón y a la propia conciencia mediante una gimnasia contable que habría maravillado a cualquier acróbata—, sino el otro tipo: el que sumaba las columnas como estaban, anotaba lo que había y firmaba únicamente lo que podía sostener ante cualquier pregunta, a cualquier hora, sin necesidad de recordar qué versión había dado la vez anterior.

Trabajaba en una empresa textil de Silao, a treinta kilómetros de la capital, y hacía el trayecto en autobús durante veintiún años con una puntualidad que los choferes de la línea Flecha Amarilla terminaron por incorporar como referencia para ajustar sus propios horarios. No ganaba mal. Tampoco ganaba bien. Ganaba exactamente lo que correspondía a un hombre de su posición que no había encontrado la manera —ni, hay que decirlo, el interés— de que su posición rindiera más de lo que estipulaba el contrato.

En dos ocasiones le ofrecieron participar en ajustes contables que habrían aumentado sus ingresos de manera significativa y discreta. La

primera vez respondió que no con una brevedad que el oferente interpretó inicialmente como timidez y que resultó ser algo más definitivo. La segunda vez respondió que no con la misma brevedad, y el oferente —ya con antecedentes— no insistió.

Don Gregorio no hizo de estos episodios ninguna epopeya moral. No los contó en la mesa familiar como ejemplos edificantes. Los mencionó una sola vez, de paso, en una conversación sobre otra cosa, con el mismo tono con que habría mencionado que había llovido en el camino.

Ese tono fue, quizá, la herencia más valiosa que transmitió a su tercer hijo.

Doña Agripina era maestra de primaria en la escuela Ignacio Allende de la colonia Noria Alta, donde enseñó durante treinta y dos años con una dedicación que sus alumnos recordaban décadas después no como severidad sino como seriedad: la diferencia entre quien exige porque disfruta del poder que le da exigir y quien exige porque considera que el conocimiento merece ese respeto.

Era una mujer de estatura mediana, voz clara y una capacidad de observación que sus hijos aprendieron temprano a no subestimar, porque doña Agripina notaba las cosas. Todas. Con la misma atención imperturbable con que un astrónomo registra el movimiento de los cuerpos celestes, sin juzgar su trayectoria pero sin perder ningún detalle.

Cada fin de año, los padres de familia de su grupo llevaban regalos. Era una costumbre establecida, inofensiva en apariencia, que funcionaba como lubricante social entre las familias y la institución escolar. Doña Agripina los recibía con una sonrisa, los agradecía con genuina calidez y los devolvía al día siguiente con una nota escrita a mano donde explicaba, sin dramatismo y sin moralizar, que apreciaba el gesto pero prefería mantener su criterio independiente de cualquier consideración que no fuera el desempeño del alumno. Algunos padres lo entendieron de inmediato. Otros lo interpretaron como altanería. Ninguno lo repitió.

En ese hogar, entre esas dos personas, creció Diáfano.

Sus hermanos —Guadalupe, la mayor; Ernesto, el segundo; y Rosario, la pequeña— eran personas de bien en el sentido ordinario y suficiente del término: trabajadores, honestos dentro de los límites que la vida cotidiana suele negociar con uno sin que uno lo advierta del todo, capaces de dormir razonablemente bien la mayor parte de las noches.

Diáfano era distinto de ellos no en especie sino en grado, como si la misma sustancia moral que los formó a todos hubiera sido dosificada en él con una generosidad que en los otros se había distribuido con más moderación. Guadalupe decía, cuando ya eran adultos y podían reírse de estas cosas, que Diáfano había nacido sin el interruptor que en los demás seres humanos permite apagar temporalmente la conciencia cuando resulta conveniente.

—El problema —agregaba Guadalupe, que tenía el humor seco de su madre— es que ese interruptor viene de fábrica. Diáfano salió sin él. Y ya no tiene garantía.

La infancia en la callejuela del Potrero fue, por los registros disponibles, una infancia ordinaria en sus contenidos y extraordinaria en su atmósfera. Los niños del barrio jugaban fútbol en el callejón, perseguían perros callejeros, construían historias elaboradas alrededor de objetos encontrados y se iniciaban paulatinamente en las pequeñas transgresiones que constituyen el aprendizaje práctico de los límites: robar mangos de la huerta del señor Abundio, escabullirse al río sin permiso, inventar excusas creativas para justificar los pantalones rotos.

Diáfano participaba en casi todo esto con entusiasmo genuino, incluidos los mangos del señor Abundio, que eran objetivamente superiores a cualquier mango comprado en el mercado y cuya sustracción él justificaba con una lógica que, en retrospectiva, prefiguraba algunas de las discusiones filosóficas que ocuparían su madurez.

La diferencia con sus compañeros no estaba en la transgresión sino en lo que venía después: Diáfano era incapaz de mentir sobre lo que había hecho. No por cobardía —lo que habría producido la confesión por anticipación de las consecuencias—, sino por una especie de incompatibilidad constitucional con la falsedad que le resultaba más incómoda que cualquier castigo.

Esto le ganó, entre los niños del callejón, una reputación ambivalente. Por un lado, era el compañero de quien te fiabas absolutamente: si Diáfano decía que no había sido, no había sido; si decía que el plan funcionaría, era porque lo había pensado con cuidado. Por otro lado, era el compañero con quien debías calcular con precisión cuánto querías que los adultos supieran, porque Diáfano, si preguntaban directamente, respondía directamente, sin la red de protección que el código de silencio infantil normalmente garantiza.

El episodio de la cartera ocurrió en el verano de 1972, cuando Diáfano tenía catorce años.

Volvía de la escuela por la calle de Alonso, esa arteria estrecha donde el tráfico peatonal y el vehicular negocian permanentemente su coexistencia con la informalidad característica de las ciudades que fueron diseñadas para las mulas y adaptadas para los automóviles con más voluntad que planificación, cuando vio en el suelo, junto a la pared de una vecindad, una cartera de cuero marrón.

Era una cartera gruesa, del tipo que los hombres de cierta edad llevaban en el bolsillo trasero del pantalón con una despreocupación que equivalía a una invitación. Diáfano la recogió. La abrió. Contenía trescientos doce pesos —una cantidad que en 1972 representaba algo más que un gesto, algo menos que una fortuna, y exactamente lo suficiente para alterar significativamente el verano de un adolescente de

catorce años—, credenciales a nombre de Fortino Casillas Rendón, y una fotografía pequeña y descolorida de una mujer con un niño que podría tener dos o tres años.

Diáfano miró el dinero. Miró las credenciales. Miró la fotografía.

Luego cerró la cartera y fue a buscar a Fortino Casillas Rendón.

Lo encontró tres horas después, en una ferretería de la calle de Sopeña, donde el señor Casillas trabajaba atendiendo el mostrador con la expresión de quien lleva horas buscando algo que sabe que no va a aparecer. Cuando Diáfano le entregó la cartera, el señor Casillas la revisó con dedos que temblaban levemente, contó el dinero, miró las credenciales, y luego miró a Diáfano con una expresión que el muchacho no supo clasificar en ese momento y que años después identificaría correctamente como la mezcla de alivio y desconcierto de quien recibe algo que ya había dado por perdido.

—Muchacho —dijo el señor Casillas—, aquí hay para darte algo.

—No hace falta —dijo Diáfano.

—Insisto. —El señor Casillas ya tenía un billete en la mano. —Te lo mereces.

—No me lo merezco —dijo Diáfano, con la paciencia de quien explica algo que le parece evidente—. La cartera no era mía. Usted es el que se la merece, porque es suya.

El señor Casillas lo miró un momento más, con esa expresión que Diáfano conocería bien en los años siguientes: la de quien acaba de encontrarse con algo que no esperaba y no sabe exactamente cómo procesarlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó finalmente.

—Diáfano Viborilla.

El señor Casillas asintió despacio, como archivando el nombre en algún lugar de la memoria donde se guardan las cosas que no encajan del todo con la imagen habitual del mundo.

—Que Dios te lo pague, hijo —dijo.

Diáfano agradeció el deseo sin señalar que habría preferido que el esquema de recompensas fuera un poco más concreto y menos diferido, porque a los catorce años ya tenía la suficiente intuición teológica para sospechar que Dios, en materia de pagos, operaba con plazos que la economía doméstica difícilmente podía absorber.

Volvió a casa con tres horas de retraso y sin los trescientos doce pesos. Su madre le preguntó dónde había estado. Él explicó. Doña Agripina lo escuchó en silencio, con esa atención que tenía para las cosas que le importaban, y cuando él terminó ella asintió una vez, volvió a la cocina, y no dijo nada más.

No dijo nada más, pero esa noche el caldo de res tenía un trozo de retazo más grande de lo habitual.

Don Gregorio se enteró por Guadalupe —que se había enterado por Ernesto, que lo había visto llegar— y tampoco dijo nada directamente. Lo que hizo, ese domingo, fue sacar del cajón de su escritorio un libro pequeño de tapas verdes que Diáfano no había visto antes y dejarlo sobre la cama del muchacho sin nota ni explicación. Era el Diccionario de la lengua española, edición de 1956, con el lomo reforzado con cinta adhesiva. Diáfano lo abrió en la primera página y encontró una sola palabra subrayada en lápiz, con la letra ordenada y sin adornos de su padre:

Integridad.

Leyó la definición. Era breve. No le pareció suficiente para explicar por qué había caminado tres horas bajo el sol de julio para devolver una cartera ajena, pero intuyó que era el principio de algo que iba a tardar mucho tiempo en entender del todo.

Tenía razón. Le tomaría cincuenta y cuatro años. Y aun entonces no estaría completamente seguro.

La adolescencia transcurrió en el Colegio del Nivel Medio Superior de la Universidad de Guanajuato, donde Diáfano fue un estudiante de rendimiento regular en las materias que no le interesaban y notable en las que sí, patrón que sus profesores encontraban frustrante y que él consideraba, en cambio, una forma elemental de honestidad intelectual. No veía el sentido de fingir interés en lo que no le interesaba, y el fingimiento, en cualquiera de sus formas, le producía esa incomodidad familiar que su hermana Guadalupe había descrito con precisión clínica como la ausencia del interruptor.

Tuvo amigos. No muchos, porque la amistad genuina —la que él entendía como amistad, que incluía la posibilidad de decir la verdad sin que el otro se ofendiera permanentemente— requería un tipo de persona que no abundaba, ni en el Bajío ni, según averiguaría después, en ninguna otra región del país ni del continente. Pero los que tuvo fueron duraderos, porque sabían exactamente con quién trataban y habían decidido que eso, a pesar de todo, valía la pena.

En ese período formó también su relación con Guanajuato como ciudad. No el Guanajuato turístico de los callejones iluminados y las estudiantinas y el Festival Cervantino, sino el otro: el de las vecindades donde el agua a veces llegaba y a veces no, el de los burócratas en las ventanillas que atendían con la parsimonia de quien sabe que el servicio al ciudadano es un concepto en permanente construcción, el de las fiestas patronales donde la devoción y el negocio se mezclaban con una naturalidad que ninguno de los dos encontraba contradictoria.

Era una ciudad que amaba sus tradiciones con la misma intensidad con que evitaba examinarlas, y Diáfano aprendió a quererla exactamente así: con los ojos abiertos y sin la necesidad de que fuera otra cosa.

A los diecisiete años supo que quería estudiar algo relacionado con la administración pública. No por vocación política —la política le producía una desconfianza que con los años se volvería más articulada pero nunca desaparecería del todo—, sino porque entendía que el Estado, con todos sus defectos catalogables, era el mecanismo mediante el cual una sociedad intentaba organizarse a sí misma, y que ese mecanismo, para funcionar aunque fuera razonablemente, necesitaba personas que lo operaran con seriedad.

Era, reconocería décadas después con la sonrisa específica de quien encuentra la ironía sin buscarla, una conclusión perfectamente correcta y perfectamente ingenua al mismo tiempo. Correcta porque el argumento era sólido. Ingenua porque asumía que la seriedad era una variable que el sistema valoraba.

No lo era. Pero eso lo aprendería después.

Por ahora, en el verano de 1975, Diáfano Viborilla y Piernavieja tenía diecisiete años, una convicción todavía sin nombre preciso sobre cómo quería vivir, y la certeza —que el tiempo no le quitaría, aunque sí le complicaría considerablemente— de que la única forma de ir a dormir sin pastillas era no tener nada que esconder.

Era, como punto de partida para una vida en el servicio público mexicano, una posición filosófica de una valentía que rozaba lo temerario.

O lo que en Guanajuato, con su vocación por los eufemismos amables, suelen llamar, con cariño y algo de lástima: mucha fe.

CAPÍTULO 2

La universidad o el primer contacto con la realidad organizada

Universidad de Guanajuato, 1975-1980

La Universidad de Guanajuato es un edificio que sube. No en el sentido metafórico con que los discursos de bienvenida suelen invocar la ascensión del conocimiento, sino en el sentido literal y algo agotador de que sus aulas, pasillos y escalinatas desafían la topografía de una ciudad construida sobre una mina y varios siglos de decisiones urbanísticas tomadas por personas que claramente no contemplaban la posibilidad de llegar tarde a una clase del tercer piso.

Diáfano Viborilla y Piernavieja subió esas escaleras por primera vez en septiembre de 1975 con una carpeta bajo el brazo, un par de zapatos que su madre había mandado lustrar la noche anterior, y la convicción razonablemente sólida de que la educación superior era el siguiente paso lógico en la construcción de una vida útil.

Estudiaría Administración Pública. Sus compañeros de generación eran, en su mayoría, jóvenes del Bajío y de estados vecinos que llegaban con propósitos diversos: algunos con vocación genuina por la cosa pública, otros con la intuición práctica de que un título en administración abría puertas en el gobierno, y un número no despreciable con la certeza, heredada de sus familias, de que el servicio público era un destino razonable para quien no había encontrado todavía un destino mejor.

El primer día, en el pasillo exterior de la facultad, Diáfano se sentó en una banca de piedra a revisar su horario y un muchacho delgado con lentes de armazón metálica se sentó a su lado sin preámbulo.

—¿Tú también eres de primero? —dijo el muchacho.

—Sí —dijo Diáfano.

—Gerardo Bustillo. De León. —Le extendió la mano.

—Diáfano Viborilla. De aquí.

Gerardo lo miró con la curiosidad directa de quien no tiene tiempo para rodeos. —¿Diáfano? ¿Así de verdad?

—Así de verdad.

—Nombre complicado.

—El apellido también —dijo Diáfano—. Uno se acostumbra.

Gerardo se rio. Era una risa fácil, de las que abren conversaciones. —¿Y por qué Administración Pública? Mi papá dice que es carrera de flojos que quieren plaza de gobierno.

—¿Y tú qué dices?

—Yo digo que mi papá tiene razón en la mitad —dijo Gerardo—, pero que la otra mitad es que si de todas formas el gobierno va a existir, alguien tiene que saber cómo funciona. Y ese alguien podría ser yo.

Diáfano consideró esto. —No está mal razonado.

—¿Y tú?

—Yo creo que las instituciones son el único mecanismo que tiene una sociedad para organizarse. Si están mal administradas, todo lo demás falla. Alguien tiene que hacerlo bien.

Gerardo lo miró un momento con una expresión que Diáfano aprendería a reconocer en los años siguientes: la de quien acaba de encontrarse con alguien que habla en serio de cosas sobre las que los demás hablan de broma.

—Tú sí que eres de aquí —dijo Gerardo finalmente.

—¿Por qué?

—Porque en León la gente no habla así de las instituciones. Habla de los negocios.

Fueron compañeros durante cinco años con la irregularidad natural de dos personas que se aprecian en ciertos territorios y divergen en otros, lo cual es la forma más honesta de amistad universitaria.

El primer semestre transcurrió sin incidentes notables. Diáfano descubrió que era buen estudiante cuando el tema le importaba — Derecho Constitucional, Teoría del Estado, Administración Financiera— y estudiante suficiente cuando no. Encontró dos o tres profesores que enseñaban como si el conocimiento les importara más que el horario, y varios más que enseñaban como si el horario les importara más que el conocimiento. Estableció la distinción y organizó su atención en consecuencia.

También descubrió, con una gradualidad que hizo el hallazgo más instructivo que sorpresivo, que la universidad era un ecosistema con su propia economía moral. No era corrupta en el sentido grave del término, sino algo más sutil y más extendido: un espacio donde las normas existían con la suficiente ambigüedad para ser interpretadas creativamente por quienes sabían hacerlo, y con la suficiente firmeza para aplicarse a quienes no.

El episodio del trabajo colectivo ocurrió en el tercer semestre, en la materia de Organización y Métodos, impartida por el profesor Abundio Peralvillo Serrano, hombre de unos cincuenta años que había trabajado en la burocracia federal durante dos décadas antes de refugiarse en la academia con la expresión de quien ha visto cosas que prefiere no ver más.

El profesor Peralvillo asignó un trabajo en equipo sobre los mecanismos de control interno en las dependencias gubernamentales. Diáfano fue integrado en un grupo de cinco personas que incluía a Gerardo Bustillo como líder informal y a una compañera llamada Virtudes Andrade Palomino —que tenía el nombre más adecuado a las circunstancias de cuantos Diáfano conocería en su vida universitaria.

La noche anterior a la entrega, Gerardo llegó al cuarto de la residencia donde vivían tres del grupo con el trabajo ensamblado bajo el brazo y una satisfacción que Diáfano reconoció como la de quien ha resuelto un problema con recursos que no aparecen en el enunciado.

—Listo —dijo Gerardo, poniendo el trabajo sobre la mesa—. Solo falta que firmen la portada.

Diáfano tomó el trabajo y comenzó a leerlo.

—No hace falta que lo leas todo —dijo Gerardo—. Ya está revisado.

—Yo sí hace falta que lo lea —dijo Diáfano, sin levantar la vista.

Gerardo se sentó. Esperó con la paciencia decreciente de quien no entiende por qué alguien lee lo que no necesita leer. Los otros dos firmaron la portada y se fueron a cenar.

Cuarenta minutos después, Diáfano dejó el trabajo en la mesa.

—No puedo firmar esto —dijo.

Gerardo lo miró. —¿Por qué no?

—Porque no lo escribí.

—Escribiste tu parte.

—Mi parte sí. Las otras tres partes, no. Y en la portada dice que el trabajo es de los cinco.

—Así funcionan los trabajos en equipo —dijo Gerardo, con la paciencia pedagógica que reservaba para los casos difíciles—. Cada quien aporta lo que puede. Tú redactaste, yo coordiné, los demás buscaron la información. Es colaboración.

—Buscar información y copiarla de un artículo del profesor sin citarlo no es colaboración —dijo Diáfano—. Es otra cosa.

Gerardo abrió las manos. —Diáfano, todos lo hacen. El profe lo sabe. Nadie va a ponerse a verificar de dónde viene cada párrafo.

—Tú no sabes eso.

—Llevo tres semestres aquí. Sí lo sé.

—Aun así.

—¿Aun así qué? —dijo Gerardo, y en su voz había por primera vez algo que no era exactamente irritación pero se le acercaba—. ¿Vas a reprobar por un escrúpulo?

—Posiblemente —dijo Diáfano.

—¿Y eso te parece razonable?

Diáfano lo pensó un momento con la seriedad con que pensaba las cosas. —Me parece inevitable —dijo—. No es lo mismo.

Gerardo lo miró durante varios segundos. Luego recogió el trabajo, guardó silencio un momento más y dijo, con la resignación de quien acepta que ciertos argumentos son impermeables a la lógica convencional:

—¿Sabes lo que eres, Viborilla?

—Dímelo.

—Eres un problema.

—Puede ser —dijo Diáfano—. Pero es un problema que es mío, no tuyo. Entrega el trabajo con cuatro firmas. Yo entrego mi sección por separado y explico la situación al profesor.

Gerardo salió sin responder. Diáfano se quedó en el cuarto y pasó la siguiente hora redactando una nota de dos párrafos dirigida al profesor Peralvillo, donde explicaba, con cortesía y sin acusaciones, que prefería responsabilizarse únicamente de lo que había redactado él. La redactó tres veces hasta que le pareció que el tono era exactamente el correcto: ni altivo ni exculpatorio. Solo preciso.

Virtudes Andrade Palomino lo encontró al día siguiente en el pasillo, después de que los dos habían entregado sus respectivas versiones del trabajo.

—Sabías que ibas a reprobar —dijo ella. No era pregunta.

—Lo suponía —dijo Diáfano.

—¿Y lo hiciste de todas formas?

—No podía hacer otra cosa.

Virtudes lo miró con una atención que no era la misma que había en la mirada de Gerardo. Era más lenta, más considerada.

—¿Nunca calculas el costo de tus decisiones? —preguntó.

—Lo calculo —dijo Diáfano—. Lo que pasa es que el costo de no tomarlas me parece más alto.

—¿Más alto cómo?

—Más alto aquí —dijo Diáfano, y se tocó el pecho con dos dedos, con una sencillez que no tenía nada de dramático.

Virtudes guardó silencio un momento. —¿Sabes cuál es tu problema? —dijo finalmente.

—Todo el mundo parece saberlo —dijo Diáfano—. Dímelo tú también.

—Que el mundo no está organizado para recibirte.

—Lo sé.

—¿Y eso no te preocupa?

Diáfano consideró la pregunta con honestidad. —Me preocupa menos que la alternativa —dijo.

Virtudes asintió despacio. —Eso es o muy honrado o muy tonto.

—Probablemente las dos cosas —dijo Diáfano.

Virtudes se quedó mirándolo un momento más, con esa expresión específica de quien acaba de clasificar algo en una categoría que no tenía prevista. Luego se fue a clase sin añadir nada, que era también, Diáfano lo comprendería con los años, una forma de respeto.

El cuatro en Organización y Métodos fue el primero de varios encontronazos que Diáfano tuvo con el sistema universitario. Hubo otras situaciones. El compañero que le pidió que lo cubriera en la lista de asistencia durante una semana en Acapulco.

—Nadie lo va a notar —dijo el compañero—. Son dos segundos.

—Yo lo voy a notar —dijo Diáfano.

—¿A ti qué te importa?

—Me importa que estarías mintiendo y yo sería parte de la mentira.

El compañero lo miró como si acabara de hablar en un idioma que reconocía pero no dominaba, y fue a buscar a alguien más.

Estuvo también la profesora de Finanzas Públicas que distribuía entre sus alumnos preferidos los temas del examen con una anticipación que hacía innecesario el estudio. Un compañero de banca le pasó a Diáfano una hoja doblada en cuartos una semana antes del parcial.

—¿Qué es esto? —preguntó Diáfano.

—Los temas del examen —susurró el compañero—. Te los paso porque me caes bien.

Diáfano abrió la hoja, la leyó, la dobló de nuevo y se la devolvió.

—No —dijo.

—¿Por qué? Si ya los tienen todos.

—No todos —dijo Diáfano.

—Casi todos.

—Yo no.

El compañero se quedó con la hoja en la mano y una expresión entre la incompreensión y el insulto personal, como si le hubieran rechazado un regalo de cumpleaños.

Fue en esos cinco años donde Diáfano formó también su biblioteca interior. Kant, que le confirmó con rigor filosófico lo que su padre le había enseñado con el ejemplo mudo. Rousseau, apasionado y útil para entender por qué los seres humanos construyen instituciones y luego se sorprenden de que se comporten como seres humanos. Tocqueville, que le pareció el más honesto de todos porque no pretendía que la democracia fuera hermosa, sino que argumentaba que era preferible a lo demás.

Y, casi por accidente, en la biblioteca de la facultad un martes de noviembre de 1977, un libro delgado de tapas amarillas: Cándido, de Voltaire.

Lo leyó en una tarde. Lo releyó esa misma noche. Y al terminar tuvo la sensación, rara y un poco inquietante, de que alguien había escrito en 1759 un libro sobre su problema específico.

Se lo comentó a Gerardo al día siguiente, en la cafetería de la facultad donde tomaban café entre clases con la regularidad de una costumbre que ninguno de los dos había propuesto formalmente.

—¿Leíste el Cándido? —dijo Gerardo, mirándolo por encima de su taza.

—Anoche.

—¿Y?

—Creo que Voltaire entendía el problema mejor que nadie —dijo Diáfano—. El problema de quien cree que el mundo debería tener un orden moral y va descubriendo que ese orden es más aspiración que descripción.

Gerardo lo pensó. —¿Y Cándido qué hace con eso?

—Al final cultiva su jardín. Deja de intentar entender el mundo y se concentra en lo que puede hacer.

—¿Y tú harías lo mismo?

Diáfano tomó su café. —No lo sé. Creo que la diferencia entre Cándido y yo es que él era ingenuo: creía que el mundo mejoraría. Yo no soy tan optimista.

—Entonces eres peor que Cándido —dijo Gerardo—. Él por lo menos tenía esperanza.

—Tengo otra cosa —dijo Diáfano.

—¿Qué?

—La certeza de que aunque el mundo no mejore, hay maneras de estar en él que son más soportables que otras.

Gerardo lo miró. —Eso es lo más triste que te he escuchado decir.

—O lo más honesto —dijo Diáfano.

Gerardo agitó la mano como quien descarta un argumento que le resulta incómodo precisamente porque no puede refutarlo, y pidió otro café.

En junio de 1980, Diáfano Viborilla y Piernavieja se graduó de licenciado en Administración Pública con mención honorífica en su tesis —un análisis del control presupuestal en los municipios guanajuatenses que su asesor describió como riguroso hasta el punto de resultar incómodo para las instituciones analizadas, lo cual Diáfano tomó como el mejor elogio que había recibido en cinco años.

Don Gregorio y doña Agripina asistieron a la ceremonia. Su padre llevaba el único traje que tenía, planchado con una precisión que solo podía haber logrado doña Agripina. Su madre llevaba un vestido azul marino que Diáfano recordaría siempre como el color específico del orgullo materno en el Bajío.

En el camino de vuelta, los cuatro apretados en el Datsun familiar, Guadalupe fue la primera en hablar.

—Ya eres licenciado —le dijo a su hermano desde el asiento trasero, con el humor seco que la caracterizaba—. Ahora sí ya puedes arreglar el mundo.

—No pretendo arreglarlo —dijo Diáfano.

—¿Entonces qué pretendes?

—No empeorarlo.

Guadalupe lo miró. —¿Y eso es suficiente para ti?

—De momento —dijo Diáfano.

Don Gregorio, que conducía con las dos manos en el volante como hacía siempre, no había dicho nada desde que salieron. En el cruce de la Presa de la Olla, sin apartar los ojos de la calle, dijo:

—Ahora a trabajar.

Era el consejo más breve y más completo que Diáfano había recibido en veintidós años. Y lo seguiría. Con una fidelidad que, como todas las fidelidades absolutas, tendría sus costos.

Pero eso, como siempre, vendría después.

CAPÍTULO 3

Entra al servicio público con fe y sale con experiencia

Secretaría de Finanzas y Administración de Guanajuato, 1981-1990

Hay una fotografía —existe en algún álbum familiar que nadie ha ordenado todavía— donde aparece Diáfano Viborilla y Piernavieja el primer día que se presentó a trabajar en la Secretaría de Finanzas y Administración del gobierno del estado de Guanajuato. Tiene veintitrés años. Lleva una corbata azul marino que su madre eligió porque combinaba con la seriedad del cargo sin resultar intimidante para los ciudadanos.

Carga una carpeta con sus documentos con el cuidado de quien transporta algo frágil. Y tiene, en la expresión del rostro, esa mezcla específica de expectativa y determinación que solo tienen las personas que todavía no saben lo que les espera pero están completamente seguras de estar preparadas para ello.

La fotografía no miente. Pero tampoco cuenta todo.

Lo que cuenta es que Diáfano había ganado su plaza por concurso de oposición real: examen escrito, revisión de expediente y entrevista ante un jurado de tres personas que lo interrogaron durante cuarenta minutos sobre presupuesto público, control interno y teoría administrativa. Había obtenido el primer lugar entre dieciséis aspirantes.

Lo que la fotografía no cuenta es que ese concurso fue uno de los tres que se realizaron con procedimientos aproximadamente transparentes durante aquella administración, la cual había llegado al cargo con un discurso modernizador que en materia de servicio civil duró exactamente lo que duran los discursos modernizadores en México: el tiempo suficiente para que quienes ya estaban adentro encontraran la manera de que la modernización no los afectara personalmente.

Diáfano entró por la puerta correcta. Lo que encontró adentro era otra cosa.

La Secretaría de Finanzas y Administración ocupaba un edificio colonial en el centro de Guanajuato que había sido casa de algún minero enriquecido en el siglo XVIII y que el gobierno estatal había adaptado para uso burocrático con la filosofía de intervención mínima característica de las instituciones que tienen presupuesto limitado y voluntad de preservación arquitectónica igualmente limitada.

Los pasillos eran anchos y frescos en invierno, anchos y sofocantes en verano. Las oficinas tenían techos altos que amplificaban el sonido de las máquinas de escribir —todavía máquinas de escribir en 1981, aunque ya circulaban rumores sobre algo llamado computadora que llegaría a cambiar todo, rumores que la institución escucharía durante los siguientes quince años con el escepticismo con que escuchaba cualquier anuncio de cambio.

Diáfano fue asignado al Departamento de Análisis Presupuestal, subsección de Egresos Corrientes, a las órdenes del licenciado Baldomero Escobedo Pantoja.

El licenciado Escobedo era un hombre de cincuenta y dos años que había ingresado al servicio público a los veinticinco, en los tiempos en que hacerlo era una decisión que las familias del Bajío tomaban con la misma seriedad con que decidían una carrera eclesiástica: como vocación, como destino, como fuente de una estabilidad que el sector privado de entonces no garantizaba con la misma solidez.

Conocía la institución con la intimidad de quien ha vivido en una casa durante décadas y sabe no solo dónde están los cuartos sino también cuáles puertas crujen, cuáles ventanas no cierran del todo, y qué rincones es mejor no iluminar demasiado.

La primera semana, Escobedo le mostró el trabajo. No el trabajo que aparecía en el manual de funciones —que existía, estaba encuadernado en pasta dura color borgoña, y Diáfano lo leyó completo en sus primeras dos noches en el puesto—, sino el trabajo real.

El viernes de esa primera semana, Escobedo lo llamó a su oficina al final de la tarde. Era una oficina pequeña con una ventana que daba al patio interior, donde una jacaranda crecía con la indiferencia serena de las plantas que no necesitan permiso para existir. Escobedo tenía sobre el escritorio dos tazas de café que había mandado traer de la fonda de la esquina, lo cual Diáfano interpretó correctamente como una señal de que la conversación iba a ser más larga que las instrucciones técnicas de la semana.

—Siéntese, Viborilla —dijo Escobedo.

Diáfano se sentó. Aceptó el café.

—¿Cómo va la semana? —dijo Escobedo.

—Bien, licenciado. He revisado los expedientes del trimestre anterior y el manual de procedimientos. Tengo algunas preguntas sobre los plazos de validación en el área de Egresos.

—Las preguntas pueden esperar —dijo Escobedo—. Primero quiero hablarle de algo más general.

Diáfano esperó.

Escobedo tomó su café con la calma de quien no tiene prisa porque ha tenido esta conversación muchas veces y sabe que la prisa no mejora el resultado.

—Mire, Viborilla —dijo—, en esta oficina hay dos tipos de asuntos. Los que se resuelven por la vía institucional y los que se resuelven.

Diáfano levantó la vista. —¿Cuál es la diferencia?

—La velocidad —dijo Escobedo—. Y la gratitud.

—No entiendo la segunda parte.

Escobedo dejó la taza. —Por la vía institucional, un expediente de autorización de gasto tarda entre cuarenta y sesenta días hábiles. A veces más, dependiendo de cuántas firmas necesita y de cuántos escritorios atraviesa antes de llegar al que lo puede resolver. —Hizo una pausa. —Cuando se resuelve, tarda lo que tarde una conversación y un café.

—¿Y la gratitud?

—La gratitud —dijo Escobedo— es lo que hace que la próxima vez también se resuelva.

Diáfano procesó esto. —¿Y si uno trabaja solo por la vía institucional?

Escobedo sonrió. Era una sonrisa sin crueldad, que era lo más inquietante de ella. —También funciona. Es más lento, genera más fricción, y en algún momento alguien va a preguntarse por qué los expedientes de su área tardan el doble que los de las demás. Pero funciona.

—Entonces funciona —dijo Diáfano.

—Funciona —confirmó Escobedo—. Nada más que en este trabajo, Viborilla, la institución no lo va a premiar por hacer las cosas bien. Lo va a premiar por hacer las cosas. Que no siempre es lo mismo.

—¿Y usted cuál de las dos hace, licenciado?

La pregunta cayó en la oficina con la suavidad de algo que pesa más de lo que parece. Escobedo lo miró durante un momento con una expresión que no era molestia sino algo más interesante: la de quien no esperaba la pregunta de vuelta y la encuentra, a pesar de todo, legítima.

—Llevo veintisiete años aquí —dijo Escobedo finalmente—. Y he dormido razonablemente bien la mayoría de las noches. Usted saque sus conclusiones.

Diáfano asintió. Guardó eso en el mismo lugar mental donde guardaba las observaciones que necesitaban tiempo para ser completamente procesadas.

Trabajó por la vía institucional.

Sus expedientes tardaban el triple que los de sus compañeros. Estaban, en cambio, impecablemente documentados: cada autorización

respaldada por su fundamento jurídico, cada cifra verificada contra el presupuesto original, cada discrepancia anotada y explicada con una precisión que hacía prácticamente imposible encontrar en ellos un error que no hubiera sido advertido y justificado por el propio Diáfano antes de que alguien más lo encontrara.

La contraloría interna jamás encontró una observación en sus expedientes. El contralor de turno lo mencionó en un informe trimestral con la discreción de quien señala una anomalía que no sabe exactamente cómo clasificar: no era un problema, pero tampoco era del todo normal, y las cosas que no son del todo normales en una burocracia suelen generar más incomodidad que las que son abiertamente problemáticas.

Sus compañeros lo trataban con una cortesía que evolucionó desde la curiosidad inicial hacia algo más estable: una mezcla de respeto genuino por su competencia y una distancia cuidadosamente mantenida. No lo excluían. No lo hostilizaban. Simplemente calibraban cuánto compartían con él y qué tipo de conversaciones tenían en su presencia.

El problema se definió con claridad en el tercer año, cuando el departamento recibió la instrucción de procesar con urgencia un conjunto de autorizaciones de gasto para un proyecto de infraestructura en el municipio de Salamanca.

Diáfano revisó los expedientes. Encontró tres irregularidades: dos de forma, subsanables con documentación adicional, y una de fondo que no era subsanable sin modificar el proyecto original. El gasto autorizado en uno de los rubros excedía el límite establecido por la normativa vigente sin contar con la dispensa correspondiente.

Escribió un memorando interno señalando las irregularidades, con cita específica al artículo pertinente del reglamento, y propuso dos vías de solución jurídicamente válidas aunque implicaban retrasar la autorización entre quince y treinta días.

Escobedo lo llamó a su oficina esa misma tarde. No había café esta vez.

—Viborilla, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—Tres años y cuatro meses, licenciado.

—Tres años y cuatro meses. —Escobedo tamborileó los dedos sobre el memorando—. ¿Y en ese tiempo ha visto cómo funcionan ciertas cosas?

—He visto varias cosas, sí.

—Entonces sabe que hay momentos en que la institución necesita que sus funcionarios sean parte de la solución y no del problema.

—Lo que señalo en el memorando —dijo Diáfano, con una calma que no era indiferencia sino exactamente lo que parecía— es precisamente una solución. Dos soluciones, de hecho.

—Soluciones que toman treinta días.

—Soluciones que son legales. Las otras, con respeto, no lo son.

Escobedo lo miró en silencio durante varios segundos. Afuera, en el patio, la jacaranda movía sus ramas con el viento de la tarde sin enterarse de nada.

—¿Usted sabe quién está detrás de este proyecto? —dijo Escobedo.

—No es relevante para el análisis técnico.

—Técnicamente no. Políticamente, sí.

—Yo hago análisis técnico, licenciado.

Escobedo exhaló despacio, con el cansancio específico de quien ha tenido razón muchas veces y eso no le ha servido de nada.

—Archiva el memorando —dijo.

—Ya está archivado. Es copia. El original va al expediente.

—Viborilla.

—Licenciado.

Otro silencio. Más largo.

—Usted es el funcionario más complicado que he tenido en veintisiete años —dijo Escobedo finalmente. No era insulto. Era, en su manera, un diagnóstico.

—¿Complicado por qué, licenciado?

—Porque no se le puede pedir que haga lo incorrecto, lo cual está bien.

—Escobedo recogió el memorando y lo guardó en un cajón. —Pero tampoco se le puede pedir que lo ignore, lo cual es un problema.

—Si lo ignoro, soy cómplice —dijo Diáfano.

—Si no lo ignora, es un obstáculo.

—Prefiero ser un obstáculo.

Escobedo lo miró una vez más, con una expresión que Diáfano no supo clasificar ese día y que años después, cuando ya había tenido tiempo de entender mejor a los hombres que habían pasado décadas dentro de sistemas que los habían formado tanto como los habían desgastado, identificaría como algo parecido a la envidia. No la envidia del que quiere lo que el otro tiene, sino la más silenciosa y más extraña del que reconoce en otro la persona que él mismo pudo haber sido en otras circunstancias o con otras decisiones tempranas.

—Puede retirarse —dijo Escobedo.

Las irregularidades se corrigieron. El proyecto se retrasó diecinueve días. Nadie le agradeció a Diáfano que hubiera tenido razón. Tampoco nadie le reprochó que la hubiera señalado, lo cual era, en la lógica de esa oficina, la forma más sofisticada de reproche disponible.

Los años siguientes establecieron un patrón que se repetiría con variaciones menores durante el resto de su carrera: Diáfano hacía un

trabajo técnicamente impecable, señalaba lo que debía señalarse, no firmaba lo que no podía firmar, y la institución lo mantenía exactamente adonde estaba con la misma eficiencia silenciosa con que un organismo vivo neutraliza un elemento que no puede expulsar pero tampoco puede incorporar completamente.

En el verano de 1987, durante una revisión de la contraloría, Diáfano se cruzó en el pasillo con uno de los analistas más jóvenes del área, un muchacho de veinticinco años recién incorporado llamado Macedonio Fuentes Arriaga, que llevaba tres meses en la institución y todavía tenía en los ojos el brillo específico de quien no ha entendido todavía cómo funcionan las cosas.

—Oiga, Viborilla —dijo Macedonio, alcanzándolo con paso rápido—, ¿puedo preguntarle algo?

—Dígame.

—Ese expediente de Silao que regresé con observaciones la semana pasada. El jefe me dijo que lo había procesado de manera incorrecta. Que debí haberlo pasado sin las observaciones.

—¿Y las observaciones eran correctas?

—Sí. Lo revisé tres veces.

—Entonces estaban bien.

Macedonio bajó la voz. —¿Y por qué el jefe dice que no?

Diáfano lo miró. Era un muchacho con cara de quien ha recibido una información que no encaja con el modelo del mundo con que llegó al trabajo. Diáfano recordó haber tenido esa misma cara, aunque calculó que en él había durado menos tiempo.

—Porque en esta institución —dijo Diáfano, con la misma calma con que habría explicado un procedimiento contable—, hay expedientes que se revisan y expedientes que se procesan. Los que se revisan son los que no tienen a nadie detrás. Los que se procesan son los otros.

Macedonio lo miró. —¿Y qué hago yo?

—Eso es una decisión que solo usted puede tomar —dijo Diáfano—. Yo le puedo decir lo que hago yo.

—¿Qué hace usted?

—Los reviso todos —dijo Diáfano—. Y anoto lo que encuentro.

—¿Y eso no le ha traído problemas?

Diáfano consideró la pregunta con honestidad. —Me ha traído consecuencias —dijo—. Si eso es lo mismo que problemas, depende de cómo lo mire uno.

Macedonio asintió despacio, con el gesto de quien archiva información que no sabe todavía cómo va a usar.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué —dijo Diáfano, y siguió caminando hacia su escritorio.

Años después, ese mismo Macedonio Fuentes Arriaga lo invitaría a comer a un restaurante de León con manteles de tela y una propuesta que Diáfano no podría aceptar. Pero eso pertenecía a otro capítulo de una historia que en 1987 todavía estaba comenzando.

En diciembre de 1990, después de nueve años en la institución, Diáfano Viborilla y Piernavieja tenía treinta y dos años, el mismo puesto con que había entrado, tres evaluaciones de desempeño sobresalientes que dormían en su expediente con la inutilidad específica de los documentos que nadie consulta, y una comprensión de la burocracia guanajuatense que habría bastado para escribir un tratado completo sobre la distancia entre lo que las instituciones dicen ser y lo que son.

No escribió ningún tratado. Tenía demasiado trabajo por hacer.

El licenciado Escobedo se jubiló ese mismo diciembre con una ceremonia que duró dos horas, un reloj de pared con el escudo del estado grabado, y un discurso del subsecretario donde se mencionaron su lealtad, su entrega y su contribución invaluable a la modernización del sector público guanajuatense.

Diáfano aplaudió. Cuando pasó frente a Escobedo para darle la mano, el hombre lo retuvo un momento con un apretón más firme de lo necesario y le dijo, en voz baja, con la discreción de quien entrega algo que ha guardado mucho tiempo:

—Viborilla, usted tiene razón en todo. El problema es que tener razón no es suficiente.

—Lo sé, licenciado —dijo Diáfano.

—¿Y de todas formas?

—De todas formas —dijo Diáfano.

Escobedo lo miró una última vez. Luego soltó su mano y se volvió hacia el siguiente que esperaba saludarlo.

Diáfano regresó a su lugar entre los asistentes. Afuera, en el patio, la jacaranda de siempre. Adentro, el sonido de los aplausos que nadie sabía exactamente a qué celebraban.

Era, pensó Diáfano mientras aplaudía con los demás, una escena perfectamente representativa de dónde estaba y de lo que le esperaba. Y aun así no cambió nada en él. Porque cambiar habría requerido convertirse en otra persona, y esa persona, por más que el mundo pareciera preferirla, no era la que él podía ser.

Lo cual era, dependiendo de cómo se mirara, su mayor virtud o su condena más precisa.

Probablemente las dos cosas al mismo tiempo. Como casi todo lo que importaba.

CAPÍTULO 4

El amor también tiene sus formularios

Guanajuato capital, 1983-1988

El Registro Civil de Guanajuato capital ocupaba, en 1983, una planta baja de un edificio gubernamental en la calle de Juárez que olía permanentemente a papel húmedo, tinta de sello y el café instantáneo que la secretaria de recepción preparaba cada mañana en una cafetera eléctrica cuyo voltaje exacto era un misterio que nadie había investigado porque la cafetera funcionaba y en las oficinas del gobierno uno no investiga lo que funciona.

Las ventanillas eran cuatro, numeradas con una lógica que no correspondía a ningún orden de atención observable, y los ciudadanos que llegaban a tramitar sus actas, certificaciones y constancias aprendían rápidamente que el número de la ventanilla era decorativo y que lo verdaderamente relevante era identificar qué funcionario atendía con qué disposición en qué momento del día.

Diáfano llegó un martes de marzo a tramitar el acta de nacimiento de su sobrino recién llegado al mundo —hijo de su hermano Ernesto, que había tenido la buena fortuna de reproducirse en un momento en que los plazos del Registro Civil eran particularmente generosos con quienes no sabían exactamente qué documentos necesitaban—, con una carpeta ordenada que contenía todo lo que el manual indicaba y algunas cosas adicionales que su experiencia burocrática ya acumulada le decía que probablemente pedirían aunque no estuvieran en el manual.

La ventanilla número tres estaba atendida por una mujer de unos veinticinco años que revisaba un expediente con una concentración que Diáfano reconoció de inmediato como la de alguien que realmente está leyendo lo que tiene enfrente y no simulando leerlo mientras piensa en otra cosa. Era una distinción menor pero, para quien la sabía ver, completamente reveladora.

Esperó su turno. Cuando llegó a la ventanilla, la mujer levantó la vista y le preguntó qué trámite requería con el tono neutral y profesional de quien ha aprendido a no formar expectativas sobre los expedientes antes de verlos.

Diáfano explicó. Presentó su carpeta. La mujer —cuya placa identificatoria decía Refugio Iturriaga Cendejas. Oficial certificadora— revisó los documentos con una rapidez que no era descuido sino práctica, y luego levantó la vista de nuevo.

—Le falta la constancia de alumbramiento del hospital —dijo.

—Está en la segunda página de la carpeta —dijo Diáfano.

Refugio Iturriaga volvió a la carpeta. Encontró la constancia. La revisó.

—También le falta la identificación del padre —dijo.

—Está al reverso de la constancia de alumbramiento.

Refugio dio vuelta al documento. Efectivamente.

Hubo una pausa breve en la que Diáfano no dijo nada y Refugio terminó de revisar la carpeta con una minuciosidad que iba aumentando a medida que comprendía que ese expediente estaba, de manera inusual e incluso levemente irritante, en perfecto orden.

—Todo está —dijo finalmente.

—Sí —dijo Diáfano.

—Normalmente falta algo.

—Lo sé. Por eso traje todo.

Refugio lo miró. Era una mirada breve, evaluativa, del tipo que las personas que trabajan en ventanillas desarrollan como mecanismo de supervivencia: la capacidad de clasificar al interlocutor en pocos segundos según categorías que la experiencia ha ido refinando.

Diáfano no encajaba en ninguna de las categorías habituales. No era el ciudadano ansioso que preguntaba tres veces la misma cosa. No era el que llegaba sin documentos y pretendía que era culpa de la oficina. No era el que conocía a alguien y lo mencionaba en los primeros treinta segundos de la conversación. Era simplemente alguien que había hecho lo que había que hacer y esperaba que el procedimiento siguiera su curso natural.

Era, en el contexto del Registro Civil de Guanajuato en 1983, una categoría prácticamente nueva.

—En cuatro días hábiles puede recoger el acta —dijo Refugio, iniciando el proceso de captura.

—¿Hay posibilidad de que sea en tres? —preguntó Diáfano.

—El plazo es cuatro días hábiles.

—Lo sé. Solo preguntaba si era posible, no si era obligatorio.

Refugio dejó de escribir y lo miró de nuevo. —¿Tiene alguna razón específica?

—El bautizo es el sábado. Sería más cómodo tener el acta antes.

—El bautizo no es requisito para el acta.

—No —admitió Diáfano—. Pero el acta es un regalo que quiero darle a mi hermano en el bautizo, y los regalos tienen más sentido cuando llegan a tiempo.

Refugio consideró esto un momento. Había en la respuesta algo que no era manipulación —ella tenía suficiente práctica para distinguirlo— sino simplemente una explicación honesta dada porque se le había pedido una razón.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

El acta estuvo lista en tres días. Diáfano fue a recogerla. Refugio no estaba en su ventanilla —era su día de descanso compensatorio— y la atendió su compañero de la ventanilla número uno, un hombre de mediana edad que procesó el trámite con eficiencia mecánica y sin conversación. Diáfano recogió el acta, agradeció, y salió.

Una semana después volvió al Registro Civil.

No tenía ningún trámite pendiente.

Refugio Iturriaga lo vio llegar y lo reconoció antes de que llegara a su ventanilla. Esperó.

—Buenos días —dijo Diáfano cuando llegó al frente.

—Buenos días. ¿Otro acta?

—No. Venía a agradecerle lo del plazo.

Refugio lo miró. —No era necesario.

—No —dijo Diáfano—. Pero era correcto.

Hubo un silencio que tenía una textura distinta a los silencios administrativos habituales de esa ventanilla. Refugio, que llevaba cuatro años en ese puesto y había desarrollado una tolerancia considerable hacia las distintas formas en que los ciudadanos intentaban entablar conversación con las personas detrás de las ventanillas —algunas bienintencionadas, muchas instrumentales, algunas francamente inconvenientes—, identificó que esto era otra cosa.

No sabría describirlo con precisión en ese momento. Lo que sí sabría describir, muchos años después, cuando sus hijos le preguntaran cómo había conocido a su padre, era que la segunda visita de Diáfano al Registro Civil sin ningún trámite pendiente fue la cosa más inusual que había ocurrido en esa oficina durante su carrera, y que lo inusual, cuando no es amenazante, resulta inevitablemente interesante.

—Ha sido un gusto —dijo Refugio, con una formalidad que era también, si uno sabía escuchar, una puerta entreabierta.

—Igualmente —dijo Diáfano. Y luego, con la honestidad directa que era su único modo disponible: —¿Sería posible invitarla a tomar un café cuando termine su turno?

Refugio consideró la pregunta con la misma seriedad con que consideraba los expedientes. —¿Por qué?

—Porque me parece usted una persona interesante —dijo Diáfano— y porque el café es un contexto razonable para verificar si esa impresión es correcta.

Era la declaración más administrativa de intenciones románticas que Refugio había recibido en sus veinticinco años de vida, y precisamente por eso fue la que más le interesó.

—A las tres —dijo.

Tomaron café en una fonda de la calle de Sopeña que tenía mesas de madera oscura y una especialidad en enchiladas mineras que ninguno de los dos pidió porque estaban demasiado ocupados hablando. Hablaron durante dos horas sobre sus trabajos, sus familias, Guanajuato, y —en algún momento que ninguno supo identificar después como el momento exacto en que la conversación cambió de naturaleza— sobre qué creían que hacía que una vida valiera la pena.

Refugio tenía opiniones claras y una manera de expresarlas que no requería el permiso de nadie para ser directa. Venía de una familia de Silao —lo cual estableció de inmediato una geografía emocional compartida con Diáfano, que había pasado parte de su infancia visitando a su padre en esa ciudad— donde su madre había sido enfermera y su padre comerciante de abarrotes, y donde se había aprendido desde temprano que el trabajo honesto era la única forma de independencia que nadie podía quitarte.

No era ingenua. Eso lo vio Diáfano desde la primera tarde. Tenía la clase de inteligencia práctica que no necesita demostrar que es inteligencia para funcionar, y una capacidad de observación que a él le recordaba a su madre, aunque Refugio tenía además un sentido del humor que doña Agripina, en su severa dignidad magisterial, nunca había cultivado con la misma libertad.

Se vieron los siguientes tres sábados. Al cuarto, Diáfano le preguntó si quería seguir viéndose de manera regular. Refugio le preguntó qué significaba eso exactamente. Diáfano explicó que significaba que le parecía una persona con quien quería construir algo, aunque todavía no sabía con precisión qué, y que le parecía más honesto decirlo directamente que continuar con una ambigüedad que los dos podían ver pero ninguno nombraba.

Refugio lo escuchó. —¿Sabe cuál es su problema, Viborilla?

—Dígame.

—Que habla como si la vida fuera un expediente.

—¿Y no lo es?

Refugio pensó en esto más tiempo del que Diáfano esperaba. —A veces sí —dijo finalmente—. Pero los expedientes no se quieren.

—¿Y usted querría este? —preguntó Diáfano, con una literalidad que en otro contexto habría sido torpe y que en él era simplemente la única manera disponible de preguntar lo que quería preguntar.

Refugio se rio. Era una risa corta y genuina, sin cortesía en ella. —Veamos —dijo.

Vieron durante dos años. Al final de los dos años, Diáfano tenía la certeza —documentada en la evidencia acumulada de ochocientas horas de conversación, doscientas de silencio compartido y una cantidad no contabilizada de momentos donde Refugio había dicho exactamente lo

que pensaba sin consultar si era conveniente— de que quería casarse con ella.

Se lo propuso en el patio de la casa de Potrero, donde las dos buganvillas seguían creciendo y doña Agripina había plantado además un rosal que producía flores pequeñas de un rojo que ella describía como el color de las cosas que duran.

No había anillo porque Diáfano había calculado que el presupuesto disponible permitía o el anillo o el primer mes de renta de un departamento decente, y que de los dos, el departamento era más útil a largo plazo. Se lo explicó a Refugio con esta misma lógica. Refugio lo escuchó y dijo que era la propuesta más práctica que había escuchado y que sí.

Se casaron en octubre de 1985 en la parroquia de la Compañía, con una ceremonia sobria que doña Agripina organizó con la eficiencia de quien lleva décadas coordinando eventos escolares y sabe que la diferencia entre una boda memorable y una boda costosa no es el presupuesto sino la atención a los detalles que importan.

Hubo mole, arroz rojo, buenas tortillas y un pastel de tres leches que la tía Consuelo de Refugio preparó personalmente y que estableció para siempre el estándar contra el cual todos los pasteles subsecuentes serían juzgados y encontrados, invariablemente, insuficientes.

Los primeros años en el departamento de la colonia Mellado fueron los años del inventario: el inventario de lo que cada uno traía, de lo que eran juntos y de lo que implicaba construir una vida doméstica con dos personas que tenían en común la honestidad pero la ejercían de maneras distintas.

Diáfano era honesto con la precisión del contador: cada cosa en su lugar, cada situación evaluada según sus propios méritos, cada problema abordado con el método de quien busca la solución correcta. Refugio era honesta con la velocidad de quien no tiene tiempo que perder en rodeos: decía lo que pensaba cuando lo pensaba, sin prólogo y sin epílogo, y esperaba que el interlocutor tuviera la solidez suficiente para recibirlo.

Eran, en conjunto, una combinación que producía conversaciones extraordinariamente eficientes y, en ocasiones, extraordinariamente incómodas.

La primera Navidad llegó en diciembre de 1985, dos meses después de la boda. El barrio de la Mellado tenía una tradición de luminarias y posadas que sus vecinos celebraban con una generosidad proporcional a sus medios, que en algunos casos eran considerables.

Los Bustamante del número doce habían instalado un árbol de navidad que ocupaba toda la ventana principal y emitía una luz multicolor visible desde la calle que Diáfano, sin malicia pero con precisión, calculó que

representaba un consumo eléctrico mensual equivalente al treinta por ciento de su sueldo.

Los Escamilla del número diecisiete habían llegado de su casa en León con regalos que requerían dos viajes desde el carro y cuya naturaleza exacta podía inferirse por el tamaño de las cajas y la marca de las tiendas en que estaban envueltos.

Diáfano y Refugio tenían un árbol pequeño de plástico que Refugio había comprado en el mercado Hidalgo por ochenta pesos, adornado con esferas de colores que habían pertenecido a la madre de Refugio y que tenían el valor específico de las cosas heredadas: no el valor de mercado sino el otro, el que no tiene precio porque no está en venta.

Tenían también una cena de bacalao que Refugio había preparado desde las once de la mañana, y dos botellas de vino tinto de una marca que Diáfano había elegido después de calcular que era el mejor vino disponible dentro del presupuesto asignado, lo cual era un proceso de selección que en él era indistinguible de cualquier otro análisis costo-beneficio.

Cenaron despacio. Afuera, el barrio hacía ruido con la energía específica de diciembre en el Bajío: cohetes, villancicos, el sonido de reuniones que se extendían más allá de la medianoche. Adentro, había una calma que no era tristeza ni resignación sino algo más preciso: la tranquilidad de quien sabe exactamente de dónde viene todo lo que tiene en la mesa.

Refugio lo miró en algún momento de la cena y dijo, con la franqueza que lo había enamorado y que con los años aprendería a querer incluso cuando dolía: —Ojalá la virtud tuviera aguinaldo.

Diáfano la miró. —¿Lo dices con amargura?

Refugio consideró la pregunta honestamente. —Con melancolía —dijo—. No es lo mismo.

—No —dijo Diáfano—. No es lo mismo.

Ninguno de los dos añadió nada más. No era necesario. Habían establecido, en esa mesa con el árbol heredado y el vino calculado, el tono exacto de todo lo que vendría después: una vida construida con lo que había, administrada con lo que eran, y sostenida por la convicción compartida —aunque no siempre igualmente cómoda en los dos— de que había maneras de vivir que no estaban disponibles para ellos no por falta de inteligencia ni de oportunidad sino por algo más fundamental e irreversible: porque eran quienes eran, y eso, a esas alturas, no tenía vuelta de hoja.

Era suficiente. No siempre era fácil. Pero era suficiente.

Y en el México de 1985, ser suficiente con lo propio era, aunque nadie lo dijera en los discursos de fin de año, una forma de lujo que muy poca gente podía permitirse.

CAPÍTULO 5

El ascenso que nunca llegó o la meritocracia como ficción literaria

Secretaría de Finanzas y Administración de Guanajuato, 1990-1998

Existe en la teoría de la administración pública un concepto llamado servicio civil de carrera, que designa el sistema mediante el cual los funcionarios gubernamentales avanzan en sus puestos según criterios objetivos y verificables: mérito, capacitación, desempeño, antigüedad. El concepto tiene una historia larga, una literatura abundante y una aplicación en México que podría describirse, con generosidad, como intermitente, o con precisión, como decorativa. No es que no exista: existe en los reglamentos, en los manuales, en los discursos de los secretarios de estado cuando inauguran programas de modernización administrativa. Lo que no existe, o existe con la frecuencia estadística de los eclipses totales, es su funcionamiento ininterrumpido en condiciones que lo hagan reconocible respecto a su descripción teórica.

Diáfano Viborilla y Piernavieja conocía el concepto. Lo había estudiado en la universidad con el entusiasmo de quien descubre un instrumento diseñado exactamente para el mundo en que quiere vivir. Lo había buscado en su primer día de trabajo con la expectativa razonable de encontrarlo funcionando. Y lo había observado durante nueve años con la paciencia del naturalista que espera documentar una especie de la que solo ha visto fotografías y que, según los testimonios disponibles, habita el territorio aunque raramente se deja ver.

Cuando el licenciado Escobedo se jubiló en diciembre de 1990, quedó vacante la jefatura del Departamento de Análisis Presupuestal. Era un puesto de mando medio con responsabilidad sobre ocho analistas, coordinación con otras áreas de la secretaría y representación técnica ante la contraloría en las revisiones periódicas. No era la cumbre del escalafón, pero era el siguiente peldaño lógico para quien llevaba nueve años haciendo exactamente ese trabajo con evaluaciones documentadamente sobresalientes.

Diáfano tenía treinta y dos años, nueve años de antigüedad, tres evaluaciones de desempeño con calificación de excelente, cero observaciones de la contraloría en sus expedientes, y una comprensión del área que ningún otro analista de la dependencia podía igualar. Presentó su solicitud de consideración para el puesto en forma, con documentación completa, dentro del plazo establecido. Era la única manera en que sabía presentar las cosas.

Esperó.

Tres semanas después, la secretaria del área pasó por los cubículos avisando que había junta de presentación del nuevo jefe de departamento a las doce del día en la sala de juntas del tercer piso.

Diáfano fue a la junta. Se sentó en la segunda fila, como siempre. Y conoció al licenciado Primitivo Garduño Lascuráin.

Garduño tenía veintiocho años, un traje gris que le quedaba bien, una sonrisa fácil y un apellido materno que pertenecía al subsecretario de Administración con una fidelidad genealógica que ningún concurso de oposición habría podido competir. Era, hay que decirlo con la imparcialidad que la situación requiere, un hombre que no era tonto. Era simpático y poseía esa capacidad específica de ciertos funcionarios jóvenes para hacer que sus superiores se sintieran simultáneamente admirados y cómodos, que es una combinación difícil de producir y extraordinariamente útil en los entornos donde el poder se distribuye más por afinidad que por competencia.

Lo que no tenía era idea de cómo funcionaba el análisis presupuestal.

Esa tarde, al terminar la junta, Magdalena Fuentes —analista del área con doce años en la institución— se acercó a Diáfano en el pasillo con la expresión de quien necesita decir algo y no sabe exactamente cómo empezar.

—Diáfano —dijo, bajando la voz aunque no había nadie cerca—, ¿estás bien?

—Sí —dijo Diáfano.

—Es que... tú eras el que debía quedar.

—Era el que tenía el expediente más completo —dijo Diáfano—. No es lo mismo.

Magdalena lo miró. —¿No estás enojado?

Diáfano lo pensó. —Estoy clarificado —dijo finalmente.

—¿Qué significa eso?

—Que ahora sé con más precisión cómo funciona esto. Antes lo suponía. Ahora lo sé.

Magdalena lo observó un momento con esa mezcla de admiración y extrañeza que Diáfano había aprendido a reconocer en los rostros de sus compañeros cuando no sabían en qué categoría colocarlo.

—Ojalá yo pudiera tomarlo así —dijo ella.

—¿Tú cómo lo tomas?

—Con coraje —dijo Magdalena, con una franqueza que Diáfano apreció—. Mucho coraje.

—El coraje también es válido —dijo Diáfano—. Yo prefiero entender. Es lo único que puedo hacer con esto.

Durante los primeros tres meses, Garduño Lascuráin llegaba con preguntas que Diáfano respondía con la misma paciencia con que habría respondido a cualquier colega que necesitara orientación técnica.

—Viborilla —decía Garduño, asomándose al cubículo con la naturalidad de quien no advierte que su presencia en ese umbral condensa una ironía considerable—, ¿me explica lo del fondo revolvente? El subsecretario pregunta mañana y quiero entenderlo bien.

—Con gusto —decía Diáfano. Y lo explicaba. Completo. Con ejemplos.

Garduño escuchaba con atención, tomaba notas, y en las reuniones con la subsecretaría reproducía las explicaciones de Diáfano con una fluidez que habría parecido conocimiento propio a quien no hubiera estado presente en la conversación original.

Un día, Macedonio Fuentes Arriaga pasó junto al cubículo de Diáfano mientras este le explicaba a Garduño el procedimiento de validación de egresos extraordinarios, y se detuvo un momento en el pasillo con la expresión de quien observa algo que no sabe si admirar o lamentar. Cuando Garduño se fue, Macedonio entró al cubículo.

—¿No te molesta? —dijo.

—¿Qué cosa?

—Enseñarle a hacer tu trabajo al que se quedó con tu puesto.

Diáfano acomodó los papeles que tenía sobre el escritorio. —El trabajo hay que hacerlo bien independientemente de quién lo haga —dijo—. Si yo no le explico, lo hace mal. Y eso perjudica al área.

Macedonio lo miró con una expresión que oscilaba entre el respeto y la incredulidad. —Diáfano, a veces me preguntas si no eres demasiado bueno para este lugar.

—No soy demasiado bueno —dijo Diáfano—. Soy incompatible. Es diferente.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que ser demasiado bueno implica superioridad. Ser incompatible implica simplemente que uno no encaja. Como un tornillo del tamaño correcto en el hoyo equivocado. No es culpa del tornillo ni del hoyo. Es una cuestión de medidas.

Macedonio lo miró un momento más y luego se fue, meneando la cabeza con el gesto de quien ha recibido una respuesta que es correcta y al mismo tiempo completamente insatisfactoria.

Cuatro años después, en 1994, Garduño Lascuráin fue promovido a subdirector de Egresos. Su lugar como jefe de departamento lo ocupó Consuelo Bravata Orduña, de treinta y un años, que venía de una posición en la Secretaría de Gobierno federal con contactos que se extendían a la Ciudad de México con la densidad de una red bien mantenida, y una habilidad para recordar nombres, fechas y favores que habría sido extraordinaria en cualquier contexto y era letal en el burocrático.

La tarde en que se anunció el nombramiento, Diáfano estaba en su cubículo revisando un análisis de variación presupuestal cuando escuchó los pasos de Garduño acercándose por el pasillo. Lo reconocía por el ritmo: paso largo, confiado, de quien ocupa el espacio sin negociarlo. Pero esa tarde había algo diferente. Una ligera aceleración. Una energía nueva.

Garduño pasó frente al cubículo de Diáfano con una corbata que no era la de siempre —era nueva, azul marino con rayas finas, del tipo que uno compra para celebrar algo— y una sonrisa que era, en todos sus elementos observables, la sonrisa de un propietario.

No se detuvo. No dijo nada. Siguió de largo hacia su nueva oficina en el pasillo de los subdirectores.

Diáfano lo observó pasar. Luego volvió a sus números.

Fue Magdalena quien se asomó al cubículo diez minutos después.

—¿Viste la corbata? —dijo.

—La vi.

—¿Y?

—Es una corbata —dijo Diáfano.

—Diáfano.

—¿Qué quieres que te diga, Magdalena?

Ella entró al cubículo y se sentó en la silla de visitas sin que nadie se la ofreciera, que era su manera habitual de entrar a los lugares donde se sentía con derecho de estar.

—Quiero que te indignes —dijo—. Aunque sea un poco.

—¿Para qué serviría?

—Para que yo sepa que hay alguien más aquí adentro que ve lo que yo veo.

Diáfano dejó el lápiz. —Magdalena, claro que lo veo. Veo que Garduño sube porque es sobrino del subsecretario. Veo que Bravata llega porque tiene la red correcta. Veo que yo me quedo porque tengo el expediente correcto, que resulta ser la variable que menos importa en este sistema. Lo veo todo.

—¿Y?

—Y me indigno internamente. Pero la indignación interna no cambia nada y la externa solo me cuesta. Así que elijo el análisis.

Magdalena lo miró durante un momento largo.

—Eres el hombre más raro que conozco, Diáfano Viborilla —dijo finalmente.

—Probablemente —dijo Diáfano, y recogió el lápiz.

Ese mismo mes, Diáfano solicitó una entrevista formal con el director general de la secretaría. La solicitud tardó dos semanas en ser respondida, lo cual era también una forma de respuesta.

El director general era el licenciado Aurelio Mendieta Villagrán, hombre de cincuenta años que había llegado al cargo en el cambio de administración estatal con el perfil específico que esos cargos requerían: conocimiento suficiente de la materia para no cometer errores evidentes, lealtad suficientemente demostrada para que el gobernador durmiera tranquilo, y la inteligencia política de saber que su permanencia dependía de mantener equilibrios sin que nadie lo percibiera como amenaza.

La oficina del director tenía muebles de caoba, una fotografía con el gobernador en la pared principal, y una temperatura controlada por un aparato de aire acondicionado que funcionaba con una eficiencia que ningún otro equipo de la secretaría reproducía.

Mendieta Villagrán lo recibió de pie, le estrechó la mano con calidez genuina —era uno de sus talentos reales— y lo invitó a sentarse con el gesto amplio de quien tiene tiempo, aunque Diáfano calculó que tenía quince minutos.

—Viborilla, qué gusto. ¿En qué le puedo servir?

Diáfano abrió su carpeta. —Licenciado, le agradezco la cita. Vengo a hacer una consulta institucional sobre los criterios del proceso de selección para los puestos de jefatura de departamento.

Mendieta Villagrán asintió despacio. —Adelante.

—He presentado solicitud formal en dos procesos consecutivos. — Diáfano colocó los documentos sobre el escritorio con la precisión de quien sabe que el orden de los papeles también es un argumento. —En ambos casos cubrí los requisitos establecidos en la convocatoria. En ninguno de los dos recibí respuesta formal a mi solicitud ni retroalimentación sobre mi candidatura. Me gustaría entender qué criterios determinaron que otros perfiles eran más adecuados que el mío.

Mendieta Villagrán tomó los documentos. Los revisó con una atención que era genuina o era perfecta: desde afuera era imposible distinguirlo.

—Su trayectoria es impecable, Viborilla —dijo—. Eso no está en discusión. Las evaluaciones, los expedientes, la antigüedad. Todo en orden.

—Gracias, licenciado. Entonces, ¿cuál fue la razón?

Una pausa breve. Del tipo que se usa para elegir palabras.

—Los puestos de mando no solo requieren competencia técnica —dijo Mendieta Villagrán—. Requieren capacidad de gestión política, de articulación de intereses, de manejo de las distintas sensibilidades que coexisten en una institución de este tamaño.

—Entiendo —dijo Diáfano—. ¿Podría decirme en qué aspecto específico mi perfil no cubre esas capacidades? Con gusto trabajo en lo que sea necesario mejorar.

Otra pausa. Más larga.

—No es que no las cubra —dijo Mendieta Villagrán, con la cuidadosa imprecisión de quien escoge cada palabra por lo que no dice—. Es que el perfil seleccionado las cubre de manera complementaria a las necesidades del momento institucional.

—¿Podría ser más específico, licenciado?

Mendieta Villagrán lo miró. Y en esa mirada Diáfano vio lo que no iba a decir: que el problema no era ninguna deficiencia. Que el problema era exactamente su perfil completo. Que un funcionario que documentaba las irregularidades, que no firmaba lo que no podía firmar, que preguntaba los criterios de selección por escrito, era un funcionario que la institución prefería donde estaba: útil, visible, perfectamente contenido.

—Viborilla —dijo Mendieta Villagrán, con la serenidad de quien ha tomado una decisión que no va a cambiar independientemente de la conversación—, la institución valora enormemente su contribución. Exactamente donde la hace. Eso es lo que puedo decirle.

Diáfano recogió sus documentos. Los guardó en la carpeta con el mismo orden con que los había sacado.

—¿Puedo hacerle una última pregunta, licenciado?

—Por supuesto.

—¿Existe algún camino, dentro de esta institución, por el que un funcionario con mi perfil pueda aspirar a un puesto de mando?

Mendieta Villagrán lo miró durante un momento que fue honesto precisamente porque fue breve.

—En teoría, sí —dijo.

—¿Y en la práctica?

El director apoyó las manos sobre el escritorio con la serenidad de quien ha llegado al límite de lo que puede decir sin decir demasiado.

—En la práctica —dijo—, las instituciones premian a quienes las hacen funcionar como funcionan, no a quienes las hacen funcionar como deberían.

Fue la respuesta más honesta que Diáfano recibió en treinta y cuatro años de servicio público. Se la agradeció internamente, aunque no lo dijo, porque habría sido incómodo para los dos.

Se levantó. Estrechó la mano del director.

—Gracias por su tiempo, licenciado.

—Gracias a usted, Viborilla. La institución lo necesita.

—Donde estoy —dijo Diáfano.

—Donde está —confirmó Mendieta Villagrán, con una sonrisa que era casi disculpa.

En el pasillo, camino de vuelta a su escritorio, Diáfano pasó frente a la oficina de Consuelo Bravata Orduña. La puerta estaba entreabierta. Alcanzó a escuchar, sin buscarlo, el fragmento de una conversación telefónica donde ella mencionaba un nombre de la Ciudad de México con la familiaridad de quien habla con alguien que le debe algo o a quien se lo debe, que en ese ecosistema venía a ser lo mismo.

No sintió envidia. Sintió algo más preciso y más difícil de nombrar: la constatación clara, sin dramatismo y sin consuelo fácil, de que el mundo estaba organizado de una manera y él estaba organizado de otra, y que esas dos organizaciones no eran compatibles en los términos en que la meritocracia prometía que lo serían.

Llegó a su escritorio. Se sentó. Abrió el expediente en que estaba trabajando.

Era un análisis de variación presupuestal del segundo trimestre. Los números no cuadraban en un rubro de servicios generales. Diáfano los revisó con la misma concentración de siempre, encontró la discrepancia, la documentó, escribió la observación correspondiente.

Afuera de su ventana —porque en ese entonces todavía tenía ventana, eso vendría después—, Guanajuato seguía siendo la ciudad de siempre: hermosa, complicada, perfectamente segura de sus propias contradicciones.

Adentro, Diáfano Viborilla y Piernavieja seguía siendo el analista de siempre. Impecable, invisible para las listas que importaban, y completamente incapaz de ser otra cosa.

Lo cual era, dependiendo de cómo se mirara, su mayor virtud o su problema más irresoluble.

Probablemente, concluyó mientras cerraba el expediente con sus observaciones perfectamente archivadas, las dos cosas al mismo tiempo. Como casi todo lo que importaba en esta vida.

CAPÍTULO 6

La tentación o el momento en que pudo haber sido otro

León, Guanajuato, 1999

Hay una pregunta que los filósofos morales han debatido durante siglos con una persistencia que sugiere que la respuesta no es tan obvia como parece: ¿es más virtuoso quien nunca sintió la tentación de hacer el mal, o quien la sintió y resistió? Los estoicos habrían dicho que el sabio verdadero no experimenta el deseo de lo incorrecto porque su razón lo ha extirpado desde la raíz.

Kant habría argumentado que la virtud sin resistencia no es virtud sino temperamento. Y los teólogos medievales, con la practicidad que les daba siglos de experiencia confesional, habrían señalado que sin tentación no hay mérito, porque el mérito requiere elección, y la elección requiere alternativas reales.

Diáfano Viborilla y Piernavieja no era filósofo ni teólogo. Era analista presupuestal de cuarenta y un años en la Secretaría de Finanzas y Administración del gobierno de Guanajuato, padre de tres hijos, esposo de Refugio, propietario de un Volkswagen sedán modelo 1991 que arrancaba con regularidad aceptable y de una casa en la colonia Presa de la Olla que tenía goteras en el techo del cuarto principal que él mismo reparaba cada temporada de lluvias con el mismo material y la misma esperanza de que esta vez durara más que la anterior.

Y en el invierno de 1999, por primera y única vez en su vida, tardó más de tres segundos en decir que no.

La invitación llegó un lunes. Macedonio Fuentes Arriaga se asomó al cubículo de Diáfano a media mañana con la despreocupación estudiada de quien ha ensayado el tono.

—Oye, Diáfano, ¿comes el miércoles?

—Como todos los días —dijo Diáfano, sin levantar la vista del expediente.

—Me refiero a si tienes compromiso al mediodía.

—No.

—Te invito a comer. Hay un lugar en León que vale el viaje. Buena carne, buenos caldos. Invito yo.

Diáfano levantó la vista. Conocía a Macedonio desde hacía doce años con la familiaridad de trinchera que producen los años de burocracia compartida. Sabía que Macedonio no era hombre de gestos sin propósito. La invitación a León, pagada por él, en día de semana, tenía un peso específico que el tono despreocupado no lograba disimular del todo.

—¿De qué quieres hablar? —dijo Diáfano.

Macedonio sonrió. —¿Por qué asumir que quiero hablar de algo?

—Porque me invitas a León en miércoles y dices que invitas tú. Eso no es una comida casual.

—Siempre tan directo —dijo Macedonio.

—Es más eficiente.

—El miércoles te explico —dijo Macedonio—. ¿Vas?

Diáfano lo pensó un momento. —Voy —dijo.

El restaurante de León tenía manteles de tela, lo cual en el código tácito de las comidas de trabajo en el Bajío significaba que el tema era de

cierta importancia. Tenía también una especialidad en caldo de res que Macedonio recomendó con la autoridad de quien ha estado ahí antes y en circunstancias similares, lo cual Diáfano anotó mentalmente como un dato adicional sobre la naturaleza de la conversación que se aproximaba.

Comieron el caldo. Hablaron del trabajo, de la reforma administrativa que el gobierno federal anunciaba ese año con su habitual mezcla de ambición retórica e implementación errática, de los Panzas Verdes que iban a terminar en mitad de la tabla como siempre.

—¿Cómo va Refugio? —preguntó Macedonio cuando llegaron los platos principales.

—Bien. Sigue en el Registro Civil. Acaban de ascenderla a coordinadora de área.

—Qué bueno. Y los muchachos, ¿cómo siguen?

—Gregorio en segundo de derecho. Amparo en la prepa. Y Benigno empieza la secundaria en agosto.

—Tres hijos —dijo Macedonio, con un tono que Diáfano no supo clasificar de inmediato—. Eso es mucho gasto.

—Es mucha vida —dijo Diáfano—. El gasto viene incluido.

Macedonio se rió. Luego dejó el tenedor sobre el plato con la delicadeza de quien está a punto de cambiar el registro de la conversación y quiere que el gesto lo anuncie.

—Oye, Diáfano, quería platicarte de algo.

—Ya me lo imaginaba —dijo Diáfano.

—¿Tan obvio fui?

—No tanto. Pero llevas veinte minutos preguntando por mi familia con un interés que no es habitual en ti. Eso tiene una función.

Macedonio lo miró con una mezcla de incomodidad y algo parecido a la admiración.

—Tú conoces cómo funciona el tema de las facturas de servicios en el área de Egresos Corrientes —dijo. No era pregunta.

—Lo conozco —dijo Diáfano.

—Entonces sabes que hay ciertos proveedores que facturan servicios que se validan en el área y que los montos tienen un margen de interpretación razonable según el tipo de servicio.

—Sé que eso existe —dijo Diáfano, con la precisión de quien distingue entre saber que algo existe y considerar que ese algo es lo que Macedonio estaba describiendo.

—Hay un grupo de compañeros —tres personas, nadie que no conozcas — que llevan dos años manejando eso de manera ordenada. — Macedonio habló con la naturalidad de quien ha decidido que la única

forma de decir esto es diciéndolo. —No es nada escandaloso. Son montos razonables, proveedores reales que facturan servicios reales, solo que el margen entre el costo real y lo que se valida en la secretaría es el que permite el esquema. Nadie revisa eso con lupa. Nadie ha tenido un problema.

Diáfano lo escuchó hasta el final. Luego tomó su vaso de agua. Bebió despacio.

—¿Cuánto? —dijo.

Macedonio parpadeó. —¿Cuánto qué?

—Cuánto es el margen mensual.

—Ah. —Macedonio recalculó si responder era conveniente. Decidió que sí, porque la pregunta sugería consideración. —Entre cuatro y seis mil pesos mensuales por persona. Dependiendo del período.

Diáfano no respondió de inmediato. Hizo algo que Macedonio no esperaba: sacó una servilleta del dispensador y escribió en ella, con la pluma que siempre llevaba en el bolsillo interior del saco, dos números. Los miró durante unos segundos. Luego dobló la servilleta y la guardó en el bolsillo.

—¿Qué escribiste? —dijo Macedonio.

—Mi sueldo mensual. Y seis mil pesos. —Diáfano apoyó los codos en la mesa. —Quería verlo junto.

Macedonio lo observó. —¿Y?

—Y es mucho —dijo Diáfano, con una honestidad que no era debilidad sino exactamente lo que parecía: honestidad. —Es entre el cuarenta y el sesenta por ciento de lo que gano. Eso no es un complemento. Es otra vida.

—Por eso te lo digo —dijo Macedonio, y en su voz había algo que no era cinismo sino, en su manera, cuidado genuino. —Llevas diecinueve años haciendo lo correcto, Diáfano. Diecinueve años con evaluaciones perfectas que no te han dado un solo ascenso. Tienes tres hijos, una casa con goteras que yo sé que tienes porque me lo dijiste el año pasado, y un coche que reza para arrancar en invierno. ¿Hasta cuándo?

—¿Hasta cuándo qué?

—¿Hasta cuándo vale la pena?

Diáfano lo miró. —¿Tú crees que en algún momento deja de valer la pena?

—Yo creo —dijo Macedonio, con la lentitud de quien elige las palabras porque las ha pensado— que hay un momento en que uno tiene que preguntarse para quién está siendo honesto. Si es para uno mismo o para un sistema que no te lo reconoce ni te lo va a reconocer.

—Para mí —dijo Diáfano.

—¿Solo para ti?

—Para mí. Y para los que vienen después de mí en el área. Si yo valido lo que no debo validar, el siguiente analista tiene un precedente. Y el siguiente. La corrupción no es solo lo que uno hace: es también el estándar que uno establece.

Macedonio tamborileó los dedos sobre el mantel. —Eso es muy noble, Diáfano. Y muy caro.

—Lo sé.

—¿Y de todas formas?

Diáfano no respondió de inmediato. Y ahí ocurrió lo que no había ocurrido nunca antes: no dijo que no. No de inmediato. No en los tres segundos que en cualquier otra ocasión habrían bastado para que la negativa llegara con la naturalidad de lo inevitable. En cambio, algo en el mecanismo habitual se detuvo. No se rompió, no cedió, pero se detuvo. Y en ese espacio que normalmente no existía, Diáfano Viborilla y Piernavieja vio, con una claridad que lo sorprendió tanto como lo perturbó, lo que habría al otro lado.

Vio la casa sin goteras. Vio a Refugio sin la melancolía específica de las navidades con árbol heredado y vino calculado. Vio a Benigno —que tenía doce años y ya mostraba la brillantez inquieta que con los años se volvería su rasgo más definitorio— en una escuela con los recursos que su inteligencia merecía.

Vio, con una honestidad que era la única forma en que podía ver las cosas, que no era riqueza lo que estaba contemplando sino suficiencia: la posibilidad de que lo que había fuera suficiente para lo que se necesitaba, sin el cálculo permanente, sin la resta constante entre lo que costaba vivir y lo que llegaba a fin de mes.

Todo eso lo vio en el espacio de unos segundos que se extendieron de manera desproporcionada, mientras Macedonio esperaba con la paciencia de quien ha aprendido que los silencios de Diáfano tienen contenido y que interrumpirlos es perder información.

Y entonces la náusea llegó.

No como metáfora. Como sensación física, localizada en algún punto entre el esternón y el estómago, que Diáfano conocía desde los catorce años y que había aprendido a reconocer como el indicador más confiable de su propio sistema interno: el aviso de que algo que estaba a punto de hacer era incompatible con la manera en que estaba construido.

No era miedo. No era cálculo de riesgo. Era algo más primitivo y más definitivo.

—No puedo —dijo Diáfano.

Macedonio esperó, porque sabía que no era todo.

—No es que no quiera, Macedonio. —Diáfano midió cada palabra con el cuidado que ponía en los dictámenes importantes. —Entiendo por qué funciona y entiendo lo que representa. Pero no puedo hacerlo. No porque vaya a delatarte. No porque piense que eres mal hombre. Sino porque si lo hago, dejo de ser quien soy. Y eso me cuesta más de lo que me daría.

Macedonio lo escuchó sin interrumpir. Luego tomó su vaso, bebió, lo dejó sobre el mantel con suavidad.

—¿Seguro? —dijo.

—Seguro.

—¿Y si te digo que nadie va a saber nunca?

—Yo voy a saber —dijo Diáfano.

—¿Y eso es suficiente para decir que no?

—Para mí, sí.

Macedonio exhaló despacio. No era exasperación: era el sonido de alguien que acepta un resultado que no esperaba pero que, mirándolo bien, era el único que debía haber esperado.

—¿Vas a decir algo? —preguntó. No era acusación. Era una pregunta real, con peso real.

—No —dijo Diáfano—. Lo que haces es tu decisión y tu riesgo. No es mi función denunciarlo. Mi función es no participar.

—¿Y si alguien con autoridad te pregunta directamente?

—Si alguien con autoridad formal me pregunta directamente, diré lo que sé. Pero no voy a buscarlo.

Macedonio asintió despacio. —Eso es una forma rara de lealtad.

—Es la única que tengo —dijo Diáfano.

Hubo un silencio que tenía una textura distinta a los anteriores. No era hostil. Era el silencio de dos hombres que acaban de establecer con precisión los límites de lo que son y descubren que esos límites los hacen incompatibles en ciertos territorios sin que eso anule lo que han sido en otros.

Macedonio llamó al mesero y pidió los postres. Cajeta con obleas, porque tenía la fidelidad regional que en asuntos de dulce no admite sustitutos.

—¿Tú no pides? —dijo Macedonio.

—Sí —dijo Diáfano—. Lo mismo.

Comieron el postre en relativo silencio. Cuando llegó la cuenta, Macedonio la tomó antes de que Diáfano pudiera verla.

—Invité yo —dijo.

—No es necesario.

—Diáfano. Déjame pagar la comida.

Diáfano lo dejó. Era un gesto de cierre, no de generosidad, y ambos lo sabían. Manejaron de vuelta a Guanajuato con la radio puesta en una estación que transmitía música nortea con el volumen justo para que no fuera necesario hablar.

Esa noche, Diáfano llegó a casa a las ocho. Refugio estaba en la cocina terminando los platos del desayuno que habían quedado pendientes. Él se sentó a la mesa sin quitarse el saco, que era lo que hacía cuando necesitaba estar en un lugar familiar sin necesitar conversación inmediata.

Refugio lo conocía con la precisión de catorce años de matrimonio.

—¿Qué pasó? —dijo, sin voltearse.

—Nada —dijo Diáfano. Y luego, porque mentirle a Refugio era tan imposible como mentirle a la contraloría: —Me ofrecieron algo que no pude aceptar.

Refugio terminó de lavar el último plato. Lo secó. Lo acomodó en su lugar. Se volteó con la toalla todavía en las manos.

—¿Dinero? —dijo.

—Dinero.

—¿Cuánto?

Diáfano se lo dijo. Refugio no cambió de expresión, pero hubo un momento —brevísimo, honesto, que él registró porque no se le escapaba nada— en que algo pasó por sus ojos que no era codicia sino simplemente aritmética: el cálculo involuntario de lo que eso habría representado.

—¿Y? —dijo Refugio.

—No pude.

Refugio lo miró. —¿Quisiste?

La pregunta era más precisa que cualquier otra que ella le hubiera hecho. Diáfano la sostuvo un momento.

—Un momento —dijo—. Muy breve.

Refugio asintió. Sin juicio. Sin sorpresa. Con la calma de quien recibe una confesión que en el fondo no la toma por sorpresa porque conoce bien al hombre que tiene enfrente, incluyendo sus límites y sus grietas.

—¿Y cómo te sientes? —dijo ella.

—Raro —dijo Diáfano—. No arrepentido. Pero raro.

—¿Raro cómo?

—Como cuando uno hace lo correcto y no se siente bien de todas formas. —Hizo una pausa. —Siempre pensé que hacer lo correcto tenía su propio premio. Esta noche no lo siento así.

Refugio colgó la toalla en su gancho. Se acercó a la mesa y se sentó frente a él.

—Diáfano —dijo, con la voz que usaba para las cosas importantes, que era la misma que usaba para todo pero con un registro ligeramente más bajo—, hacer lo correcto no siempre se siente bien. A veces se siente como una pérdida. Porque es una pérdida. Lo que no quiere decir que fuera la decisión equivocada.

—Lo sé —dijo Diáfano.

—¿Lo sabes o lo entiendes?

—Las dos cosas. Esta noche más lo entiendo que lo sé.

Refugio lo miró durante un momento. Luego se levantó, fue a los fogones y calentó los frijoles que habían sobrado del mediodía. Puso tortillas en el comal. No dijo nada más porque no había nada más que decir: ambos sabían lo que había pasado, ambos entendían lo que significaba, y ambos sabían que la conversación que importaba no era la de esa noche sino la de todos los días anteriores y todos los que vendrían.

Comieron en la cocina con el sonido de la televisión llegando desde la sala donde Benigno hacía su tarea con el volumen más alto del permitido, como siempre.

La casa seguiría teniendo goteras esa temporada de lluvias. Y la siguiente.

Diáfano las repararía con el mismo material y la misma esperanza de siempre.

Y Macedonio Fuentes Arriaga, que era en el fondo un hombre razonable, nunca le volvió a mencionar el tema. Ni a él ni a nadie. Porque había algo en la manera en que Diáfano había dicho que no —sin juicio, sin superioridad moral, con la sola y desoladora honestidad de quien describe su propia naturaleza— que era más difícil de procesar que cualquier amenaza.

Era el no de alguien que se conocía bien.

Y ese tipo de no, en el México de 1999, era el más raro de todos.

CAPÍTULO 7

Los hijos y el precio de la honradez ajena

Guanajuato capital, 1995-2010

Los hijos no eligen a sus padres. Este es uno de los hechos más evidentes de la existencia humana y, al mismo tiempo, uno de los más cargados de consecuencias filosóficas, porque implica que las virtudes de los padres, igual que sus defectos, son una herencia que los hijos reciben sin haberla solicitado y con la que tienen que construir una vida

independientemente de si les conviene o no. En el caso de Don Diáfano Viborilla y Piernavieja, sus tres hijos recibieron una herencia particular: un padre de integridad absoluta en un país donde esa virtud tiene costos concretos, medibles, y distribuidos con una generosidad que nadie en la familia había autorizado explícitamente.

Gregorio, el mayor, nació en 1986 con la seriedad ya instalada en el rostro, como si hubiera decidido en el útero que el mundo era un asunto que merecía tomarse en serio. Heredó de su padre la precisión y de su madre la practicidad, lo cual produjo un carácter que sus maestros describían como responsable y sus compañeros como aburrido, que en la adolescencia viene a ser lo mismo dicho desde perspectivas distintas. Estudió derecho con la convicción silenciosa de quien no necesita explicar sus decisiones porque las ha pensado suficientemente antes de tomarlas.

Amparo, la del medio, llegó en 1988 con el temperamento de Refugio y la capacidad de observación de Diáfano, combinación que producía una persona que veía todo, lo procesaba rápido y lo decía cuando era necesario y solo entonces. Fue siempre la más adaptable de los tres: encontraba la manera de existir en cualquier ecosistema sin perder lo esencial de lo que era, lo cual era un talento que su padre admiraba en silencio y que a veces, en sus momentos más honestos, reconocía no poseer.

Benigno, el menor, era otra cosa.

Nació en 1987 con una energía que desbordaba cualquier recipiente que el mundo le ofreciera, y una inteligencia que sus maestros calificaban de extraordinaria cuando estaba orientada y de problemática cuando no lo estaba, que era con frecuencia. Era el más parecido a su padre en la incapacidad de fingir lo que no sentía, y el más distinto en que esa incapacidad, en él, producía impaciencia en lugar de calma. Donde Diáfano procesaba el mundo con la ecuanimidad del geógrafo, Benigno lo interrogaba con la urgencia del fiscal.

Los tres crecieron en la casa de la colonia Presa de la Olla, con las goteras del cuarto principal que reaparecían cada julio con la puntualidad de los fenómenos naturales, con las vacaciones en Silao donde los abuelos paternos, con los uniformes de escuela pública que Refugio planchaba los domingos en la noche con una concentración que era también una forma de dignidad, y con la certeza tácita —nunca discutida, siempre presente— de que en esa casa las cosas eran como eran porque su padre era como era, y que eso tenía un nombre que los tres aprendieron a pronunciar de maneras distintas según fueron creciendo.

Gregorio lo llamaba principios. Amparo lo llamaba papá. Benigno, que era el más directo de los tres y el que menos le temía a las palabras incómodas, lo llamaba el problema.

La primera vez que Benigno lo dijo en voz alta tenía diecinueve años y estaba sentado a la mesa de la cocina un viernes por la noche, con una carta de admisión de la Universidad Iberoamericana en la mano y una expresión que Diáfano leyó correctamente desde el primer momento como la de quien ha llegado a una conclusión después de pensarla mucho tiempo y ha decidido que ya es hora de decirla.

—Papá —dijo Benigno—, quiero preguntarte algo y quiero que me respondas de verdad.

—Siempre te respondo de verdad —dijo Diáfano, desde el otro lado de la mesa donde revisaba unos documentos.

—Lo sé. Por eso te pregunto a ti y no a mamá.

Refugio, que estaba en la estufa, no dijo nada pero giró ligeramente la cabeza, que era su manera de indicar que escuchaba.

—¿Por qué siendo tan bueno tenemos tan poco? —dijo Benigno.

El silencio que siguió fue de los que tienen peso específico. Gregorio, que estudiaba en la sala, paró de pasar las páginas de su libro. Amparo dejó de escribir en su cuaderno en el cuarto. Refugio dejó de mover la cuchara.

Diáfano dejó los documentos sobre la mesa. Miró a su hijo durante un momento que no era duda sino precisión: estaba eligiendo las palabras con el mismo cuidado con que elegía las palabras en los dictámenes que importaban.

—¿Qué es poco? —dijo finalmente.

—Eso no es una respuesta —dijo Benigno.

—Es una pregunta previa que necesito que me respondas para poder responderte yo.

Benigno señaló con la carta de la Ibero. —Mis amigos van a ir a la Ibero. El papá de Rodrigo es director de área en Hacienda, igual que tú llevas diecinueve años queriendo ser, y vive en el fraccionamiento del Campanario y tiene coche del año. El papá de Luis trabaja en el municipio desde hace ocho años y acaban de estrenar casa. —Hizo una pausa. —Tú llevas diecinueve años en la secretaría y seguimos remendando la gotera del cuarto.

—Entiendo la comparación —dijo Diáfano.

—¿Y?

—Y son comparaciones válidas. Los números son los que son. —Diáfano acomodó los documentos que tenía enfrente con el gesto automático de quien ordena el espacio cuando necesita ordenar el pensamiento. —Lo que no sé es si sus padres duermen bien.

—¿Eso es lo que importa? ¿Dormir bien?

—Importa más de lo que parece.

—A mí me importa ir a la Ibero —dijo Benigno, y en su voz no había rencor sino algo más difícil de manejar: claridad. —Y no puedo ir porque no alcanza. Y no alcanza porque tú has hecho las cosas de una manera que no produce lo que producen otras maneras. Y yo no te culpo, papá. Te lo juro que no te culpo. Pero sí quiero que me expliques por qué.

Diáfano lo miró. Era su hijo menor: el más brillante, el más impaciente, el que menos toleraba las respuestas incompletas. Y tenía razón en cada palabra que había dicho, lo cual hacía la conversación más difícil, no más fácil.

—Benigno —dijo Diáfano—, los padres de tus amigos han tomado decisiones que yo no puedo tomar. No porque no sepa cómo se toman. Sé exactamente cómo se toman. Sino porque cuando intento tomarlas algo en mí se rompe. No es heroísmo. No es superioridad moral. Es simplemente que no puedo funcionar de otra manera sin dejar de ser quien soy.

—¿Y quién eres tú es más importante que lo que nosotros necesitamos?

La pregunta cayó sobre la mesa con la contundencia de una piedra sobre un cristal. Refugio dejó la estufa y se apoyó en el marco de la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y una expresión que no era intervención sino presencia: estaba ahí, escuchando, siendo testigo de algo que los dos necesitaban decir y escuchar.

Diáfano no respondió de inmediato. Esta vez el silencio no era precisión sino algo más cercano a lo que en él equivalía a la conmoción: el reconocimiento de que la pregunta era justa y de que no tenía una respuesta que fuera simultáneamente honesta y satisfactoria.

—No lo sé —dijo finalmente.

Benigno lo miró. No esperaba eso.

—¿No lo sabes? —repitió.

—No. No sé si quién soy yo es más importante que lo que ustedes necesitan. Es posible que no lo sea. Es posible que haya sido un error, visto desde afuera. —Hizo una pausa. —Lo que sí sé es que no tenía la capacidad de ser otro. Y que eso no es una virtud: es una limitación. Una limitación que tiene consecuencias para ustedes que ustedes no pidieron. Eso lo entiendo. Y lo cargo.

Benigno lo miró durante un momento largo. Luego bajó la carta de la Ibero y la dejó sobre la mesa.

—¿Puedo ir a la UGTO? —dijo. Era la Universidad de Guanajuato. Pública. Sin cuotas que el presupuesto familiar no pudiera absorber.

—Puedes ir a donde quieras si pasan tus calificaciones —dijo Diáfano.

—Pasan —dijo Benigno, con la certeza de quien lo sabe porque lo ha verificado.

—Entonces puedes ir.

Benigno asintió. Recogió la carta de la Ibero, la dobló con cuidado y la guardó en la bolsa de su mochila. Luego se levantó, tomó su mochila y se fue a su cuarto sin decir nada más.

Refugio esperó a que se cerrara la puerta. Luego se sentó en la silla que había dejado Benigno y miró a Diáfano.

—¿Estás bien? —dijo.

—Sí —dijo Diáfano. Y luego, porque mentirle a Refugio seguía siendo imposible después de dieciséis años: —No completamente.

—Tuvo razón en todo lo que dijo.

—Lo sé.

—¿Y?

—Y no cambia nada. —Diáfano recogió los documentos que había dejado sobre la mesa. —No porque no quiera que cambie. Sino porque no sé cómo cambiarlo sin cambiarme yo. Y si me cambio yo, no sé quién queda.

Refugio lo miró con la atención lenta que reservaba para las cosas importantes.

—Diáfano —dijo—, ¿alguna vez te has preguntado si tu integridad es una virtud o es simplemente lo único que sabes hacer?

—Todos los días —dijo Diáfano.

—¿Y qué concluyes?

—Que probablemente sea las dos cosas. Y que no sé si eso cambia algo.

Refugio asintió. No dijo nada más. Se levantó, volvió a la estufa, terminó de preparar la cena.

Comieron los cinco esa noche con la televisión apagada, que era lo que Refugio hacía cuando consideraba que la cena merecía atención. Gregorio habló de un caso de derecho constitucional que estaban viendo en clase. Amparo contó algo de una amiga. Benigno comió con el apetito robusto de los diecinueve años, como si la conversación de una hora antes hubiera sido procesada y archivada y la vida pudiera continuar, que era también, reconoció Diáfano en silencio, una forma de inteligencia que él no siempre había tenido.

Los años siguientes establecieron los caracteres definitivos de los tres.

Gregorio se recibió de abogado, hizo la notaría con esfuerzo propio y una beca que ganó por examen, y montó una práctica modesta en la colonia Centro que le daba para vivir con dignidad y para visitar a sus padres los domingos sin que nadie tuviera que fingir que todo estaba bien porque generalmente estaba bien.

Era el hijo con quien Diáfano hablaba de trabajo: de derecho, de instituciones, de los mecanismos mediante los cuales los sistemas debían funcionar y rara vez funcionaban. Esas conversaciones eran, para

Diáfano, una de las formas más puras de satisfacción disponibles en su vida adulta.

Amparo se hizo maestra de secundaria, como la abuela Agripina pero en matemáticas, y encontró en la enseñanza un territorio donde su combinación de precisión y adaptabilidad resultaba extraordinariamente útil. Tenía la capacidad de explicar las cosas de maneras distintas según quién escuchara, lo cual era un talento pedagógico genuino y también, en el plano familiar, la hacía la traductora natural entre su padre y el mundo que no lo entendía del todo.

—Papá —le decía Amparo cuando la situación lo requería—, no todo el mundo ve las cosas como tú las ves. Eso no los hace malos. Los hace diferentes.

—Lo sé —decía Diáfano.

—¿Lo sabes de verdad o lo dices?

—Las dos cosas, según el día.

Amparo se reía. Era la única de los tres que podía reírse de su padre sin que él lo tomara como crítica, porque él también se reía, lo cual establecía entre los dos una complicidad que no necesitaba más palabras para funcionar.

Benigno entró a la UGTO, estudió economía, terminó con el promedio más alto de su generación y consiguió trabajo en una empresa de consultoría privada antes de graduarse. A los veintiséis años ganaba tres veces lo que ganaba su padre. No lo mencionó nunca directamente, pero en la dinámica familiar esa realidad circulaba con la misma presencia silenciosa de las cosas que todos saben y nadie nombra porque nombrarlas no cambiaría nada y sí podría dañar algo.

Hasta que un domingo de enero de 2010, después de la comida, mientras Refugio y Amparo lavaban los platos y Gregorio leía en la sala, Benigno se quedó en la mesa con su padre y dijo, con la franqueza que nunca había perdido:

—Papá, quiero ofrecerte algo y quiero que lo pienses antes de responder.

—Dime —dijo Diáfano.

—Quiero darte una cantidad mensual. No mucho. Lo suficiente para que arreglen la gotera del cuarto de una vez y para que mamá no tenga que calcular tanto a fin de mes.

Diáfano lo miró. —No.

—Dijiste que lo ibas a pensar.

—Lo pensé. No.

—¿Por qué?

—Porque no es necesario.

—Sí lo es —dijo Benigno, con una calma que había aprendido con los años y que le costaba más de lo que parecía. —Papá, yo lo veo. Veo lo que les cuesta llegar a fin de mes. Veo que mamá no se ha comprado ropa nueva en no sé cuánto tiempo. Veo que el coche tiene doce años. No te estoy ofreciendo esto para hacerte sentir mal. Te lo ofrezco porque puedo y porque quiero.

—Y yo lo aprecio —dijo Diáfano—. De verdad lo aprecio. Pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Porque si acepto tu dinero, la vida que hemos construido tu madre y yo deja de ser completamente nuestra. Y esa es la única cosa que nadie nos ha podido quitar en treinta años.

Benigno lo miró. En sus ojos había algo que no era exactamente frustración: era el reconocimiento, otra vez, de que su padre tenía una lógica interna que era coherente consigo misma aunque incompatible con cualquier argumento externo.

—Papá —dijo Benigno, con una lentitud que era también una forma de cuidado—, tu integridad te la admiro. Siempre te la he admirado, aunque no siempre te lo haya dicho. Pero hay algo que necesito que sepas.

—Dime.

—La pagamos todos. No solo tú. Mamá, Gregorio, Amparo, yo. Todos hemos pagado algo por la manera en que tú has elegido vivir. Y ninguno te lo pidió. —Hizo una pausa. —Eso no significa que estés equivocado. Significa que las virtudes absolutas también tienen víctimas colaterales.

El silencio fue largo.

Diáfano miró a su hijo. Luego miró la mesa. Luego volvió a mirar a Benigno.

—Tienes razón —dijo.

Benigno no esperaba eso.

—¿La tengo?

—Sí. Cada palabra. —Diáfano colocó las manos sobre la mesa con la calma específica de quien ha llegado a una conclusión después de un camino largo. —Y no tengo una respuesta que lo compense. Solo puedo decirte que lo sé, que lo cargo, y que si pudiera haber sido de otra manera sin dejar de ser yo, lo habría sido. Pero no podía.

Benigno asintió despacio. No dijo nada durante un momento. Luego se levantó, rodeó la mesa y le puso la mano en el hombro a su padre con el gesto breve y algo torpe de los hombres jóvenes que no han aprendido todavía todas las formas que tiene el afecto de expresarse.

—Está bien, papá —dijo.

—¿Lo está?

—Lo está —dijo Benigno. Y luego, con una media sonrisa que era también herencia paterna aunque ninguno de los dos lo habría dicho en voz alta: —Pero la gotera del cuarto la arreglo yo el próximo fin de semana. Eso no es virtud ni integridad. Es impermeabilizante.

Diáfano lo miró. Y sonrió. Era una sonrisa pequeña, de las que no necesitan explicación.

—Está bien —dijo.

Benigno fue el siguiente domingo con impermeabilizante, una escalera y dos horas de trabajo en el techo. La gotera del cuarto dejó de ser gotera. Refugio lo agradeció con un caldo de res que Benigno comió en silencio y con la expresión de quien ha hecho exactamente lo correcto, lo cual era también, aunque él no lo habría dicho así, una herencia que no había pedido pero que, a estas alturas, ya no le pesaba tanto como antes.

CAPÍTULO 8

La denuncia o cuando hacer lo correcto tiene consecuencias incorrectas

Secretaría de Finanzas y Administración de Guanajuato, 2005-2008

Existe una diferencia entre descubrir algo y encontrarlo. Descubrir implica búsqueda, intención, el esfuerzo deliberado de quien va a buscar lo que sospecha que está ahí. Encontrar es otra cosa: es tropezar con algo en el curso ordinario de la vida, sin haberlo buscado, sin haber querido necesariamente que estuviera ahí.

Los grandes escándalos de corrupción que aparecen en los periódicos son, casi siempre, descubrimientos: alguien decidió buscar y encontró. Lo que Diáfano Viborilla y Piernavieja hizo en el otoño de 2005 fue distinto. Él no buscó nada. Simplemente hizo su trabajo con la misma exactitud de siempre, y el trabajo, que era analizar números, le mostró lo que los números mostraban a cualquiera que los mirara sin apartar la vista.

El problema era que en esa secretaría, mirar los números sin apartar la vista era una práctica poco común.

Octubre de 2005. Diáfano revisaba el informe de egresos del tercer trimestre cuando encontró una inconsistencia en el rubro de servicios de consultoría externa. No era espectacular: tres contratos con tres empresas distintas, montos que individualmente eran razonables, pero que sumados superaban el límite de adjudicación directa sin que existiera en el expediente el proceso de licitación correspondiente. Era el tipo de irregularidad que desaparece si uno suma las columnas correctas y no se molesta en sumar las otras.

Diáfano sumó las otras.

Luego buscó los contratos. Los encontró en el archivo, o más precisamente, encontró que dos de los tres contratos no estaban en el archivo sino que habían sido clasificados en una subcarpeta de servicios generales con una denominación que no correspondía a su contenido, lo cual podía ser un error de archivo —esas cosas pasaban— o podía ser otra cosa.

Buscó las razones sociales de las tres empresas en el registro público. Las dos primeras existían y tenían historial. La tercera había sido constituida cuatro meses antes de recibir el contrato, tenía un capital social de cincuenta mil pesos y un domicilio fiscal que, cuando Diáfano lo verificó en el directorio, correspondía a una papelería en la colonia Marfil.

Guardó todo en una carpeta. La revisó tres veces en días distintos para asegurarse de que no había cometido un error. No había cometido ningún error.

Un miércoles por la mañana se presentó en el cubículo de Magdalena Fuentes, que llevaba dieciocho años en el área y conocía los procedimientos de la contraloría mejor que nadie.

—Magdalena, ¿tienes un momento?

—Para ti siempre —dijo ella, empujando su silla hacia atrás. —¿Qué encontraste?

—¿Por qué asumes que encontré algo?

—Porque vienes con esa cara. —Señaló su propio rostro. —La cara de quien acaba de ver algo que hubiera preferido no ver.

Diáfano cerró la puerta del cubículo, lo cual en esa oficina era un gesto con un significado claro para cualquiera que llevara tiempo ahí. Puso la carpeta sobre el escritorio de Magdalena.

Ella la revisó en silencio. Tardó diez minutos. Cuando levantó la vista, su expresión era la de quien esperaba algo así desde hacía tiempo pero no por eso lo encuentra menos difícil de procesar.

—¿Sabes de quién son estos contratos? —dijo.

—No tengo certeza —dijo Diáfano.

—Yo sí —dijo Magdalena, bajando la voz aunque la puerta estaba cerrada. —La empresa del domicilio en Marfil. Eso tiene nombre y apellido, Diáfano.

—No me digas el nombre —dijo Diáfano.

Magdalena lo miró. —¿Por qué no?

—Porque si me lo dices, mi análisis deja de ser técnico y se convierte en personal. Prefiero que el expediente hable solo.

Ella lo observó durante un momento con esa mezcla de admiración y algo parecido al miedo que Diáfano le producía en ciertos momentos.

—¿Vas a presentar la denuncia? —dijo.

—Es mi obligación.

—Diáfano. —Magdalena apoyó los codos en el escritorio. —Escúchame. Sé que es tu obligación. También sé lo que te va a costar.

—¿Tú sabes lo que me va a costar?

—Puedo calcularlo bastante bien después de dieciocho años aquí adentro. —Hizo una pausa. —Nadie te va a agradecer esto. La contraloría va a investigar lento. Los implicados van a tener tiempo de moverse. Y tú vas a quedarte con tu nombre en un expediente que alguien, en algún momento, va a usar para hacerte la vida difícil.

—Lo que describes es el funcionamiento habitual de las instituciones cuando se les señala algo que no quieren ver —dijo Diáfano.

—Exactamente.

—Y aun así hay que señalarlo.

—¿Por qué?

Diáfano lo pensó un momento. —Porque si no lo señalo yo, que lo vi, ¿quién lo va a señalar? ¿Alguien que no lo ha visto? —Recogió la carpeta. —No denunciar cuando uno sabe es también una decisión. Y esa decisión tiene consecuencias que yo no quiero cargar.

Magdalena lo miró largo tiempo. —Eres el hombre más terco que conozco, Diáfano Viborilla.

—He escuchado eso antes.

—¿Y nunca te hace dudar?

—A veces me hace dudar del método —dijo Diáfano—. Nunca de la dirección.

Magdalena suspiró. —Está bien. ¿Qué necesitas de mí?

—Nada. Solo quería que alguien más lo supiera antes de que lo presentara. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso el expediente desaparece —dijo Diáfano, con una serenidad que hacía la frase más inquietante que si la hubiera dicho con alarma. —Tú eres testigo de que existió.

Magdalena asintió despacio. —Ten cuidado, Diáfano.

—Siempre tengo cuidado —dijo él.

—No me refiero a eso —dijo ella.

Presentó la denuncia formal ante la Contraloría del Estado tres días después. Con documentos originales y copias certificadas. Con fechas, montos y fundamento jurídico específico. Con una carta de presentación de dos páginas que cualquier abogado habría reconocido como impecable en su estructura y en su lenguaje. Siguió cada paso del

procedimiento establecido en el reglamento interior, que había leído completo la noche anterior para asegurarse de que no omitía ningún requisito.

El contralor de turno, un hombre de cuarenta y cinco años llamado Ignacio Perales Domínguez que había llegado al cargo en el último cambio de administración con una reputación de rigor que en los primeros meses nadie había tenido ocasión de verificar y que Diáfano estaba a punto de poner a prueba, lo recibió con una atención que parecía genuina.

—Viborilla —dijo Perales Domínguez, después de revisar el expediente durante quince minutos en silencio—, esto es un trabajo serio.

—Es lo que encontré haciendo mi trabajo —dijo Diáfano.

—¿Alguien más en su área sabe de esto?

—Una persona. De confianza y por razones de seguridad del expediente.

—¿De seguridad?

—Si el expediente desaparece, hay un testigo de que existió —dijo Diáfano.

Perales Domínguez lo miró. —¿Usted cree que el expediente podría desaparecer?

—No lo sé. Creo que la posibilidad existe y que vale la pena cubrirla.

El contralor asintió despacio. —Iniciamos el proceso de revisión. Le informaremos del avance en los plazos que establece el reglamento.

—¿Cuáles son esos plazos?

—Treinta días para la primera evaluación. Noventa para el dictamen preliminar.

—Entendido —dijo Diáfano.

Se levantó, estrechó la mano del contralor y salió.

En el pasillo, Amparo lo llamó al celular. Era un martes y los martes Amparo llamaba entre clase y clase desde la secundaria donde enseñaba.

—Papá, ¿estás bien? Te escucho raro.

—Estoy bien —dijo Diáfano—. Acabo de hacer algo que probablemente tenga consecuencias.

—¿Buenas o malas?

—Correctas —dijo Diáfano—. Que no es lo mismo que buenas o malas.

Amparo guardó silencio un momento. —¿Necesitas hablar?

—Ahora no. Esta noche, si quieres.

—Esta noche llamo —dijo Amparo.

Lo que siguió en los meses posteriores fue una demostración de los mecanismos mediante los cuales las instituciones responden a quienes las incomodan sin recurrir a nada que pueda llamarse abiertamente injusto, porque la injusticia abierta deja registros y los registros son inconvenientes.

Primero fue la invisibilidad. Los informes de Diáfano dejaron de circular en las reuniones de área. No porque alguien lo ordenara explícitamente —eso habría sido documentable—, sino porque de alguna manera los correos que los distribuían empezaron a omitir su nombre de las listas de distribución. Cuando lo señaló, le dijeron que era un error técnico del sistema. El error técnico del sistema duró seis meses.

Luego fue el traslado. En febrero de 2006, con una memorando firmado por el subdirector de Egresos —que era para entonces Primitivo Garduño Lascuráin, quien había encontrado en el puesto una comodidad que no tenía intención de abandonar—, Diáfano fue reasignado al Archivo de Gestión Documental, en el sótano del edificio, en un cubículo que no tenía ventana y que en los días de lluvia acumulaba una humedad que el edificio colonial procesaba con la indiferencia de quien lleva trescientos años haciéndolo.

El memorando decía que la reasignación respondía a necesidades operativas del área. No decía nada más porque no necesitaba decir nada más.

Diáfano fue a hablar con Garduño.

—Primitivo —dijo, usando el nombre de pila con la familiaridad que catorce años de trabajo compartido autorizaban—, ¿me puedes explicar el criterio técnico de esta reasignación?

Garduño lo miró con la incomodidad específica de quien tiene que sostener la mirada de alguien a quien está perjudicando.

—Es una decisión operativa, Diáfano. No es personal.

—No me preocupa si es personal. Me preocupa si es justificada.

—Está justificada en las necesidades del área.

—¿Qué necesidad específica del área requiere que el analista con más experiencia en Egresos Corrientes sea trasladado al archivo?

Garduño acomodó unos papeles sobre su escritorio. —El archivo necesita reorganización. Tu perfil es el más adecuado para ese proyecto.

—Mi perfil es el de analista presupuestal con dieciséis años de especialización en Egresos —dijo Diáfano—. El archivo necesita un archivista, que es una categoría distinta y que en el tabulador tiene una compensación diferente a la mía. Si la reasignación implica un cambio de funciones, ¿implica también un ajuste de categoría?

Garduño lo miró. —La categoría se mantiene.

—Entonces hago funciones de una categoría inferior con el sueldo de la mía.

—Es temporal.

—¿Cuánto tiempo es temporal?

—Lo que requiera el proyecto.

—¿Y el proyecto tiene un plazo definido?

Garduño no respondió. Diáfano asintió una vez.

—Entendido —dijo. Y se fue.

Esa noche, en la cocina, Refugio le sirvió la cena sin preguntar nada hasta que él estuvo listo para hablar. Lo conocía bien: cuando llegaba en silencio y comía los primeros cinco minutos sin decir nada, era porque necesitaba esos cinco minutos para ordenar lo que iba a decir.

—Me mandaron al sótano —dijo Diáfano, después de los cinco minutos.

Refugio dejó la cuchara. —¿Cómo que al sótano?

—Al archivo de documentos. En el sótano del edificio. Sin ventana.

—¿Por qué?

—Porque presenté la denuncia.

Refugio lo miró durante un momento. —¿Oficialmente por qué?

—Necesidades operativas del área.

—¿Y no puedes impugnarlo?

—Puedo. Con un recurso administrativo que tardaría entre seis meses y un año, durante los cuales seguiría en el sótano, generaría más fricción con la institución, y el resultado probable sería que me regresaran al cubículo sin ventana del tercer piso en lugar del cubículo sin ventana del sótano.

Refugio procesó esto. —¿Y la denuncia?

—En proceso. Noventa días para el dictamen preliminar, según el contralor.

—¿Confías en el contralor?

—Confío en el procedimiento —dijo Diáfano—. No es lo mismo, pero es lo que tengo.

Refugio asintió. Luego dijo, con la calma que usaba para las cosas que no tenían solución inmediata:

—¿Puedes trabajar bien en el sótano?

—Puedo trabajar en cualquier parte.

—¿Necesitas algo?

—Una lámpara buena —dijo Diáfano—. La iluminación de ahí abajo es deplorable.

Refugio lo miró. —Mañana te compro una lámpara.

—Gracias —dijo Diáfano.

Y así fue. Al día siguiente había una lámpara de escritorio en el cubículo del sótano, puesta por Refugio antes de que él llegara porque ella había pasado a dejársela antes de entrar a su turno en el Registro Civil. Era una lámpara pequeña, de luz blanca, que iluminaba exactamente lo que necesitaba ser iluminado y nada más.

Diáfano trabajó en el sótano durante dieciocho meses con la misma exactitud con que había trabajado en cualquier otro lugar de esa institución, porque su manera de trabajar no dependía de la ventana ni del piso ni de si alguien lo estaba observando.

Reorganizó el archivo con una meticulosidad que el área no había visto en décadas. Creó un sistema de clasificación que el departamento usaría los siguientes quince años. Y todos los martes, con la regularidad de un fenómeno natural, consultaba el estado de su denuncia ante la contraloría.

El dictamen preliminar llegó en el mes noventa y cuatro, no en el noventa. Cuatro meses de retraso que nadie explicó y nadie se molestó en justificar.

El dictamen señalaba irregularidades en uno de los tres contratos —el de la empresa constituida cuatro meses antes, el de la papelería en Marfil— y recomendaba una investigación complementaria para los otros dos. En cuanto a los responsables, el dictamen preliminar identificaba a dos funcionarios de nivel medio como autores de las irregularidades administrativas.

No mencionaba a nadie de nivel superior.

Diáfano leyó el dictamen completo dos veces. Luego llamó a Magdalena desde el teléfono del sótano.

—¿Leíste el dictamen? —dijo.

—Lo leí —dijo Magdalena.

—¿Y?

—Y es lo que podía salir. Ya sabes cómo funciona esto.

—Sí sé —dijo Diáfano—. Pero quería escucharlo de alguien más.

—¿Para qué?

—Para confirmar que no estoy viendo mal.

—No estás viendo mal —dijo Magdalena. Hizo una pausa. —¿Cómo estás?

—Bien —dijo Diáfano.

—¿De verdad?

—Hice lo que tenía que hacer —dijo Diáfano—. El resultado no depende de mí. Depende del sistema. Y el sistema es lo que es.

—Diáfano —dijo Magdalena, con una suavidad que no era habitual en ella—, ¿alguna vez piensas que no vale la pena?

—¿El qué?

—Esto. Todo esto.

Diáfano guardó silencio un momento. La lámpara de Refugio iluminaba el escritorio del sótano con su luz blanca y precisa.

—A veces pienso que el costo es muy alto —dijo—. No que no vale la pena. Son cosas distintas.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que si no valiera la pena, dejaría de hacerlo. Como el costo es alto pero vale la pena, lo sigo haciendo aunque cueste.

—¿Y el sótano?

—El sótano tiene buena lámpara —dijo Diáfano.

Magdalena se rio. Era una risa breve, de las que salen cuando algo duele y es gracioso al mismo tiempo.

El proceso final de la denuncia tardó tres años desde su presentación. El resultado fue una amonestación administrativa para uno de los dos funcionarios identificados en el dictamen. El otro fue exonerado por falta de pruebas suficientes. Los contratos irregulares fueron cancelados y las cantidades correspondientes reintegradas al erario, según el informe final, en su totalidad.

Tres meses después de que se emitiera el informe final, uno de los funcionarios amonestados fue promovido a jefe de departamento en otra área de la secretaría.

El otro, el exonerado, fue designado asesor de la subsecretaría.

Diáfano lo supo por Magdalena, que se lo dijo un viernes a la hora del café en la pequeña sala de descanso del tercer piso, adonde él subía todos los viernes desde el sótano porque era el único día que Magdalena tenía libre la mañana.

—¿Cómo lo tomas? —dijo Magdalena.

Diáfano tomó su café. Lo tomó despacio, como siempre.

—Como lo que es —dijo.

—¿Y qué es?

—El funcionamiento normal de un sistema que se protege a sí mismo —dijo Diáfano—. No es una sorpresa. Es una confirmación.

—¿Y eso no te enfurece?

—Me informa —dijo Diáfano.

Magdalena lo miró con esa mezcla de admiración y extrañeza que ya era, después de tantos años, parte del paisaje de su relación.

—Diáfano —dijo—, no sé si eres el hombre más sereno que conozco o el que más se controla.

—Probablemente lo segundo —dijo Diáfano—. Pero después de suficientes años de práctica da lo mismo.

Terminaron el café. Diáfano bajó al sótano. La lámpara de Refugio lo esperaba sobre el escritorio con su luz blanca e imparcial, sin opinión sobre lo que iluminaba, ajena a los dictámenes y las promociones y los tres años de proceso que habían terminado exactamente donde el sistema quería que terminaran.

Diáfano se sentó. Abrió el expediente que tenía pendiente. Y trabajó.

Porque era lo que podía hacer. Y porque hacerlo bien, aunque nadie lo reconociera y el sistema lo neutralizara con elegancia, era todavía la única manera en que sabía habitar el mundo sin que algo en él se fracturara de manera irreparable.

La lámpara iluminaba. El expediente esperaba. Y Don Diáfano Viborilla y Piernavieja, en su cubículo sin ventana del sótano de una secretaría del gobierno de Guanajuato, hacía exactamente lo que siempre había hecho.

Sin ruido. Sin testigos. Sin esperar que eso cambiara nada.

Excepto, quizá, el estándar. Que era invisible y no medible y que sin embargo, en su terquedad silenciosa, existía.

CAPÍTULO 9

La soledad del hombre recto en tierra fértil para lo contrario

Guanajuato capital, 2008-2015

Hay una soledad que no tiene que ver con el número de personas que rodean a uno. No es la soledad del ermitaño ni la del viudo ni la del emigrante que llega a una ciudad donde no conoce a nadie. Es una soledad más sutil y más difícil de nombrar: la del que comparte el espacio físico con otros pero no comparte el código. La del que entiende el idioma que hablan los demás pero no lo habla, no porque no pueda aprenderlo sino porque algo en su arquitectura interna lo hace intraducible a ese idioma sin pérdida de algo esencial.

Diáfano Viborilla y Piernavieja había experimentado variantes de esa soledad durante toda su carrera. Pero fue en los años que siguieron a la denuncia —cuando regresó del sótano al tercer piso, cuando la institución lo reintegró al área con la cortesía específica que se reserva para los elementos que no se pueden expulsar pero tampoco se quieren del todo adentro— cuando esa soledad adquirió una dimensión nueva. Más quieta. Más permanente. Más parecida a un paisaje que a una circunstancia.

No era hostilidad. Eso habría sido más fácil de manejar. Era algo más refinado: la indiferencia organizada de quienes han decidido colectivamente, sin haberlo discutido nunca en voz alta, que cierto tipo de presencia resulta más cómoda a distancia.

Sus compañeros lo saludaban. Le preguntaban por su familia. Le comentaban del trabajo. Pero había conversaciones que se detenían cuando él llegaba, temas que se evaporaban con una naturalidad que solo era posible en grupos que han practicado la evaporación suficientes veces. Había almuerzos a los que no era invitado no porque alguien decidiera explícitamente excluirlo sino porque nadie pensaba en invitarlo, lo cual era una forma de exclusión más difícil de señalar y más efectiva en su resultado.

Un martes de marzo de 2009, Diáfano llegó a la pequeña sala de descanso del tercer piso para tomar su café de las diez y encontró a cuatro compañeros en conversación animada. Cuando entró, la conversación no se detuvo bruscamente —eso habría sido torpe— sino que viró con una suavidad de piloto experto hacia un tema completamente distinto: el partido del fin de semana, los Panzas Verdes, la temporada que iba regular como siempre.

Diáfano sirvió su café. Escuchó el partido durante tres minutos. Luego se fue.

En el pasillo, se encontró con Magdalena, que venía en dirección contraria con una carpeta bajo el brazo.

—¿Ya viste el partido? —dijo Diáfano.

Magdalena lo miró. —¿Qué partido?

—El que están analizando en la sala de descanso con una profundidad que haría sonrojar a cualquier comentarista deportivo.

Magdalena entendió de inmediato. —Ah.

—Ah —repitió Diáfano.

Caminaron juntos unos pasos en la misma dirección.

—¿Te molesta? —dijo Magdalena.

—Me informa —dijo Diáfano, usando la misma palabra del capítulo anterior con la consciencia de quien reconoce que su vocabulario para ciertas situaciones se ha vuelto muy preciso y muy limitado al mismo tiempo.

—Diáfano.

—¿Qué?

—Que te informe no significa que no te afecte.

Él caminó unos pasos más antes de responder. —No, no significa eso.

—¿Entonces?

—Entonces me afecta e informa al mismo tiempo. —Hizo una pausa. — Lo que no me permite es cambiar nada. El análisis de lo que ocurre y el dolor de que ocurra no son mutuamente excluyentes. Solo son incómodos cuando coexisten.

Magdalena lo miró de lado. —¿Cuándo fue la última vez que hablaste de algo que no fuera trabajo con alguien de esta oficina?

Diáfano lo pensó con honestidad. —Contigo, ahora mismo.

—Aparte de mí.

Pensó más. —No recuerdo.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Magdalena.

—No tienes por qué preocuparte.

—Diáfano, somos amigos desde hace veintidós años. Tengo todo el derecho de preocuparme.

Él la miró. Era verdad. Magdalena era, dentro de esa institución y posiblemente fuera de ella también, la persona más cercana a un amigo que él tenía en ese contexto. No porque hubieran buscado la amistad deliberadamente sino porque la honestidad mutua había producido, con los años, algo que tenía todas las características funcionales de la amistad sin que ninguno de los dos lo hubiera nombrado así en voz alta.

—Está bien —dijo Diáfano—. Me preocupa también.

—¿Qué haces con eso?

—Trabajo —dijo Diáfano—. Y llego a casa y hablo con Refugio. Y los domingos vienen los hijos. Y está bien.

—¿Está bien de verdad o está bien porque no hay otra opción?

—Las dos cosas —dijo Diáfano—. Que a estas alturas es la misma cosa.

Se separaron en el cruce del pasillo. Diáfano volvió a su cubículo, que para entonces era nuevamente el del tercer piso, aunque sin ventana, condición que se había vuelto permanente con la misma naturalidad silenciosa con que se vuelven permanentes las cosas que nadie corrige porque corregirlas requeriría reconocer que estaban mal desde el principio.

Fue en esa época cuando Diáfano comenzó a observar a sus compañeros con una atención diferente. No la atención técnica con que había observado siempre los procedimientos y los expedientes, sino una atención más íntima y más inquietante: la de quien intenta entender cómo son las personas que han elegido vivir de una manera que él no puede elegir, y si esa elección les da algo que a él le falta.

Lo que observó no era lo que esperaba encontrar.

Ramiro Celestino Aguado, jefe de área desde hacía seis años, complementaba su sueldo con una serie de arreglos que Diáfano conocía con la precisión del que ha analizado los mismos números durante

mucho tiempo. Ramiro llegaba todos los días con el humor expansivo de quien duerme bien, hablaba de sus hijos con orgullo genuino, se reía fácil y era, en términos de lo observable en el trato cotidiano, un hombre satisfecho.

Pero había momentos —Diáfano los había catalogado sin proponérselo, con la automaticidad del observador que no puede desactivar la observación— en que algo cruzaba por el rostro de Ramiro cuando el tema de la contraloría surgía en alguna reunión, o cuando llegaba alguna circular sobre auditorías externas, o simplemente cuando el teléfono sonaba en un momento inesperado. Era una fracción de segundo. Un ajuste mínimo en la mandíbula, un parpadeo ligeramente más largo de lo necesario. Luego volvía la expansividad, la risa fácil, el hombre satisfecho.

Diáfano lo observó durante meses y llegó a una conclusión que no era triunfo ni consuelo sino simplemente un dato: Ramiro vivía mejor en términos materiales y peor en términos de lo que Diáfano llamaría, por falta de una palabra más precisa, consistencia interna. La pregunta era si Ramiro lo sabía. Y si lo sabía, si le importaba.

No tenía manera de saberlo. Y además, reconoció con la honestidad que aplicaba también a sí mismo, tampoco era asunto suyo.

Una tarde de octubre de 2012, Diáfano llegó a casa a las siete y encontró a Refugio en el patio trasero, sentada en la silla de jardín que había comprado en una liquidación diez años atrás y que resistía con la obstinación de los objetos que han decidido durar. Tenía una taza de té en las manos y miraba los rosales que Diáfano cuidaba desde que Benigno había impermeabilizado el techo y de alguna manera el jardín había pasado a ser el territorio donde él procesaba las cosas que no encontraban otro lugar donde ir.

Diáfano se sentó en la silla de al lado, que era menos cómoda pero estaba más cerca.

—¿Cómo estuvo el día? —dijo Refugio.

—Normal —dijo Diáfano.

—¿Normal cómo?

—Pues normal, normal. Expedientes, reunión de área, el café con Magdalena.

Refugio asintió. Bebió su té. Hubo un silencio que no era vacío sino del tipo que se produce entre personas que llevan mucho tiempo juntas y saben que el silencio también es conversación.

—Diáfano —dijo Refugio, sin mirarlo, con la vista en los rosales—, ¿eres feliz?

Él la miró. Era una pregunta que Refugio no le había hecho nunca en esos términos exactos, y la franqueza de ella era suficiente para que la pregunta, cuando llegaba, llegara sin rodeos.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque llevas una semana llegando a casa con una cara que no sé cómo describir exactamente. No es tristeza. No es cansancio. Es algo más parecido a... ¿cómo decirlo?... a la cara de alguien que está haciendo un balance.

—Siempre estoy haciendo balances —dijo Diáfano.

—Este es diferente —dijo Refugio.

Él consideró negarlo. Luego consideró que negarle algo a Refugio era un ejercicio de inutilidad documentada.

—Estoy pensando en una pregunta que no tiene respuesta fácil —dijo.

—¿Cuál?

—Si mi integridad es una virtud o si es simplemente lo único que sé hacer.

Refugio lo miró por primera vez desde que habían empezado a hablar.

—¿Y cuál sería la diferencia? —dijo.

—La diferencia es considerable —dijo Diáfano—. Una virtud es algo que uno elige. Una limitación es algo que uno no puede evitar. Si lo mío es una virtud, tiene mérito. Si es una limitación, simplemente soy alguien que no tiene la capacidad de ser de otra manera. Y las limitaciones no tienen mérito: son solo limitaciones.

Refugio lo pensó durante un momento largo. Luego dijo, con la calma de quien ha llegado a una conclusión después de pensarla muchas veces:

—Diáfano, tú no eres un hombre íntegro.

Él la miró. —¿Perdón?

—Que tú no eres un hombre íntegro en el sentido heroico de la palabra. Eres un hombre que no sabe cómo ser otra cosa. —Hizo una pausa. —Que no es lo mismo. Pero a estas alturas da igual.

—¿Por qué da igual?

—Porque el resultado es idéntico —dijo Refugio—. Llevas cincuenta y cuatro años siendo como eres. Hayas elegido serlo o hayas nacido así, el hecho es que lo eres. Y cambiar eso ahora no está disponible como opción. Así que la pregunta de si es virtud o limitación es interesante filosóficamente pero completamente inútil en términos prácticos.

Diáfano la miró durante un momento. —Eso es lo más pragmático que te he escuchado decir en veintisiete años de matrimonio.

—Llevo veintisiete años casada con un hombre que analiza todo —dijo Refugio—. O me vuelvo pragmática o me vuelvo loca. Elegí lo primero.

Diáfano se rió. Era una risa genuina, de las que salían pocas veces pero cuando salían eran completamente reales.

—¿Y eres feliz? —dijo él, devolviéndole la pregunta.

Refugio consideró esto con la seriedad que le daba a las preguntas que lo merecían.

—Soy una cosa que se parece mucho a la felicidad —dijo—. No sé si es exactamente eso. Pero duermo bien. Y me gusta estar aquí contigo viendo los rosales. Y cuando me preguntan cómo está mi marido, tengo cosas reales que contar. —Hizo una pausa. —Eso me parece suficiente.

—¿Suficiente es lo mismo que feliz?

—Para mí, sí —dijo Refugio—. El problema con la felicidad como concepto absoluto es que siempre hay algo que le falta. La suficiencia es más honesta: reconoce los límites y los acepta sin dramatismo.

Diáfano miró los rosales. Había tres variedades: una roja que producía flores pequeñas y persistentes, una amarilla que florecía en primavera con una generosidad casi desproporcionada y luego descansaba el resto del año, y una blanca que era la más difícil de mantener pero la que más le gustaba porque sus flores tenían una transparencia que ninguna otra variedad producía.

—Refugio —dijo—, ¿alguna vez has pensado que tu vida habría sido más fácil con otro marido?

—Frecuentemente —dijo Refugio, sin dudar.

—¿Y?

—Y no lo cambiaría —dijo Refugio—. No porque seas perfecto. Sino porque sé exactamente quién eres. Y eso, después de veintisiete años, vale más de lo que parece.

—¿Por qué?

—Porque la mayoría de la gente no sabe exactamente quién es la persona con quien vive. Yo sí. Y eso, Diáfano, es un lujo que no se compra.

Él no respondió. No era necesario. Se quedaron los dos en el patio, con el té de Refugio ya frío y los rosales moviéndose levemente con el viento fresco de octubre en Guanajuato, que tenía esa calidad específica del aire del Bajío en otoño: limpio, directo, sin las concesiones perfumadas de otras estaciones.

Los años de 2013 a 2015 transcurrieron con la regularidad de los períodos en que no ocurre nada espectacular pero se acumula algo difícil de nombrar. Diáfano cumplió cincuenta y cinco años en 2013. Gregorio se casó ese mismo año con una mujer de Lagos de Moreno que Refugio aprobó sin reservas desde la primera vez que la vio, lo cual era la forma más confiable de aprobación disponible en la familia.

Amparo fue promovida a coordinadora académica en su secundaria. Benigno abrió su propia consultoría con dos socios y empezó a ganar lo que Diáfano jamás ganaría, hecho que ninguno de los dos mencionaba

directamente pero que flotaba en las conversaciones dominicales con la presencia silenciosa de las cosas que existen aunque no se nombren.

En la secretaría, la indiferencia organizada continuaba con la consistencia de los fenómenos que ya no necesitan esfuerzo para mantenerse porque se han vuelto la condición normal del entorno. Diáfano hacía su trabajo. La contraloría no encontraba observaciones en sus expedientes. Sus evaluaciones eran sobresalientes.

Y el cubículo sin ventana del tercer piso permanecía siendo el cubículo sin ventana del tercer piso, ni más ni menos, como si la institución hubiera encontrado en esa disposición espacial una metáfora que le resultaba demasiado conveniente para cambiar.

Un viernes de noviembre de 2015, Magdalena se asomó al cubículo con una expresión que Diáfano clasificó inmediatamente como la de las noticias que no son buenas ni malas sino simplemente inevitables.

—Me voy —dijo Magdalena.

Diáfano dejó el lápiz. —¿A dónde?

—Me jubilo. En enero. —Hizo una pausa. —Treinta y dos años son suficientes.

Diáfano la miró. Magdalena tenía cincuenta y ocho años y una energía que desmentía esa cifra en todos los aspectos observables, pero también tenía en los ojos algo que Diáfano reconocía porque lo había visto desarrollarse durante años: el cansancio específico de quien ha dado demasiado a un sistema que nunca supo qué hacer con lo que le daban.

—¿Estás bien? —dijo Diáfano.

—Estoy lista —dijo Magdalena—. Que es distinto.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo nietos. Tengo un jardín que lleva diez años esperando que le preste atención. Y tengo pendientes treinta y dos años de libros que compré y no leí porque siempre estaba cansada. —Sonrió. —Estaré ocupada.

Diáfano asintió. —Te voy a extrañar.

—Yo también a ti —dijo Magdalena. Y luego, con la franqueza que había caracterizado toda su relación: —Diáfano, ¿puedo decirte algo?

—Siempre.

—Cuídate cuando yo no esté. No porque vayas a hacer algo indebido. Sino porque a veces creo que soy la única persona en este edificio con quien hablas de verdad. Y eso no es suficiente.

—Tengo a Refugio —dijo Diáfano.

—Refugio está en casa. Aquí adentro necesitas a alguien también.

—Me las arreglaré.

—Lo sé —dijo Magdalena—. Eso es exactamente lo que me preocupa. Que te las arregles solo cuando no deberías tener que hacerlo.

Diáfano no respondió de inmediato. Luego dijo: —Magdalena, en veintiocho años nunca te he preguntado algo directamente.

—Pregunta.

—¿Valió la pena? Para ti. Todo esto.

Magdalena lo pensó durante un momento real, no el momento educado de quien busca una respuesta cortés sino el momento honesto de quien revisa.

—Valió la pena lo que hice bien —dijo—. No valió la pena lo que dejé de hacer por miedo. —Hizo una pausa. —Tú tienes menos de lo segundo que yo. Eso cuenta.

Diáfano asintió.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué —dijo Magdalena. Y se fue.

El cubículo sin ventana del tercer piso quedó más silencioso después de eso. No de manera dramática: el silencio era el mismo de siempre, el mismo ruido de fondo de la institución, las mismas voces en el pasillo, el mismo sonido de las impresoras y los teléfonos y las puertas que se abrían y cerraban con la indiferencia de los lugares que existen independientemente de las personas que los habitan.

Pero había algo diferente. Diáfano lo identificó esa tarde, en el camino de regreso a casa en el Tsuru que para entonces tenía ya dieciséis años y arrancaba con la negociación climática que Benigno amenazaba con resolver cada invierno sin que ninguno de los dos lo resolviera finalmente porque a Diáfano el coche le parecía suficiente y la suficiencia, como Refugio le había enseñado, era más honesta que la perfección.

Lo que había diferente era que a partir de enero, en ese edificio, nadie sabría exactamente quién era.

No era una catástrofe. Era simplemente la confirmación de algo que siempre había sido verdad y que la presencia de Magdalena había atenuado durante veintiocho años: que la soledad del hombre recto en tierra fértil para lo contrario no tiene solución institucional. Tiene, en el mejor de los casos, compañía ocasional. Y esa compañía, cuando se va, deja el paisaje en su estado natural.

Que era, como casi todo en la vida de Diáfano Viborilla y Piernavieja, exactamente lo que era. Sin más ni menos. Sin redención fácil ni tragedia innecesaria.

Solo la realidad, iluminada por una lámpara buena, esperando ser procesada con la honestidad de siempre.

CAPÍTULO 10

La jubilación o el sistema te expulsa con pastel de cajeta

Secretaría de Finanzas y Administración de Guanajuato, 2024-2026

Las instituciones tienen una manera particular de tratar a quienes no les han sido útiles en los términos que ellas definen la utilidad: no los destruyen, que sería costoso y visible, sino que los vuelven decorativos. Los mantienen en el organigrama con la misma función que cumplen los cuadros en las paredes de las oficinas gubernamentales: ocupan espacio, no molestan, y de vez en cuando alguien los señala para demostrar que la institución tiene historia y la valora. Esta es una forma de crueldad que no aparece en ningún código de conducta porque técnicamente no es crueldad: es, en el mejor de los casos, indiferencia gestionada con eficiencia.

Diáfano Viborilla y Piernavieja tenía sesenta y siete años en enero de 2026 y llevaba dos en ese estado decorativo con la misma ecuanimidad con que había llevado todo lo demás: observándolo, registrándolo, trabajando con exactitud en lo que le asignaban y sin dramatizar lo que eso representaba en el balance de su trayectoria.

Lo que le asignaban, desde que el nuevo subdirector de Egresos —un hombre de treinta y nueve años llamado Ignacio Bravo Palencia que había llegado de la Ciudad de México con un máster en administración pública de una universidad española y la seguridad específica de quien ha sido formado para no dudar de sí mismo— había reorganizado el área dieciocho meses atrás, era la supervisión del archivo histórico de expedientes anteriores a 2010.

Era, en términos técnicos, un trabajo de archivista. No de analista presupuestal con treinta y cuatro años de especialización. Pero en términos formales seguía siendo analista presupuestal, con la categoría correspondiente y el sueldo correspondiente, lo cual hacía que la situación fuera difícilmente impugnabile y perfectamente humillante para quien quisiera tomárselo así.

Diáfano no lo tomaba así. Lo tomaba como lo que era: la última maniobra de un sistema que había decidido, con décadas de anticipación, que no sabía qué hacer con él, y que por lo tanto haría lo que siempre había hecho: dejarlo exactamente donde estaba, que era en ninguna parte particularmente visible.

El primer día que Ignacio Bravo Palencia llegó al área, convocó una reunión de presentación. Era un hombre de cabello corto, traje oscuro y la costumbre de sostener la mirada que en ciertos contextos produce autoridad y en otros produce incomodidad, dependiendo de si hay algo detrás de ella.

Después de la reunión, cuando los demás salían, Bravo Palencia lo llamó. —Viborilla, quédese un momento.

Diáfano se quedó.

—Usted es el de más antigüedad en el área —dijo Bravo Palencia, revisando una tablet donde presumiblemente tenía los expedientes del personal.

—Treinta y tres años en ese momento —dijo Diáfano.

—Impresionante. —Lo dijo con la entonación de quien califica un dato como notable sin estar del todo seguro de si es un mérito o una anomalía. —He revisado su expediente. Evaluaciones sobresalientes. Cero observaciones de contraloría. —Levantó la vista de la tablet. —¿Por qué nunca ascendió?

Era la pregunta más directa que alguien le había hecho sobre ese tema en treinta y tres años. Diáfano la consideró un momento.

—Esa pregunta tiene una respuesta técnica y una respuesta real —dijo.

Bravo Palencia lo miró con algo que podría haber sido interés genuino. —¿Cuál es la técnica?

—Que los perfiles seleccionados para los puestos de mando cubrían mejor las necesidades institucionales del momento.

—¿Y la real?

—Que las instituciones premian a quienes las hacen funcionar como funcionan, no como deberían. Y yo siempre hice lo segundo.

Bravo Palencia lo miró durante un momento. Era la mirada de quien recibe una respuesta que no esperaba y está calculando si es imprudencia o simplemente honestidad.

—¿Y eso no le generó conflictos? —dijo.

—Me generó consecuencias —dijo Diáfano—. Si eso es lo mismo que conflictos depende de cómo se mire.

Bravo Palencia asintió lentamente. Luego volvió a la tablet.

—Voy a reorganizar el área —dijo—. Necesito a alguien de confianza en el archivo histórico. Alguien que conozca los expedientes y pueda dar contexto cuando la contraloría los requiera.

—Entiendo —dijo Diáfano.

—¿Tiene algún problema con esa asignación?

Diáfano lo miró. —¿Tiene algún problema en que le diga que sí?

Bravo Palencia registró eso con una fracción de segundo de sorpresa bien controlada. —No —dijo.

—Entonces sí tengo un problema —dijo Diáfano—. Tengo treinta y tres años de especialización en análisis presupuestal de Egresos Corrientes. Asignarme al archivo histórico es utilizar el veinte por ciento de esa especialización. No es lo más eficiente para el área ni lo más justo para la trayectoria.

—La eficiencia del área es mi responsabilidad —dijo Bravo Palencia.

—Lo es —dijo Diáfano—. Le señalo el dato técnico porque es mi obligación señalarlo. La decisión es suya.

Otro silencio. Más largo.

—La asignación es al archivo histórico —dijo Bravo Palencia finalmente.

—Entendido —dijo Diáfano, y se fue.

Esa noche se lo contó a Refugio en la cocina, mientras ella preparaba arroz con leche que era lo que hacía los lunes porque era fácil y porque a Diáfano le gustaba desde niño.

—¿Y cómo te lo dijo? —preguntó Refugio.

—Con la amabilidad de quien te da una mala noticia y prefiere que no hagas escándalo.

—¿Y tú?

—Le dije que tenía un problema con la asignación.

Refugio lo miró. —¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y?

—Y me dijo que la eficiencia del área era su responsabilidad. —Hizo una pausa. —Tenía razón, técnicamente.

—¿Y tú también tenías razón?

—También, técnicamente.

Refugio movió el arroz con leche. —¿Cuántos años te faltan para jubilarte?

—Puedo jubilarme ahora si quiero. Tengo los años y la edad. —Diáfano puso los codos sobre la mesa. —O puedo esperar a que me lo pidan.

—¿Qué prefieres?

—Prefiero terminar en mis términos.

—¿Y cuáles son tus términos?

—Quedarme hasta que el sistema me pida que me vaya o hasta que yo decida que es suficiente. Lo que llegue primero.

Refugio lo miró un momento. —¿Y si el sistema no te lo pide nunca?

—Entonces decidiré yo.

—¿Cuándo?

—Cuando sienta que ya no sirve de nada estar —dijo Diáfano.

Refugio sirvió el arroz con leche en dos tazones. Se sentó frente a él.

—Diáfano —dijo—, ¿puedo decirte algo sin que te ofendas?

—Nunca me ofendo con lo que me dices.

—A veces sí.

—A veces tengo razón en ofenderme —dijo Diáfano—. Dime.

—Creo que llevas mucho tiempo en un lugar que ya no te necesita. Y que quedarte no es por el trabajo sino porque irte significaría admitir algo que no quieres admitir.

—¿Qué sería eso?

—Que el sistema ganó.

Diáfano la miró. —El sistema no gana ni pierde. El sistema simplemente es.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que no quiere admitir que el sistema ganó.

Hubo un silencio largo.

—Puede ser —dijo Diáfano finalmente.

—¿Lo piensas?

—Lo considero —dijo Diáfano—. Que es lo que puedo hacer por ahora.

Refugio tomó su taza. —Está bien. Considera.

Los dieciocho meses siguientes Diáfano los pasó en el archivo histórico con la misma meticulosidad de siempre. Organizó expedientes que llevaban décadas sin que nadie los mirara con atención. Encontró irregularidades en tres de ellos que documentó y reportó a la contraloría, la cual las procesó con la velocidad que era su costumbre.

Fue convocado dos veces como referencia técnica en auditorías externas, donde sus respuestas fueron, según el auditor de turno, las más precisas y mejor documentadas que había recibido en esa secretaría.

Nadie se lo agradeció formalmente.

La notificación de su jubilación llegó en octubre de 2025 en forma de memorando firmado por el director general —un hombre que Diáfano había visto tres veces en treinta y cuatro años, lo cual era también un dato— que informaba que de acuerdo con las políticas de renovación del servicio público estatal, se procedía a iniciar el proceso de jubilación de los funcionarios que reunían los requisitos de edad y antigüedad.

Diáfano leyó el memorando. Lo leyó una segunda vez. Lo archivó en la carpeta correspondiente y respondió por escrito en el plazo establecido que aceptaba iniciar el proceso.

Esa tarde fue al cubículo de Bravo Palencia y tocó el marco de la puerta.

—¿Tiene un momento, licenciado?

Bravo Palencia levantó la vista. —Claro. Pase.

Diáfano entró y se sentó. —Recibí la notificación de jubilación.

—Sí. —Bravo Palencia tenía en la expresión algo que no era exactamente incomodidad pero tampoco comodidad total. —Es el proceso normal para los funcionarios que reúnen los requisitos.

—Lo sé. Solo quería decirle en persona que acepto el proceso sin objeción.

Bravo Palencia lo miró. —¿Esperaba que pusiera objeción?

—No sé qué esperaba —dijo Diáfano, con una honestidad que no era sarcasmo—. Pero me parecía correcto decirlo en persona además de por escrito.

Bravo Palencia asintió. Luego dijo, con una naturalidad que Diáfano no esperaba:

—Viborilla, ¿puedo preguntarle algo?

—Adelante.

—Llevo dieciocho meses aquí. He revisado los expedientes del área desde que usted entró. —Hizo una pausa. —¿Por qué se quedó tanto tiempo?

—¿En la institución?

—Sí.

Diáfano lo pensó. —Porque era mi trabajo —dijo—. Y porque mientras uno puede hacer el trabajo bien, irse antes de tiempo es una forma de rendirse.

—¿Y ahora?

—Ahora el proceso normal me dice que es el momento. Lo acepto.

—¿Sin resentimiento?

—Sin resentimiento útil —dijo Diáfano—. Algo de resentimiento hay. Sería deshonesto negarlo. Pero el resentimiento sin utilidad práctica es un gasto de energía que prefiero invertir en otra parte.

Bravo Palencia lo miró con una expresión que Diáfano identificó como algo inusual en ese edificio: respeto genuino, sin los componentes habituales de conveniencia o cálculo.

—¿Qué va a hacer cuando se jubile? —dijo Bravo Palencia.

—Tengo un jardín —dijo Diáfano—. Y libros pendientes. Y nietos que empiezan a tener la edad en que los abuelos todavía son interesantes.

Bravo Palencia sonrió. Era la primera vez que Diáfano lo veía sonreír con algo distinto a la sonrisa profesional que usaba en las reuniones.

—Suenan bien —dijo.

—Sí —dijo Diáfano—. Creo que sí.

Se levantó para irse. Bravo Palencia lo detuvo con una frase dicha en voz baja, con el tono de quien entrega algo que ha guardado un tiempo.

—Viborilla, cuando llegué aquí pensé que un funcionario con su expediente era una anomalía. Alguien que el sistema había fallado en incorporar correctamente. —Hizo una pausa. —Ahora pienso que era al revés. Que el sistema falló en estar a la altura de lo que usted representaba. Y que esa es una diferencia importante.

Diáfano se quedó de pie junto a la puerta. No respondió de inmediato. Era la primera vez en treinta y cuatro años que alguien dentro de esa institución le decía algo así, sin que él lo hubiera pedido, sin que hubiera una conveniencia visible detrás.

—¿Por qué me dice esto ahora? —dijo finalmente.

—Porque creo que nunca lo escuchó de nadie aquí adentro —dijo Bravo Palencia—. Y me pareció que era justo decirlo.

—Lo aprecio —dijo Diáfano.

—¿Lo cree?

—Lo considero —dijo Diáfano—. Que es lo más honesto que puedo decir. Bravo Palencia asintió. Diáfano salió.

En el pasillo, camino al archivo, la institución seguía siendo lo que siempre había sido: el ruido de las impresoras, las voces en los cubículos, las puertas que se abrían y cerraban con la indiferencia de los lugares que existen independientemente de las personas que los habitan. Todo igual. Y sin embargo algo había cambiado, o algo había llegado que debía haber llegado antes y que ya no tenía remedio llegar tarde pero que de todas formas era mejor que no llegar.

Esa noche, en la cocina, Diáfano le contó la conversación a Refugio mientras comían.

—¿Y cómo te sentiste? —dijo Refugio.

—Raro —dijo Diáfano—. Como cuando uno espera algo durante mucho tiempo y cuando llega ya no sabe bien qué hacer con ello.

—¿Lo crees? ¿Lo que dijo?

—No sé si lo creo —dijo Diáfano—. Sé que lo dijo. Y que al decirlo hizo algo que nadie había hecho antes. —Hizo una pausa. —Eso tiene valor independientemente de si es completamente verdad.

—¿Y si lo es?

—Si lo es —dijo Diáfano, y se quedó pensando unos segundos con la cuchara suspendida sobre el plato—, entonces treinta y cuatro años no fueron solo una forma de no traicionarme a mí mismo. Fueron también algo que alguien más pudo ver. —Bajó la cuchara. —Eso cambia algo. No sé exactamente qué. Pero algo.

Refugio lo miró con la calma de quien sabe cuándo hablar y cuándo simplemente estar.

—Bien —dijo finalmente.

—¿Bien? —dijo Diáfano.

—Bien —repitió Refugio—. Ya era hora.

Diáfano la miró. Y sonrió. Era una sonrisa pequeña, de las que no necesitan explicación ni público, de las que ocurren en las cocinas a las nueve de la noche entre personas que llevan décadas construyendo el mismo idioma.

El último día en la secretaría fue en enero de 2026. Hubo pastel de cajeta, discursos, aplausos. Todo lo que se usa para despedir a alguien cuando no se sabe exactamente qué celebrar pero la costumbre indica que hay que celebrar algo.

Diáfano salió con sus cuatro cajas y el cactus llamado Procedimiento. Dejó la silla torcida. Cruzó el patio donde el busto de Juárez lo miraba con su expresión habitual. Puso las cajas en el Tsuru que arrancó a la primera.

Y manejó a casa.

Sin ruido. Sin ceremonia interior. Con la ciudad de enero a su alrededor y la sensación, nueva y todavía sin nombre preciso, de que algo había terminado exactamente como tenía que terminar.

O suficientemente parecido a eso como para que la diferencia, si la había, pudiera esperar al jardín y al cuaderno y a los sábados con Agripina para ser procesada con la honestidad de siempre.

Que era, al fin y al cabo, lo único que Diáfano Viborilla y Piernavieja había sabido hacer en este mundo.

Y que resultaba, a los sesenta y siete años, suficiente.

CAPÍTULO 11

El jardín o la filosofía del que cultivó lo suyo

Casa de Don Diáfano, Guanajuato capital, 2026

El jardín detrás de la casa de la colonia Presa de la Olla tenía, en el momento en que Diáfano Viborilla y Piernavieja se jubiló y comenzó a disponer de él por primera vez con tiempo ilimitado, las dimensiones precisas de lo que puede cultivarse con atención sostenida y presupuesto modesto durante veinte años: no era grande ni espectacular, pero era coherente consigo mismo, que es el tipo de coherencia más difícil de alcanzar en cualquier jardín y en cualquier vida.

Había tres rosales —el rojo, el amarillo, el blanco— que Diáfano había plantado el año que Benigno impermeabilizó el techo y que habían prosperado con la irregularidad honesta de las cosas vivas: el rojo era el más constante, el amarillo el más generoso en primavera, y el blanco el más difícil de mantener y el que producía flores con esa transparencia particular que justificaba el esfuerzo.

Había también un limonero que daba más limones de los que la casa podía consumir razonablemente, lo cual Diáfano había resuelto años atrás regalando las bolsas sobrantes a los vecinos con una regularidad que los vecinos habían terminado por incorporar a su economía doméstica sin que nadie lo nombrara formalmente como un servicio.

Había hierbas —epazote, cilantro, hierbabuena— en macetas de barro que Refugio usaba en la cocina y que Diáfano cuidaba porque le gustaba que las cosas que se cuidaban terminaran siendo útiles de maneras concretas y verificables. Y había, en el rincón más sombreado, una planta de bugambilia que había crecido sin que nadie la pidiera, instalada por las aves o el viento con la determinación de los huéspedes que llegan sin invitación y resultan mejores que los invitados.

La primera mañana después de su jubilación, Diáfano se levantó a las seis y cuarto como siempre —el cuerpo tiene sus propios reglamentos y los cumple con una fidelidad que ninguna institución habría podido exigirle— y salió al jardín con una taza de café. Estaba en enero.

El aire de Guanajuato a esa hora en enero tiene una calidad específica: frío sin ser hostil, quieto sin ser muerto, con el olor de la tierra y la piedra colonial mezclado de una manera que no produce nostalgia sino presencia. Diáfano se paró en el centro del jardín y lo miró durante varios minutos sin hacer nada, que era algo que en treinta y cuatro años de servicio público había tenido pocas ocasiones de practicar.

Refugio apareció en la puerta de la cocina con su propia taza.

—¿Qué haces? —dijo.

—Estoy mirando el jardín.

—Lo veo. ¿Por qué?

—Porque puedo —dijo Diáfano.

Refugio se apoyó en el marco de la puerta. Lo miró un momento. —¿Y cómo se siente?

—Raro —dijo Diáfano—. Pero de un modo que no es incómodo.

—¿Cómo sería un modo incómodo?

—Si sintiera que debería estar haciendo otra cosa. —Hizo una pausa. — Ahora mismo no siento eso.

—Bien —dijo Refugio—. ¿Desayunamos?

—En un rato —dijo Diáfano.

Se quedó en el jardín otros veinte minutos. Era la primera vez en décadas que no tenía ningún lugar donde ir a una hora específica, y la sensación no era alivio exactamente sino algo más neutro y más extraño: la ausencia de una presión tan antigua que su ausencia resultaba tan notable como su presencia.

Los primeros días establecieron un ritmo que no había planeado conscientemente pero que se instaló con la naturalidad de los ritmos que corresponden a quien uno es: levantarse temprano, el jardín con el café, el desayuno con Refugio, la mañana con libros o con los expedientes del cuaderno que había comenzado a llenar con notas que no tenían destinatario específico, la tarde libre para lo que llegara, la cena cuando Benigno o Amparo llamaban o cuando Gregorio pasaba de camino a su notaría.

El cuaderno era una libreta de pasta dura color vino que había comprado en la papelería de la esquina sin un propósito claro y que había terminado convirtiéndose en el lugar donde Diáfano escribía las cosas que necesitaba pensar en voz alta sin tener interlocutor disponible.

No era un diario en el sentido convencional —no registraba eventos sino reflexiones, no fechas sino ideas— y no tenía la pretensión de ser literatura. Era, en los términos más precisos disponibles, un instrumento de análisis aplicado a la única institución que Diáfano no había podido analizar con suficiente distancia durante treinta y cuatro años: él mismo.

Una tarde de febrero, sentado en el jardín con el cuaderno en las rodillas y el rosal blanco frente a él produciendo sus flores de transparencia improbable, escribió la pregunta que llevaba meses formulándose sin encontrar la manera de escribirla:

¿Valió la pena?

La miró durante un momento. Luego escribió debajo:

Definir: ¿valió la pena para quién? ¿Valió la pena en qué sentido? ¿Valió la pena comparado con qué alternativa?

Era su manera de trabajar: antes de responder una pregunta, verificar que la pregunta estaba bien formulada. El hábito de treinta y cuatro años de análisis presupuestal había producido en él una relación con las preguntas que empezaba siempre por el mismo punto: la definición de términos. Porque las preguntas mal formuladas producen respuestas correctas a preguntas equivocadas, lo cual es peor que no tener respuesta.

Refugio salió al jardín con dos tazas de té y se sentó en la silla de al lado. Miró el cuaderno sin leerlo, porque esa era su manera de respetar los procesos de Diáfano: estar presente sin interferir.

—¿Qué escribes? —dijo.

—Intento responder una pregunta.

—¿Cuál?

—Si valió la pena.

Refugio tomó su té. —¿Y?

—Estoy en la parte donde defino la pregunta antes de responderla.

—¿Cuánto tiempo te va a tomar eso?

—No lo sé —dijo Diáfano—. Depende de qué tan bien esté formulada la pregunta.

Refugio lo miró con la paciencia de quien ha convivido décadas con una manera de pensar que no es la suya pero que ha aprendido a reconocer como genuina.

—¿Te puedo hacer una observación? —dijo.

—Siempre.

—La pregunta de si valió la pena tiene trampa.

—¿Qué trampa?

—Que asume que hay una alternativa con la que comparar. Una versión de ti que vivió diferente y contra la que puedes medir esta versión. —Hizo una pausa. —Pero esa versión no existe. Nunca existió. Así que la comparación es con una ficción.

Diáfano consideró esto. —Técnicamente sí existió como posibilidad —dijo—. En el capítulo de la cena con Macedonio en León, tuve quince segundos en que esa versión estuvo disponible.

—¿Y?

—Y elegí no tomarla. Pero estuvo disponible.

—Sí —dijo Refugio—. Y la elegiste o no la elegiste en función de quien eras en ese momento. No en función de un cálculo abstracto de costos y beneficios. —Tomó su té. —Así que la pregunta no es si valió la pena en términos generales. La pregunta es si tú, siendo quien eres, podrías haber vivido de otra manera. Y a esa pregunta ya sabes la respuesta.

—¿Cuál es?

—No —dijo Refugio—. No podrías. Y lo sabemos los dos.

Diáfano escribió esto en el cuaderno. No las palabras exactas de Refugio sino la conclusión que ella le estaba dando: *La pregunta correcta no es si valió la pena. Es si podría haber sido de otro modo. Y no podría.*

—¿Y eso es suficiente? —dijo Diáfano.

—¿Suficiente para qué?

—Para cerrar la cuenta.

Refugio lo miró. —Diáfano, la cuenta no se cierra. La cuenta sigue abierta hasta el final. Lo que cambia es que a cierta edad uno deja de necesitar que se cierre para poder vivir con ella.

—¿Tú ya llegaste a esa edad?

—Creo que sí —dijo Refugio—. Hace algunos años.

—¿Y yo?

—Tú estás llegando —dijo ella—. Por eso escribes en el cuaderno.

Diáfano lo consideró. Era una de las respuestas más precisas que Refugio le había dado en cuarenta y un años de conocerse y treinta y

ocho de vivir juntos, y eso era mucho decir porque las respuestas precisas de Refugio formaban un catálogo considerable.

Los meses siguientes establecieron una rutina que tenía el carácter específico de las rutinas que no se diseñan sino que se descubren: el jardín, los libros, el cuaderno, los hijos en rotación irregular pero constante, los nietos de Gregorio que llegaban los sábados con la energía específica de los niños de cuatro y seis años para quienes el jardín de los abuelos es un territorio de exploración ilimitada.

La hija mayor de Gregorio, que tenía seis años y se llamaba Agripina como la bisabuela —decisión de Gregorio que Diáfano había recibido sin decir nada pero con una emoción que Refugio había notado y señalado con un gesto discreto—, era la que más se quedaba en el jardín. Tenía el hábito de sentarse junto a los rosales y hacerle preguntas a Diáfano sobre las plantas con la seriedad de quien investiga.

Un sábado de abril, Agripina estaba examinando el rosal blanco con la concentración de un entomólogo cuando preguntó, sin levantar la vista:

—Abuelo, ¿por qué este rosal es más difícil que los otros?

—Porque necesita más cuidado —dijo Diáfano.

—¿Por qué necesita más cuidado?

—Porque es más delicado. Las flores que más cuestan son las que más valen.

Agripina lo pensó. —¿Y si se muere aunque lo cuides?

—Entonces plantamos otro —dijo Diáfano.

—¿Y el que se murió?

—El que se murió estuvo mientras estuvo. Eso también cuenta.

Agripina lo miró por primera vez desde que había empezado la conversación. Tenía los ojos de Gregorio, que eran los ojos de Diáfano, y en ellos había esa mezcla de curiosidad y seriedad que Diáfano reconocía como algo suyo transmitido de maneras que ningún libro de genética habría podido predecir con precisión.

—¿Eso es filosofía? —dijo Agripina.

—¿Dónde aprendiste esa palabra? —dijo Diáfano.

—En la escuela. La maestra dijo que la filosofía es pensar sobre las cosas importantes.

—Entonces sí —dijo Diáfano—. Es filosofía de jardín.

Agripina asintió con la seriedad de quien archiva un concepto nuevo en el lugar correcto.

—¿Me enseñas filosofía de jardín? —dijo.

—Los sábados —dijo Diáfano—. Si vienes.

—Vengo todos los sábados —dijo Agripina, con la certeza de los seis años.

Y vino. Todos los sábados de ese año y los siguientes. Y Diáfano le enseñó las cosas que se enseñan en un jardín a alguien que todavía tiene tiempo de aprenderlas: que las plantas necesitan agua pero no demasiada, que la tierra tiene que respirar, que las plagas hay que atenderlas pronto antes de que se extiendan, y que algunas plantas crecen mejor si las podan cuando uno preferiría no hacerlo. Cosas que eran verdad en el jardín y en otros lugares también, aunque Diáfano nunca lo dijo explícitamente porque los seis años no necesitan la alegoría para que la verdad funcione.

En junio recibió una llamada de Ignacio Bravo Palencia.

—Viborilla, espero no molestarlo.

—No molesta, licenciado. ¿En qué le puedo servir?

—Tenemos una auditoría externa en agosto. Los auditores van a necesitar contexto sobre los expedientes de Egresos Corrientes del período 2000-2010. Su área de especialización. —Una pausa. —¿Estaría dispuesto a colaborar como asesor externo? Hay una contraprestación razonable.

Diáfano lo pensó. —¿Cuántos días?

—Probablemente cuatro o cinco. Depende de las preguntas que tengan.

—De acuerdo —dijo Diáfano.

—¿No necesita consultarlo con nadie?

—No —dijo Diáfano—. Es trabajo que conozco y que puedo hacer bien. Eso es suficiente para decidir.

Bravo Palencia hizo una pausa breve. —Viborilla, ¿puedo decirle algo fuera del tema de la auditoría?

—Adelante.

—Cuando llegué a esa secretaría pensé que un funcionario con su expediente era una anomalía. Alguien que el sistema había fallado en incorporar correctamente. —Otra pausa. —Ahora pienso que era al revés. Que el sistema falló en estar a la altura de lo que usted representaba. Y que esa es una diferencia importante.

Diáfano no respondió de inmediato.

—¿Por qué me dice eso? —dijo finalmente.

—Porque creo que usted nunca lo escuchó de nadie dentro de la institución —dijo Bravo Palencia—. Y me pareció que era justo decirlo antes de pedirle un favor.

—Lo aprecio —dijo Diáfano.

—¿Lo cree?

—Lo considero —dijo Diáfano—. Que es lo honesto que puedo decir.

Esa tarde, en el jardín, anotó en el cuaderno la conversación con Bravo Palencia. No completa sino la esencia: *Primera vez que alguien dentro de la institución dice, en voz alta y sin que yo lo haya pedido, que el sistema falló en estar a la altura. No sé si cambia algo. Pero es un dato nuevo.*

Luego miró el rosal blanco, que en junio producía sus flores de transparencia improbable con la misma indiferencia a las circunstancias que caracterizaba a las cosas que simplemente hacen lo que hacen.

—¿Qué anotas? —dijo Refugio desde la puerta.

—Un dato nuevo —dijo Diáfano.

—¿Bueno o malo?

—Interesante —dijo Diáfano—. Que a estas alturas es casi lo mismo que bueno.

Refugio se rio. Era una risa corta y genuina, de las que tenían décadas de historia detrás.

—Ven a cenar —dijo.

—Ya voy —dijo Diáfano.

Cerró el cuaderno. Lo dejó en la silla. Se quedó un momento más en el jardín, con el aire de junio en Guanajuato que era más suave que el de enero pero igualmente honesto, mirando el jardín que había cultivado durante veinte años con atención sostenida y presupuesto modesto y que era, en todos los sentidos verificables, exactamente lo que había querido que fuera.

No perfecto. No espectacular. Coherente consigo mismo.

Como él.

O al menos eso era lo que el cuaderno, con sus preguntas sin respuesta definitiva y sus datos nuevos y su filosofía de jardín practicada los sábados con una niña de seis años que se llamaba como su abuela, iba construyendo con la paciencia de quien sabe que las respuestas importantes no llegan de una vez sino de a poco, como las flores del rosal blanco: una por una, cuando están listas, sin que nadie pueda apresurarlas.

CAPÍTULO 12

La pregunta final o un hombre que no se arrepiente pero tampoco está seguro

Guanajuato capital, diciembre de 2026

Hay conversaciones que se posponen durante años no porque nadie quiera tenerlas sino porque ambas partes saben, con la intuición de quienes se conocen bien, que tendrán que ser completas o no serán

nada, y que ser completas requiere un momento que todavía no ha llegado.

Entre Diáfano Viborilla y Piernavieja y su hijo Benigno existía una de esas conversaciones desde aquella noche de 2010 en que Benigno le había dicho que las virtudes absolutas también tienen víctimas colaterales y Diáfano había respondido que sí tenía razón y que lo cargaba.

La habían continuado en fragmentos irregulares durante los años siguientes: un comentario sobre la mesa dominical, una pregunta que se respondía a medias, una mirada que reconocía lo que no se decía. Pero la conversación completa, la que ninguno de los dos había tenido todavía, esperaba con la paciencia de las cosas importantes que no tienen prisa porque saben que llegarán cuando sean necesarias.

Llegó en diciembre de 2026.

Benigno apareció un sábado por la tarde sin avisar, lo cual era inusual en él, que era hombre de agenda y de plazos. Llegó solo —sin su esposa, sin sus dos hijos— con una botella de mezcal de Oaxaca en una mano y una expresión que Diáfano leyó desde la ventana antes de que tocara el timbre: la de quien ha decidido algo y ha venido a cumplirlo antes de cambiar de opinión.

Refugio los recibió, vio la expresión de los dos, sirvió dos vasos y dijo que iba a casa de Amparo a ver a los nietos, lo cual era una forma elegante de decir que esa conversación no la necesitaba como testigo porque llevaba décadas siendo testigo de sus variantes previas y sabía cuándo los hombres necesitan el espacio sin ella.

Se quedaron solos en la sala.

Benigno sirvió el mezcal. Empujó un vaso hacia su padre.

—¿Tomas mezcal ahora? —dijo Diáfano.

—Desde hace unos años. —Benigno tomó el suyo. —Tú no tomabas nada cuando yo era chico.

—Tampoco ahora —dijo Diáfano—. Pero hoy sí.

Tomó el vaso. Lo olió con la curiosidad del que prueba algo poco familiar. Bebió un sorbo pequeño y lo dejó sobre la mesa con la expresión de quien registra una sensación sin haber decidido todavía qué hacer con ella.

—¿Por qué viniste hoy? —dijo Diáfano.

—Porque llevo semanas pensando en algo y si no lo digo se me va a quedar dentro y eso no me sirve.

—¿Qué cosa?

Benigno giró el vaso entre los dedos. Era un gesto que Diáfano reconoció: lo mismo que él hacía con el lápiz cuando ordenaba los pensamientos antes de hablar.

—Quiero pedirte perdón —dijo Benigno.

Diáfano lo miró. —¿Por qué?

—Por lo que te dije en 2010. Lo de las víctimas colaterales. —Hizo una pausa. —No porque fuera mentira. Era verdad. Pero lo dije con una dureza que no era justa.

—Fue justo —dijo Diáfano—. Y lo recibí como justo en ese momento.

—Puede ser que fuera justo —dijo Benigno—. Pero llevaba años acumulándolo y lo solté todo de golpe y eso no estuvo bien. Había una mejor manera de decirlo.

—¿Y cuál era?

Benigno lo pensó. —Esta —dijo—. Sentados. Con mezcal. Sin que nadie estuviera enojado.

Diáfano miró el vaso. —Nadie estaba enojado en 2010 tampoco.

—Yo sí estaba —dijo Benigno—. Un poco. No contigo. Con la situación. —Hizo una pausa larga. —Es difícil ser el hijo de un hombre íntegro, papá. No porque sea malo. Sino porque es un estándar muy alto y uno no sabe si está a la altura o si simplemente está eligiendo ser cómodo.

Diáfano lo miró. —¿Y eso te preocupa? ¿Estar eligiendo ser cómodo?

—Me ha preocupado durante años —dijo Benigno—. Tú nunca transaste. Yo trabajo en el sector privado, gano bien, y a veces hay situaciones donde uno tiene que decidir hasta dónde llega. Y yo no siempre llego tan lejos como tú llegabas. —Tomó el mezcal. —No sé si eso me hace menos que tú o simplemente diferente.

—Te hace diferente —dijo Diáfano, sin dudar.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque menos implicaría que hay una medida única. Y no la hay. —Diáfano recogió el vaso, lo sostuvo sin beber. —Benigno, yo no soy un modelo. Soy un caso particular. Lo que hice fue lo único que podía hacer siendo quien soy. Tú eres otro. Y lo que tú puedas hacer siendo quién eres no tiene por qué parecerse a lo que yo hice.

—¿Y si no llego a donde llegaste?

—¿A dónde llegué yo?

—A no transar nunca.

—Llegué a donde mi naturaleza me permitía llegar —dijo Diáfano—. No fue heroísmo. Ya lo sé. Fue incapacidad de ser otro. —Hizo una pausa. —La pregunta correcta no es si llegas a donde yo llegué. Es si llegas a donde tú puedes llegar siendo honesto contigo mismo. Eso es diferente para cada persona.

Benigno lo miró durante un momento. —¿Cuándo aprendiste a hablar así?

—Tengo un jardín y un cuaderno y mucho tiempo —dijo Diáfano.

Benigno se rio. Era la risa de él, corta y directa, que Diáfano había escuchado desde que era un niño con demasiadas preguntas y no suficiente paciencia para esperar las respuestas.

—Papá —dijo Benigno, con un tono que era distinto al de los últimos minutos, más directo todavía, más parecido al de 2010 pero sin la dureza—, quiero preguntarte algo y quiero que me respondas de verdad. No la respuesta filosófica. La real.

—Son la misma —dijo Diáfano.

—No siempre.

—Esta vez sí. Pregunta.

Benigno dejó el vaso. —¿Fuiste feliz?

El silencio fue largo. Afuera, en el jardín que ya estaba oscuro a las seis de la tarde de diciembre, el rosal blanco existía sin que nadie lo viera, que era también su manera de existir la mayor parte del tiempo.

—Esa pregunta me la hizo tu madre hace algunos años —dijo Diáfano.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no lo sabía exactamente.

—¿Y ahora?

Diáfano lo pensó con la honestidad con que pensaba las cosas en el cuaderno, sin la presión de producir una respuesta que satisficiera a nadie.

—Creo que fui algo que se parece mucho a la felicidad en los momentos que importaban —dijo—. Tu madre. Ustedes tres. El trabajo cuando el trabajo era lo que debía ser. El jardín. —Hizo una pausa. —¿Es eso felicidad? No lo sé con certeza. Pero es lo que tengo y no lo cambiaría.

—¿Ni siquiera la parte de la secretaría?

—Ni siquiera esa —dijo Diáfano—. Porque si la cambio, cambio todo lo demás también. No se puede elegir solo las partes cómodas de una manera de ser.

Benigno asintió despacio. —¿Y si te pregunto si valió la pena?

—Ya trabajé esa pregunta en el cuaderno —dijo Diáfano.

—¿Y qué concluiste?

—Que es la pregunta equivocada.

—¿Por qué?

—Porque asume que había una alternativa real. Y no la había. No para mí. —Diáfano miró el vaso de mezcal que todavía tenía casi lleno. —La pregunta correcta es si podría haber sido de otro modo. Y la respuesta es no. Y eso no me hace mejor que nadie. Solo me hace lo que soy.

—¿Y eso es suficiente?

—Para vivir, sí —dijo Diáfano—. Para dormir bien, también. —Una pausa. —Para haber dado a mi familia todo lo que merecía, no sé. Eso es lo que no puedo responder sin mentir.

Benigno lo miró. En sus ojos había algo que Diáfano tardó un momento en identificar porque no lo había visto con esa claridad antes: no era admiración, que era lo que había esperado siempre que Benigno lo mirara y que nunca había llegado del todo en los términos que imaginaba. Era algo más difícil de nombrar y más valioso: reconocimiento. El reconocimiento de quien finalmente ve a otro como es, sin el filtro de lo que esperaba que fuera.

—Papá —dijo Benigno—, nosotros tuvimos lo que necesitábamos. No siempre lo que queríamos. Pero lo que necesitábamos, sí. Y lo que necesitábamos incluía tenerte a ti siendo como eres. —Hizo una pausa. —Eso tardé mucho en entenderlo. Pero lo entiendo.

—¿Lo entiendes o lo dices? —preguntó Diáfano, con la misma distinción que Refugio le había hecho a él años atrás y que se había vuelto parte del idioma familiar.

Benigno lo pensó. —Hoy lo entiendo —dijo—. No puedo prometerle que siempre lo voy a entender. Pero hoy sí.

—Hoy es suficiente —dijo Diáfano.

Llenó el vaso de Benigno. Luego levantó el suyo propio, que seguía casi lleno, y lo sostuvo en el aire con el gesto un poco torpe del que no está acostumbrado a brindar.

—¿Por qué brindamos? —dijo Benigno.

Diáfano lo pensó.

—Por lo que fue —dijo—. Que no fue perfecto pero fue real.

Benigno levantó su vaso. —Por lo que fue.

Bebieron. El mezcal era bueno. Diáfano no tenía la referencia suficiente para saber exactamente cuánto de bueno, pero le bastó para reconocer que sí lo era, y eso era suficiente.

Estuvieron en silencio durante un rato que no era incómodo sino del tipo que existe entre personas que acaban de decir algo que llevaban tiempo sin decir y necesitan que el silencio lo asiente antes de seguir.

Fue Benigno quien habló primero.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo.

—Tengo el jardín —dijo Diáfano—. Y el cuaderno. Y los sábados con Agripina.

—¿Qué hacen los sábados?

—Filosofía de jardín.

Benigno lo miró. —¿Qué es eso?

—Lo que se aprende cuidando plantas y pensando al mismo tiempo —dijo Diáfano—. Ella tiene seis años y hace preguntas que yo no había pensado en esos términos.

—¿Cómo cuáles?

—La semana pasada me preguntó si las plantas saben que las cuidan.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no lo sé. Pero que eso no cambia que haya que cuidarlas.

Benigno lo miró un momento. Luego negó con la cabeza con la expresión de quien acaba de recibir una respuesta que es completamente de su padre y que por eso mismo es perfecta e insatisfactoria al mismo tiempo.

—Eres incorregible —dijo.

—A los sesenta y siete años ya no tiene remedio —dijo Diáfano.

Benigno se rió. Diáfano también. Era una risa que los dos compartían con la naturalidad de las cosas que han tardado mucho en llegar y que cuando llegan parecen haber estado siempre ahí.

Refugio volvió a las ocho. Los encontró en la sala con la botella de mezcal sobre la mesa —considerablemente más vacía que al principio— y una conversación sobre los Panzas Verdes que era, en la superficie, sobre futbol, y en el fondo sobre todas las cosas que ya no necesitaban decirse porque se habían dicho.

—¿Comemos? —dijo Refugio desde la puerta.

—Sí —dijeron los dos al mismo tiempo.

Refugio los miró a uno y al otro. Algo en su expresión indicaba que había visto lo que necesitaba ver sin necesitar que nadie se lo explicara, que era también su manera habitual de entender las cosas importantes.

—Bien —dijo, y fue a la cocina.

Cenaron los tres esa noche con la televisión apagada y una conversación que fue de los nietos a los rosales al trabajo de Benigno a los libros que Diáfano había estado leyendo, con la fluidez específica de las conversaciones entre personas que finalmente han dicho lo que tenían que decirse y pueden hablar de cualquier otra cosa sin que pese lo que no se ha dicho.

Cuando Benigno se fue, cerca de las diez, se despidió de su padre en la puerta con un abrazo que duró más de lo habitual, que era también la forma en que los hombres de esa familia decían las cosas que no terminaban de decir con palabras.

Diáfano lo vio alejarse por la calle oscura de la colonia Presa de la Olla, con el faro del coche de Benigno desapareciendo en la curva, y se quedó un momento en la puerta con el frío de diciembre en Guanajuato que era directo y limpio como la luz de enero pero más oscuro, más definitivo.

Refugio se asomó desde adentro. —¿Vienes?

—Ya voy —dijo Diáfano.

Cerró la puerta. Pasó por el jardín, que estaba oscuro pero que él conocía de memoria: el rosal rojo a la izquierda, el amarillo al centro, el blanco en el rincón más difícil. El limonero. La bugambilia que había llegado sin invitación y se había quedado. Todo en su lugar, todo creciendo con la indiferencia honesta de las cosas que simplemente hacen lo que hacen.

Entró a la casa. Se sentó a la mesa de la cocina donde Refugio estaba lavando los últimos vasos.

—¿Cómo estuvo? —dijo Refugio.

—Bien —dijo Diáfano.

—¿Bien de verdad?

—Bien de verdad —dijo Diáfano. Y luego, porque Refugio merecía la versión completa: —Benigno me pidió perdón. Yo le expliqué que no tenía por qué. Él me preguntó si fui feliz. Yo le dije lo más honesto que pude. Y al final brindamos con mezcal por lo que fue.

Refugio dejó el último vaso en su lugar. Se volteó.

—¿Y? —dijo.

—Y creo que ya —dijo Diáfano.

—¿Ya qué?

—Ya lo que tenía que ser —dijo Diáfano—. No perfecto. No resuelto del todo. Pero ya.

Refugio lo miró durante un momento largo. Luego apagó la luz sobre el fregadero, dejando solo la luz pequeña de la campana de la estufa que siempre quedaba encendida, y se sentó frente a él en la penumbra cálida de la cocina de siempre.

—Diáfano —dijo.

—¿Qué?

—Llevas sesenta y siete años siendo exactamente quien eres. Sin doblar. Sin ceder en lo que no podías ceder. Con todo lo que eso costó. —Hizo una pausa. —Eso merece algo más que un cuaderno y una pregunta sin respuesta definitiva.

—¿Qué merece?

Refugio lo miró con la mirada de siempre, la que llevaba décadas siendo la más honesta y la más segura que él conocía.

—Merece que puedas mirarte sin preguntarte si estuvo bien —dijo—. Porque estuvo bien. No perfectamente bien. Pero bien.

Diáfano no respondió de inmediato. Miró la mesa, que era la misma de siempre, con el mismo hule floreado que Refugio renovaba cada dos años porque decía que una mesa de cocina necesita dignidad aunque

nadie más la vea. Miró sus manos sobre esa mesa: las manos de un hombre de sesenta y siete años que había pasado treinta y cuatro firmando dictámenes en un cubículo sin ventana y los últimos once meses podando rosales y escribiendo en un cuaderno de pasta vino.

—¿Tú lo crees? —dijo.

—Sí —dijo Refugio.

—¿Sin reservas?

—Con todas las reservas del mundo —dijo Refugio—. Pero sí.

Diáfano asintió una vez. Era el asentimiento de quien recibe algo que no había pedido y que de todas formas era exactamente lo que necesitaba, aunque tampoco eso lo dijera en voz alta porque ciertas cosas en esa familia se entendían sin decirse y eso también, reconoció Diáfano en silencio, era una forma de integridad: la de los gestos que no necesitan palabras para ser reales.

Se levantó. Apagó la luz de la campana. Y se fueron a dormir.

Afuera, en el jardín oscuro, el rosal blanco existía con la misma indiferencia honesta de siempre, produciendo sus flores de transparencia improbable para nadie en particular, en diciembre, en Guanajuato, en el jardín de un hombre que había intentado hacer bien su trabajo durante sesenta y siete años y que esa noche, por primera vez en mucho tiempo, se iba a dormir sin la urgencia de saber con certeza si había valido la pena.

Porque algunas preguntas no necesitan respuesta para dejar de doler.

Solo necesitan tiempo. Y honestidad. Y alguien que te mire y diga que estuvo bien, con todas las reservas del mundo.

Pero sí.

EPÍLOGO

Lo que queda

Guanajuato capital, 2027

Un año después.

La Secretaría de Finanzas y Administración del gobierno de Guanajuato tuvo, entre marzo y noviembre de 2027, dos escándalos de corrupción documentados que los periódicos locales cubrieron con la energía específica de las noticias que sorprenden a todos menos a quienes llevan tiempo dentro del sistema y a quienes llevan tiempo observándolo desde afuera.

El primero involucró un esquema de facturación con proveedores de servicios que cualquier analista honesto de Egresos Corrientes habría detectado revisando los números sin apartar la vista. El segundo fue

más complejo en su estructura pero igualmente visible para quien quisiera ver.

Ignacio Bravo Palencia inició los procesos de investigación correspondientes con una eficiencia que sorprendió a algunos y que a otros les pareció excesiva. Nadie preguntó por Diáfano Viborilla en relación con ninguno de los dos casos. Era lógico: ya no estaba ahí.

Lo que había hecho durante treinta y cuatro años no había dejado nombre en los titulares ni huella en los organigramas. Había dejado, en cambio, expedientes perfectamente archivados que ahora los auditores revisaban con gratitud práctica y sin saber exactamente a quién agradecerse.

Diáfano se enteró del primero por el periódico un martes de abril, mientras tomaba el café de las seis y cuarto en el jardín. Leyó la nota dos veces. Luego dejó el periódico en la silla y se quedó mirando el rosal blanco, que en abril producía sus flores con la generosidad específica de la primavera, que es la estación en que incluso las plantas difíciles deciden ser pródigas.

Refugio salió con su taza.

—¿Qué lees?

—Lo de la secretaría.

Refugio se sentó. Tomó el periódico. Lo leyó. Lo dejó sobre la mesa sin decir nada durante un momento.

—¿Cómo te sientes? —dijo finalmente.

—Como alguien que sabía que esto iba a pasar —dijo Diáfano—. No porque sea adivino. Sino porque las cosas que no se atienden se acumulan hasta que no caben.

—¿Y? ¿Rabia? ¿Satisfacción?

Diáfano lo pensó con honestidad. —Ninguna de las dos —dijo—. Algo más parecido a la confirmación de un diagnóstico que uno esperaba aunque no deseara.

—¿No sientes que en algo eres responsable de que no pasara antes? Por la denuncia de 2005.

—La denuncia de 2005 se procesó como se pudo procesar —dijo Diáfano—. Los resultados fueron los que fueron. —Hizo una pausa. —No soy responsable de los resultados del sistema. Soy responsable de lo que hice dentro de él.

—¿Y eso es suficiente?

—Para mi conciencia, sí —dijo Diáfano—. Para el sistema, claramente no fue suficiente. Pero no puedo ser responsable de lo que el sistema hace con lo que uno le da.

Refugio lo miró. —¿Lo crees?

—Lo creo y lo cargo al mismo tiempo —dijo Diáfano—. Que no es contradictorio. Es simplemente honesto.

Refugio tomó su café. Afuera, en la calle, el barrio de la Presa de la Olla comenzaba su mañana con el sonido de los perros y los coches y el pregón del camión de la leña que pasaba los martes con una regularidad que era uno de los ritmos más confiables del vecindario. Vida ordinaria, indiferente a los escándalos y a los expedientes y a las preguntas filosóficas sobre la integridad y sus costos.

—Diáfano —dijo Refugio.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo él. Y esta vez no necesitó agregar nada para que fuera completamente verdad.

Los domingos, los hijos venían. No siempre los tres juntos —las agendas de los adultos tienen su propia lógica y no siempre coinciden— pero con suficiente regularidad como para que la mesa de la cocina, que Refugio tendía con el hule floreado de siempre, tuviera casi siempre más de dos personas alrededor.

Gregorio llegaba con su esposa y con Agripina y con el hermano menor de Agripina, que tenía cuatro años y se llamaba Gregorio como el bisabuelo y como el padre, lo cual establecía una cadena nominal que a Diáfano le producía una satisfacción que no sabía del todo cómo nombrar pero que reconocía como genuina.

Amparo llegaba sola o con alguna amiga de la secundaria donde enseñaba, con la facilidad de quien no necesita protocolo para estar en casa de sus padres. Benigno llegaba con su familia —su esposa Valentina, sus dos hijos adolescentes que tenían la energía específica de los catorce y dieciséis años— y a veces sin anuncio previo, como en diciembre, lo cual ya no era inusual sino simplemente su manera de aparecer cuando tenía algo que decir o simplemente cuando quería estar.

Los domingos tenían una textura que Diáfano había aprendido a reconocer como uno de los bienes más concretos de su vida actual: no eran perfectos —había roces y opiniones distintas y el ruido de demasiadas personas en una casa que no era grande— pero eran reales, y la realidad, había aprendido con los años, vale más que cualquier versión idealizada de las mismas cosas.

Un domingo de junio, mientras los demás estaban en la sala y Diáfano recogía la mesa con Amparo, su hija le dijo sin preámbulo, como era su costumbre:

—Papá, ¿sabes que mis alumnos te conocen?

Diáfano la miró. —¿Cómo?

—Les hablo de ti en clase. Cuando enseño ética cívica. —Amparo apilaba platos con la eficiencia de quien ha recogido mesas durante décadas. — Les cuento la historia de un funcionario que hizo su trabajo bien durante treinta y cuatro años aunque el sistema no se lo reconociera. No digo tu nombre. Pero les cuento la historia.

—¿Y qué dicen?

—Depende del grupo —dijo Amparo—. Los hay que dicen que fue un tonto. Los hay que preguntan si de verdad existe alguien así. Y los hay, los menos, que dicen que ojalá hubiera más gente así.

Diáfano siguió recogiendo la mesa. —¿Y tú qué les dices cuando preguntan si de verdad existe alguien así?

—Que sí existe —dijo Amparo—. Que lo conozco. Y que es más complicado de lo que parece desde afuera.

—¿Complicado cómo?

—Complicado en el sentido de que no es fácil ni para él ni para los que lo rodean —dijo Amparo—. Pero que eso no lo hace menos real ni menos valioso. Solo más humano.

Diáfano llevó los platos a la cocina. Los dejó junto al fregadero. Se quedó un momento de espaldas a la puerta, mirando la ventana pequeña que daba al jardín donde el limonero producía sus limones con la generosidad excesiva de siempre.

—¿Tú crees que fue lo correcto? —dijo, sin voltearse.

Amparo entró con los vasos. Los dejó junto a los platos.

—Sí —dijo—. Con todas las complicaciones. Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres tú —dijo Amparo, con la sencillez de las respuestas que no necesitan elaboración—. Y ser tú, siendo como eres, es lo correcto para ti. Y nosotros necesitábamos un padre que fuera exactamente él mismo. Aunque a veces costara.

Diáfano se volteó. La miró. Amparo le sostuvo la mirada con la calma que había heredado de Refugio y que en ella producía esa tranquilidad específica de la persona que dice lo que piensa sin necesitar que el otro lo acepte completamente.

—Gracias —dijo Diáfano.

—No hay de qué —dijo Amparo. Y fue a la sala sin añadir nada más, que era también su manera.

El cuaderno de pasta vino llegó a su tercera libreta en el otoño de 2027. No porque Diáfano escribiera mucho —escribía despacio, con la misma precisión con que había firmado los dictámenes— sino porque las preguntas que había empezado a hacerse en la primera libreta habían generado otras preguntas, que habían generado otras, con la fecundidad

específica de las preguntas que se hacen honestamente: nunca producen respuestas definitivas sino territorios nuevos que explorar.

La pregunta de la tercera libreta, la que aparecía escrita en la primera página con la letra ordenada y sin adornos que era la misma desde los cuadernos de la universidad, era:

¿Qué es lo que queda cuando ya no queda nada que demostrar?

No la había respondido todavía. Pero la pregunta en sí le parecía, cada vez que la releía, más interesante que cualquier respuesta que pudiera escribir debajo.

Los sábados, Agripina seguía viniendo. Tenía ya siete años y había incorporado la filosofía de jardín con la naturalidad con que los niños incorporan las cosas que les enseñan personas que se toman en serio lo que enseñan. Sabía distinguir las plantas que necesitaban más agua de las que necesitaban menos. Sabía que las plagas hay que atenderlas pronto. Y sabía, con la certeza que solo tienen los siete años para ciertas verdades, que el rosal blanco era el más difícil y el más valioso y que eso era lo mismo.

Un sábado de octubre llegó con una pregunta nueva.

—Abuelo, ¿tú eres bueno?

Diáfano dejó la tijera de podar. La miró.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque en la escuela dijeron que ser bueno es hacer lo correcto. Y yo le pregunté a mamá si tú siempre haces lo correcto y ella dijo que casi siempre. Y yo quiero saber si casi siempre es suficiente para ser bueno.

Diáfano consideró la pregunta con la seriedad que merecía, que era considerable.

—¿Qué crees tú? —dijo.

Agripina lo pensó. —Creo que sí —dijo—. Porque nadie puede hacer lo correcto siempre. Y si no puedes ser bueno con casi siempre, entonces nadie puede ser bueno.

—Eso es muy buen razonamiento —dijo Diáfano.

—¿Entonces eres bueno?

—Casi siempre —dijo Diáfano—. Que es lo más honesto que puedo decir.

Agripina asintió con la seriedad de los siete años. —Yo creo que sí eres bueno —dijo—. Aunque no siempre.

—Gracias —dijo Diáfano.

—De nada —dijo Agripina, y volvió a examinar el rosal blanco con la concentración del entomólogo que era su postura habitual en el jardín.

Diáfano recogió la tijera de podar. Siguió con el rosal rojo, que necesitaba atención en los tallos laterales. Trabajó en silencio durante un

rato con el sol de octubre en Guanajuato sobre la cabeza, que era un sol que ya no quemaba sino que acompañaba, tibio y sin pretensiones.

Refugio asomó desde la puerta de la cocina.

—¿Comemos?

—Ya vamos —dijo Diáfano.

—Ya vamos —repitió Agripina, sin levantar la vista del rosal.

Diáfano la miró. Tenía siete años y el nombre de su bisabuela y la costumbre de hacer preguntas que no tenían respuestas fáciles y de aceptar las respuestas honradas con la misma naturalidad con que aceptaba todo lo demás. Era, pensó Diáfano, exactamente el tipo de persona que el mundo necesitaba más y producía con menos frecuencia de la conveniente.

Dejó la tijera de podar en su lugar. Se quitó los guantes. Le tendió la mano a Agripina.

—Vámonos a comer.

Agripina tomó su mano. Entraron juntos a la casa.

Afuera, en el jardín de octubre, el rosal blanco seguía siendo el más difícil y el más valioso. El limonero seguía produciendo más limones de los necesarios. La bugambilia seguía siendo el huésped que nadie invitó y nadie se arrepintió de tener.

Y en algún cajón de la secretaría que Diáfano había dejado once meses atrás, perfectamente archivados en carpetas que nadie había pedido que ordenara con esa precisión y que de todas formas estaban ordenados así, dormían treinta y cuatro años de trabajo impecable, cero observaciones de contraloría, y una silla torcida en el tercer piso que alguien había enderezado ya sin saber por qué estaba torcida ni quién la había torcido ni qué significaba.

Lo cual era, al fin y al cabo, el destino natural de las cosas que se hacen bien en silencio: no dejar un monumento sino una ausencia ordenada. Un espacio donde algo estuvo y donde lo que estuvo, aunque nadie lo nombrara, había hecho la diferencia que hace todo lo que existe con integridad en un mundo que preferiría que no existiera.

Pequeña. Invisible para la mayoría. Pero real.

Y suficiente.

Siempre suficiente.